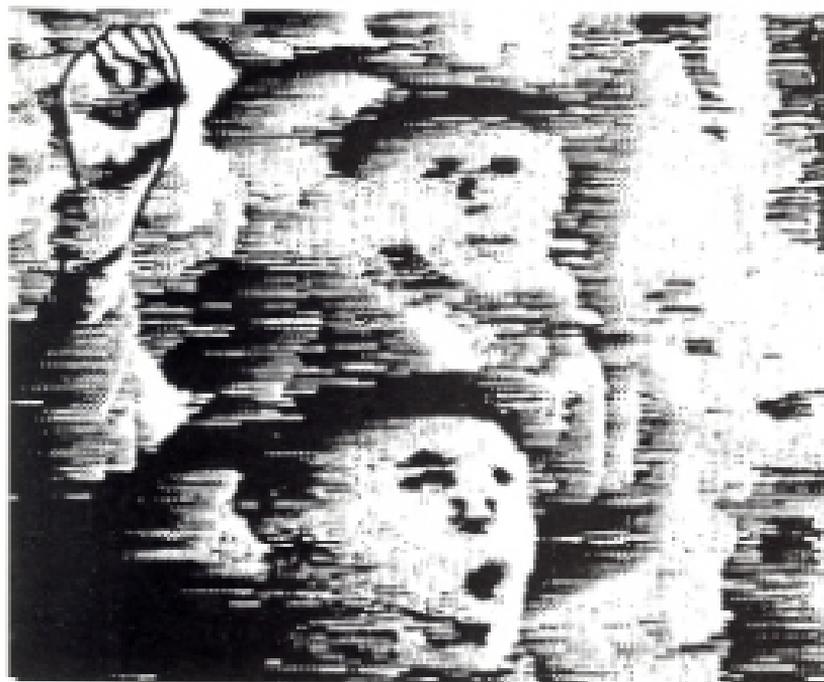


LA REVOLUCIÓN DE LOS CIUDADANOS

(Para repensar la política en América Latina)



Jaime Osorio



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades





UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



LA REVOLUCIÓN DE LOS CIUDADANOS

(Para repensar la política en América Latina)



Jaime Osorio



UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector General, doctor Julio Rubio Oca

Secretaria General, maestra Magdalena Fresán Orozco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA- XOCHIMILCO

Rector, doctor Avedis Aznavurian Apajian

Secretario de la Unidad, doctor Juan de Dios González Ibarra

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Director, maestro Felipe Campuzano Volpe

Secretaria Académica, licenciada Patricia Ortega Ramírez

Responsable de Publicaciones de la DCSH, licenciada Araceli Soní Soto

Edición y corrección: Salvador González Vilchis/ Araceli Soní

Comité editorial

Cuahtémoc V. Pérez Llanas

Consuelo Beas/ Guillermina Bringas/ Enrique Cerón

Gabriela Dutrénit/ Alejandro Gálvez Cansino/ Humberto Ontiveros

Patricia Ortega/ Alberto Padilla/ Eugenia Vilar

Primera edición, abril de 1994

D.R.© 1994. Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Xochimilco

Calzada del Hueso 1100

Col. Villa Quietud, Coyoacán

04960, México DF.

ISBN: 970-620-429-6

Impreso y hecho en México/ *Printed and made in Mexico*

Índice

Presentación	9
I. En la hora de los ciudadanos	13
La revolución de los ciudadanos	13
Entre la libertad y la igualdad	17
Economía y democracia: difícil conciliación	19
En la hora de los ciudadanos	22
¿Triunfo del capitalismo?	24
Democracia: un lujo que puede empeñarse	27
El individuo: un punto de partida	29
¿Quiénes se comprometen con la democracia?	32
¿Menos Estado, más sociedad civil?	34
¿Y usted, a quién representa?	37
Liberalismo, democracia y socialismo	39
Democracia <i>versus</i> democracia	42
América Latina: ¿democracias ingobernables?	44
Elecciones: un monstruo de dos cabezas	46
América Latina: ¿transición a la democracia?	48
Pobreza, ciudadanía y democracia	51
II. Democracia, socialismo y revolución	55
Democracia y revolución	55
De utopías e incertidumbres	59
El socialismo como proceso	62
La crisis del marxismo	67
De la revolución a la democracia	70
Democracia y ruptura	73
¿La revolución pasó a la historia?	75
Crisis del capitalismo real	77

III. América Latina: una región desconocida	81
Cuba en el ojo del huracán	81
Fuerzas Armadas y Nuevo Orden Mundial	83
Cuba y El Salvador: la moneda en el aire	86
Estados Unidos: ¿mercados o bases militares?	89
EU: aperturas comerciales y democratización	92
Perú : entre Sendero y el FMI	95
América Latina: los partidos en horas de cambio	98
América Latina: una región desconocida	100
Democracia ¿en el Sur así como en el Norte?	102
Chile: las lecturas de la historia	104
IV. Alternativas al neoliberalismo	107
Las utopías del neoliberalismo	107
Pobreza: ¿caridad o justicia social?	111
CEPAL <i>dxit</i> : crece el pastel, pero también aumenta la pobreza	113
América Latina: el nuevo modelo exportador	115
Al desarrollo, pero sin historia	118
Alternativas al neoliberalismo	121
La derrota de Bush como el fin de una historia	124

Presentación

Los sorprendidos y profundos cambios políticos y sociales que ha conocido la humanidad a fines de los años ochenta y comienzos de los noventa han terminado por conmocionar a las ciencias sociales, las cuales, desde años antes, venían sufriendo serios cuestionamientos en su capacidad de aprehensión e interpretación de la realidad, situación que se hacía patente en la multinombrada crisis de paradigmas.

El marxismo no ha sido ajeno a esta situación. Por el contrario, podríamos decir que quizá ha sido uno de los cuerpos teóricos más cuestionado, tanto por la globalidad de su planteamiento, así como por los “compromisos” que se suponen a esta teoría con las experiencias conocidas como del “socialismo real”.

Las páginas que aquí se ofrecen al lector constituyen un esfuerzo de reflexión desde el marxismo de los procesos sociales y políticos de este fin de siglo. Este esfuerzo de reflexión busca incorporar al discurso temas y problemas que fueron olvidados o relegados por el marxismo tradicional y que a últimas fechas se muestran como imprescindibles. De entre ellos cabe mencionar el papel del individuo y de los ciudadanos.

La perspectiva que aquí se asume no implica abandonar el análisis de clases, sino que considera que su importancia no debe ser entendida como una negación de enfoques y aspectos que lo complementan, como los antes señalados.

La reflexión sobre la democracia, tema central del discurso y de la teoría política de nuestros días, a partir de una visión que hace del ciudadano un actor privilegiado, ocupa un lugar destacado en los artículos aquí reunidos. Los factores que limitan los procesos de democratización en América Latina son una de las preocupaciones centrales en muchos de los materiales.

También en ellos se hace presente una discusión con las tesis más en boga del pensamiento conservador, aquellas que dan por supuesto el fin de la historia, a partir de asumir el triunfo del capitalismo y, de la mano de estas visiones, el fin de la revolución.

¿Cómo debe ser repensado el socialismo? ¿Sigue vigente como proyecto? ¿Es posible un nuevo orden social que reemplace al capitalismo teniendo al mercado y a los derechos del ciudadano como referentes en su organización? Estos son interrogantes que buscan respuestas en diversas páginas de este libro.

América Latina es caracterizada aquí como “una región desconocida” por el sesgo que han asumido los estudios sociales, en donde destacan a los menos dos serias limitaciones: la fractura entre la política y los elementos estructurales y, el abandono de visiones globales en privilegio de la atomización de la totalidad regional.

Las consecuencias sociales de las políticas neoliberales, y de las limitaciones que la pobreza y la miseria imponen a los procesos de democratización, es otro campo privilegiado de atención.

Los materiales que forman este libro constituyen artículos periodísticos escritos al calor de los acontecimientos (publicados en el diario *La Jornada*). A diferencia del artículo de prensa tradicional, buscan analizar los procesos y ubicarlos en campos interpretativos que ayuden al lector a una mejor comprensión de los fenómenos. Es la presencia de este esfuerzo de análisis la principal razón que me motiva a reunirlos en este libro.

He respetado la interpretación de los problemas que realicé en el momento de escribir los artículos. Por tal motivo se hacen presente reiteraciones que constituyen algunas de las obsesiones intelectuales y políticas del autor.

Muchas afirmaciones realizadas sin la perspectiva histórica suficiente podrían hoy ser matizadas o francamente modificadas. Las he dejado tal cual, incluyendo simplemente al final de cada artículo la fecha de su publicación, a fin de que el lector pueda constatar incluso los cambios presentes en la interpretación de ciertos problemas.

Diversas inquietudes aquí abordadas surgieron de discusiones en los seminarios del área Procesos de Dominación, Clases Sociales y Democrati-

zación, del Departamento de Relaciones Sociales de la UAM, unidad Xochimilco. Otras, del seminario del área Relaciones de Poder y Cultura Política que dirijo en el doctorado en Ciencias Sociales de la misma unidad de la UAM. Lo que aquí se dice, sin embargo, es de mi entera responsabilidad.

J.O.

Tepepan, México DF., enero de 1993



I. En la hora de los ciudadanos

La revolución de los ciudadanos

¿Existe algún elemento común en la derrota electoral de Pinochet en Chile, de los sandinistas en Nicaragua, del voto de los alemanes en la RDA por las fuerzas conservadores y de las diversas votaciones llevadas a cabo en la Unión Soviética en los últimos meses, para sólo mencionar algunos ejemplos?

Olvidémonos por un momento de los resultados dispares que estas consultas han provocado. Su denominador común es que forman parte de un movimiento con características mundiales que hace de la consulta a ciudadanos, a electores, el punto de referencia obligado para definir el quehacer de las sociedades, y la forma clave para enfrentar y buscar formas de resolución a sus disputas y diferencias.

¿Cómo ponderar este fenómeno? ¿Es un avance o es un retroceso?

Son muchos los ángulos desde dónde es posible buscar respuestas a estos interrogantes. No desconocemos que desde la Casa Blanca y otros centros de poder, la bandera de la democracia es agitada hoy para reforzar la seguridad nacional de Washington. Sin embargo, a pesar de esto, no puede dejar de desconocerse que junto a la manipulación interesada del tema de la democracia, existen procesos más profundos que deben tenerse en cuenta.

La aparición del ciudadano en la historia de la humanidad es anterior al surgimiento del capitalismo. Pero es en la sociedad burguesa donde se logran avances sustanciales respecto a quienes tienen derecho a participar en la cosa pública, en las decisiones políticas de la sociedad. También es aquí en donde el voto universal y secreto se convierte en principio básico de legitimidad y de organización política.

Estos procesos constituyen un salto adelante en la historia de la humanidad, en cuanto al descubrimiento de nuevas formas, más democráticas, de convivencia y de solución a las diferencias al interior de la sociedad.

Las clases dominantes limitan, sin embargo, el alcance de estos procesos, poniendo una serie de trabas a la plena expresión de la voluntad popular por medio del voto. Pero ello no invalida que la universalización del ciudadano y el uso del voto secreto, en un marco de alternativas plurales, constituyen instrumentos del quehacer político superior a las formas antes conocidas.

Junto a esto, es importante considerar que si bien es en el capitalismo donde estos procesos alcanzan, a lo menos en la letra, un estatuto universal, ellos rebasan al propio sistema político burgués y se convierten en logros de la humanidad.

Por ello es un error dar por sentado que donde se practique el voto universal y secreto y se reconozca la existencia de ciudadanos que pueden elegir libremente entre diferentes opciones, estamos ante formas burguesas de organización política, desconociendo que los procesos anteriores están llamados a ser núcleos constitutivos de nuevas formas de organización social.

A partir de este error tenemos una visión de derecha, como la que plantea Francis Fukuyama, quien señala –luego de constatar la universalización de las formas democrático-representativas– que asistimos al triunfo global del capitalismo y al fin de la historia.

Ciertos sectores de izquierda concluyen por su parte que las fuerzas populares no tienen nada que hacer con la democracia representativa ni con el voto universal y secreto al considerar que son formas burguesas que deben ser despreciadas.

En ambos casos se da por supuesto de manera errónea que el voto libre, secreto y universal es un fenómeno limitado al capitalismo.

Lo original de la actual situación es que nuevas sociedades y segmentos significativos de la población mundial, cualquiera que sea el signo del sistema social en que se encuentren, reclaman su derecho a ser ciudadanos, a expresarse como ciudadanos, demandando ejercer un punto básico, el voto universal y secreto frente a diversas opciones.

El gobierno sandinista ofrece por primera vez a la población nicaragüense la posibilidad de ejercer su calidad de ciudadanos y de elegir entre varias alternativas. Millones de hombres y mujeres en los países de Europa del este alcanzan la facultad de votar de manera libre y secreta frente a diversas opciones. Fenómenos similares se dan en la Unión Soviética. El capitalismo sólo creó gobiernos autoritarios y represivos en estos países, los cuales fueron reemplazados en muchos casos por nuevas formas de autoritarismo.

Lo importante a destacar es que ya será difícil hacer política, en el Este como en el Oeste, en el Norte desarrollado como en el Sur dependiente, dando la espalda a la voluntad de la ciudadanía.

Estamos ante una verdadera revolución de los ciudadanos. Estos se movilizan para ganar sus derechos y lo están logrando. Y esto es un avance sustantivo, en tanto creciente consolidación de un descubrimiento social que ya tiene algunos siglos de historia, (a lo menos en su formulación), pero que recién comienza a ser ejercido por algunas sociedades y por segmentos sociales significativos de la humanidad, y que será base (reformulado y mejorado) de nuevas formas de convivencia social.

En sus resultados prácticos, la generalización del derecho a voto y la conquista de vastos sectores sociales de su calidad de ciudadanos ha operado en muchos casos en dirección opuesta a lo que podrían calificarse como intereses populares. Ha sido sorprendente la votación alcanzada por partidos derechistas en las votaciones en Alemania Democrática y la derrota de los sandinistas en Nicaragua, por ejemplo.

Pero estos resultados, para las posibilidades de construir un nuevo orden social, socialista y democrático, son menos dañinos que si se mantuvieran rígidas estructuras estatales que impiden la expresión de la población. Creo que la respuesta de los electores en muchos casos pone de manifiesto que determinadas formas de “construir socialismo” han dejado heridas profundas en el cuerpo social, que hoy se pagan, (pienso particularmente en Europa) y que ese socialismo se construía con pies de barro, no sólo en el plano económico, sino también en el político.

La revolución de los ciudadanos tiene a los menos tres importantes consecuencias: de ahora en adelante el socialismo tiende a ser democrático o tiene sus días contados, porque tarde o temprano la población demandará ejercer sus derechos políticos. Y esos derechos políticos tienen como base las conquistas que, a lo menos formalmente y en la letra, plantea la sociedad burguesa en materia de voto secreto y universal, el derecho a elegir y a ser elegido, pluralismo político, etcétera. A partir de allí el socialismo puede ampliar los derechos de los ciudadanos y la democracia. Pero se tiene que partir de esos mínimos requisitos. En caso contrario los nuevos peldaños democráticos, por más que se quieran construir, quedarán sin base de sustentación, suspendidos en el aire, con el peligro de que en cualquier momento sean derrumbados, como ha ocurrido en muchos lados en este último tiempo.

Esto plantea serias exigencias a las fuerzas políticas de izquierda en cuanto a su organización interna y a sus plataformas políticas: la democracia es hoy una exigencia de vida o muerte en aquellos dos terrenos.

El tercer problema que se deriva de la revolución de los ciudadanos es que las diversas limitaciones que imponen las clases dominantes en el capitalismo a la democracia, comenzarán a hacerse más manifiestas. Para sobrevivir, las sociedades burguesas se hacen democráticas y superan muchas de las limitaciones que imponen a la libre voluntad y decisión de los ciudadanos o se enfrentarán a serios tropiezos, porque aquellos ya no aceptan que se los trate como a menores de edad en materia política. Y están dando pruebas que actúan en serio en esto de alcanzar sus mínimos pero vitales derechos.

El pensamiento conservador puede valorar la democracia, pero es incapaz de enfrentarse a sus limitaciones y no se imagina otra forma de organización social que haga de la democracia (más amplia y más profunda) el eje de un nuevo socialismo.

A partir de esta idea es que Bush y algunos representantes del pensamiento conservador en América Latina nos hablan de que la democracia (salvo Cuba) ya ha cumplido sus tareas en nuestro subcontinente, haciendo vista gorda de las grandes restricciones que presenta la democratización en otros países por la asunción, por ejemplo, de los aspectos puramente formales del proceso.

En este sentido, en los próximos años se desarrollará una aguda disputa ideológica y política teniendo a la democracia y al voto universal y secreto como centros. Frente al acento en las cuestiones de procedimiento (elecciones, pluralismo, votos) por parte de las posiciones conservadoras, estará la propuesta de las fuerzas progresistas que demandarán el respeto de procedimientos, pero también aspectos sustantivos, por un debate en torno a los grandes problemas nacionales de cada sociedad.

25 y 26 de marzo de 1990

Entre la libertad y la igualdad

La democracia es hoy un territorio en disputa. Fuerzas políticas de los más variados signos y corrientes teóricas diversas hacen de la democracia el centro de sus discursos y toma de posiciones. En muchos puntos estas visiones concuerdan. Pero en otros tantos discrepan y llegan a mantener visiones encontradas.

¿Existen puntos de concordancia entre el discurso democratizador que formula la Casa Blanca hacia América Latina, el de organizaciones empresariales o partidos de derecha y las demandas que emanan de los sectores sociales pauperizados del continente? Creo que sí, y algunos muy importantes, como la realización de elecciones, el respeto a la presencia de fuerzas políticas diversas, defensa del voto, entre otros. (Soslayemos por ahora las restricciones que muchos proyectos democratizadores buscan imponer a diversos sectores sociales, acusándolos de antidemocráticos. Aquí la democracia es defendida por caminos antidemocráticos, lo que no deja de ser una extraña solución).

Pero de allí en adelante se abre un enorme abanico de diferencias que hace muy disímiles a los proyectos democratizadores.

Hay un primer problema que es central en la diferenciación: éste tiene que ver con el carácter libertario e igualitario de la democracia. No es fácil que ambos fenómenos caminen de la mano, a lo menos en América Latina.

Para el pensamiento liberal lo específico de la democracia es la libertad, no sólo aceptada en el campo político sino, principalmente, en el campo económi-

co: nada que afecte los movimientos del mercado y la libre empresa, ya que ello es prueba del respeto a la libertad y a la democracia.

Las visiones con raíces jacobinas enfatizarán, por el contrario, el carácter igualitario de la democracia, lo que exige en muchas ocasiones poner límites a las fuerzas del mercado o a la libre empresa.

Chile es un buen ejemplo de las dificultades de conciliación entre libertad e igualdad. La instauración de un gobierno civil entronizado sobre la base de un proceso electoral ha sido un punto básico en el proceso de democratización de la sociedad chilena. El grueso de la población ha celebrado este paso como un triunfo de la democracia.

Pero alcanzado este punto se ha hecho presente el problema de enfrentar el proyecto de desarrollo económico del país. El exitoso modelo económico puesto a caminar por los grandes empresarios nacionales y extranjeros bajo la dictadura militar provocó una secuela de miseria como nunca antes había conocido la sociedad chilena.

El gobierno civil se ve así ante el dilema de respetar todo el amplio abanico de libertades económicas que exige el sector empresarial (con lo cual éstos certifican el carácter democrático del actual gobierno), o bien atender las demandas de trabajo y de vida digna de un contingente enorme de la población.

Hay terrenos de libertad política que no se pueden tocar, sin peligro de afectar a la democracia. Pero muchas libertades reivindicadas en el campo económico se ubican en un campo que atenta contra la propia democratización.

Porque cabe preguntarse: ¿cuál puede ser el compromiso con la democracia de los amplios sectores sociales para quienes los modelos económicos que se impulsan bajo regímenes democráticos en poco o en nada resuelven sus elementales demandas de vida?

Baste pensar en los enormes segmentos de miseria que han proliferado en la democracia peruana. Es difícil, desde una perspectiva democratizadora, aceptar la acción de grupos insurgentes como la que se desarrolla en el país andino. Pero, ¿qué ofrece el sistema democrático a los pobres de la sierra y de las grandes ciudades peruanas?

Aquí no puede soslayarse que la democracia es también un compromiso político de los más diversos sectores de la población. Frente a éste, no sólo fallan los que actúan de manera extrainstitucional sino también los sectores sociales para quienes la libertad económica es la ley de la selva... y que se salve el que pueda.

Esto pone en evidencia que los primeros peldaños de la democracia, entendidos como elecciones libres, presencia de diversas opciones políticas y respeto al voto universal y secreto exigen, en un segundo momento, la participación activa de la población en la definición de los proyectos de desarrollo que se ponen en marcha en la sociedad.

Cuando esa participación se encuentra limitada o cuando para el grueso de la población existe la conciencia que los procesos electorales no permitirán modificar sus condiciones de vida, porque las alternativas políticas no suponen alternativas reales de sobrevivencia, el abstencionismo o el recurso a acciones extrainstitucionales pueden ser algunas de las secuelas de la situación y signos de enfermedad de la democracia.

Lo anterior apunta a una suerte de *despolitización de la democracia*: para muchos democratizadores se trata de quedarse con los aspectos formales de la democracia, pero vacía de contenido.

Bienvenidas las elecciones y la libertad. Pero no menos bienvenida la igualdad.

19 de mayo de 1991

Economía y democracia: difícil conciliación

La economía y la democracia siguen siendo puntos débiles en América Latina. Ya sea que se las analice de manera separada, ya que se establezcan sus mutuas relaciones, el saldo que resulta es negativo.

Pareciera que la economía y la democracia constituyen dos vasos en donde para llenar uno se debe producir el vaciamiento del otro. Aún no aparece la fórmula que haga compatible un avance sustancial de ambos a la vez.

Para muchos analistas y organismos internacionales, Chile ha sido modelo en materia política y en materia económica en las últimas décadas, sólo que en uno y otro rubro en momentos bien diferenciados.

Hasta septiembre de 1973 la democracia chilena fue ponderada como un ejemplo de organización política: un sistema de partidos que reflejaba un amplio espectro de posiciones, con posibilidades reales de alternancia (sólo para ejemplificar baste recordar que los tres últimos presidentes antes del golpe militar provenían de las tres vertientes políticas fundamentales del país: Alessandri (conservadores y liberales, derecha); Frei (Democracia Cristiana, centro), y Allende (Unidad Popular, izquierda).

A lo anterior habría que agregar la presencia de organizaciones sindicales fuertes e independientes del Estado, medios de comunicación plurales, autonomía universitaria, clara diferenciación entre los distintos poderes del Estado (Ejecutivo, Legislativo, Judicial), elecciones limpias, respeto al voto.

Frente a este cuadro, existía una economía con serias dificultades para crecer, con permanentes altas y bajas y con problemas para satisfacer las demandas de una población que crecía en número y en calidad.

El juego democrático (y los efectos de la demanda sobre la inflación) constituía una traba para el avance económico, llegó a afirmar Aníbal Pinto, connotado estudioso de la economía chilena y latinoamericana.

Tras el golpe militar la vida democrática fue abruptamente liquidada y fue el vaso de la economía el que comenzó a llenarse. Luego de unos primeros años en donde se sentaron las bases de la nueva economía exportadora, y de avances y retrocesos, la economía chilena alcanzó estabilidad a partir de 1984, manifestando elevados niveles de crecimiento.

Todo esto ocurrió bajo los lineamientos de la más pura ortodoxia neoliberal. Chile se convirtió en el laboratorio de prueba de los *Chicago Boys* (discípulos de Milton Friedman).

No sólo la democracia estaba en déficit en estos años. El avance del modelo exportador tuvo como base de sustentación un acelerado proceso de renovación tecnológica y una drástica disminución del empleo y de los salarios, así como la pérdida de amplias conquistas en el campo del derecho laboral, producién-

dose un proceso de pauperización nunca antes conocido en el país. Todo ello ocurría en momentos que las franjas de la economía volcadas al exterior florecían y se generaban cuantiosas fortunas en un sector reducido de la población.

En este cuadro se produce la derrota electoral del general Pinochet y el retorno de Chile a la vida democrática. Las expectativas de alcanzar el equilibrio entre economía y democracia y de romper con las polarizaciones anteriores eran grandes. Pero el desfase entre estos dos componentes persiste y se manifiesta de nuevas maneras.

El nuevo gobierno (sustentado en una coalición en donde predominan demócrata-cristianos y socialistas) indicó desde el comienzo que se proseguiría con la política económica iniciada por el régimen dictatorial. El giro fundamental en este terreno es la búsqueda de soluciones al elevado costo social en que se ha sustentado el éxito económico, pero los resultados a la fecha son pobres. Chile sigue siendo un país fracturado desde su economía, en donde perviven segmentos sociales que han visto crecer de manera significativa sus ingresos y sus condiciones de vida (los minoritarios) frente al país marginado o vinculado de manera tangencial a la economía dinámica, en donde el pauperismo persiste, con sus secuelas de desempleo, hambre y desnutrición.

La reconquista de la democracia ha sido un primer paso fundamental para seguir profundizando la democratización de la vida política chilena. Pero la enorme masa de desamparados que reproduce la economía establecida en el país plantea el interrogante de hasta cuándo persistirá el compromiso de estos sectores con un sistema democrático que no les ayuda a resolver sus necesidades básicas.

En Chile el neoliberalismo ha puesto de manifiesto que una de sus planteamientos –repartir una vez que el pastel crezca– es una falsa promesa. La profundización de la democracia, en donde se pongan a discusión temas sustantivos, como los modelos de desarrollo en marcha, permitirá que las promesas de una mejor vida para las mayorías se haga realidad. Sólo así economía y democracia podrán caminar de la mano.

22 de septiembre de 1991

En la hora de los ciudadanos

Tiempos difíciles los nuestros. Para los que aún soñamos con el socialismo. Pero también para el análisis.

Este fin de siglo es sin duda un tiempo de grandes contradicciones: olas nacionalistas en momentos de globalización de la economía internacional; época de importantes conquistas ciudadanas y del auge de movimientos xenófobos; derrumbe del Muro de Berlín y elevación de nuevos muros, entre ellos el de los países ricos frente a los países pobres; fin de la *guerra fría* e inicio de una guerra “caliente” en Medio Oriente; creciente incorporación de la guerrilla latinoamericana a la vida institucional, mientras persiste la falta de respeto al voto y a la pluralidad política, cuando no los resabios de aniquilar a los rivales.

¿Existe algún elemento que permita explicar este rompecabezas o tendremos que conformarnos con la visión de quienes aseguran que sólo hay eslabones dispersos, sin posibilidades de unión?

Reconocer las dificultades actuales no significa asumir que todo en el horizonte es negativo. En medio de vocerío que reclama la derrota de las utopías, es posible escuchar las notas de un acorde que no parece propicio para los actuales sepultureros de la historia.

Qué difícil es para los gobiernos actuales tener que convivir con ciudadanos. Los regímenes socialistas en Europa del este pasaron la prueba y la perdieron. En América Latina las consultas electorales se convierten en un arma peligrosa, con resultados sorprendentes para los núcleos dirigentes, cada vez que la población participa de manera activa y que se moviliza para defender sus posiciones.

Augusto Pinochet, a pesar de hacer de Chile un modelo de reordenación económica (o quizá por eso mismo) sufrió los rigores de la ciudadanía. Aristide sorprendió a los *macoutes* y llegó a la presidencia de Haití sobre la base de una movilización ciudadana con pocos puntos de comparación en la historia del país. El frente político creado por el M-19 hace trizas el ancestral reparto de posiciones entre conservadores y liberales en Colombia. Estos son hitos recientes de una historia en donde la ciudadanía se hace presente.

Pero también están los triunfos de fuerzas conservadoras en las más recientes consultas electorales en Centroamérica y el ascenso de Arena al gobierno en El Salvador o de Violeta Chamorro en Nicaragua, con la derrota de los sandinistas. Y Menem en Argentina y Collor de Mello en Brasil.

En Europa del este la retoma ciudadana también ha desembocado en una verdadera restauración conservadora a nivel gubernamental. Y lo mismo parece producirse en la Unión Soviética.

Visto en lo inmediato, el saldo es negativo. Pero la visión de corto plazo no puede dejar de advertir que la incorporación de millones de personas, recién a finales del siglo XX, a su condición de ciudadanos, constituye un fenómeno político de la mayor importancia, con repercusiones que hoy no alcanzamos a distinguir en toda su magnitud.

Este masivo bautizo político obligará a las fuerzas de derecha, de centro y de izquierda a tener que hacer política bajo formas distintas a las actuales. En lo más inmediato, será cada vez más difícil hacer política a espaldas de la población.

Pero no sólo esto. No puede haber mejor antídoto contra cualquier proyecto autoritario y totalitario –del signo ideológico que sea– que una sociedad civil educada en sus deberes, celosamente defensora de sus derechos. Las variadas formas de rigidez estatal encuentran caldo de cultivo en reinos en donde los derechos ciudadanos son desconocidos o están debilitados.

La revolución de los ciudadanos que vive el mundo a fines del siglo va asociada a la idea de libertad, de democracia, a la demanda de órdenes políticos que reconozcan el pluralismo social y político, el derecho al voto, a la libertad de pensamiento, de reunión, a la posibilidad de las fuerzas minoritarias de convertirse en mayorías y pasar a gobernar.

La democracia se convierte entonces en el eje del discurso político de nuestro tiempo. Sólo en la lucha antifascista se produjo un fenómeno parecido al que hoy vivimos: que fuerzas de derecha y de izquierda converjan en torno a una misma demanda.

Hoy es la democracia. Para algunos discursos esta demanda forma parte del instrumental de nuevas formas de dominio, de avances de proyectos antipopulares, incluso del arsenal de guerras de baja intensidad.

A pesar de sus objetivos y de sus logros inmediatos, este discurso no deja de sembrar futuras rebeldías: la población demandará democracia, y de a deveras.

Pero la democracia también es hoy una reivindicación popular, entroncada con la idea de liberación, derechos de las mayorías a definir el destino de los pueblos.

En Europa del este, en Cuba, en nuestros países, estos proyectos convergen, mezclan, enfrentan y entran en disputa. Pero los dos están allí. Dar por sentado que sólo el discurso democrático de nuevas formas de dominación es el que existe puede llevar a ahogar tendencias libertarias o a graves convulsiones sociales. Desconocer que existen proyectos antipopulares parapetados en la idea de democracia es una gran ingenuidad.

En la reivindicación que hacen los ciudadanos de sus derechos y en su defensa están las claves para que la democracia sea realmente liberación y justicia social.

13 de octubre de 1991

¿Triunfo del capitalismo?

A pesar que el sentido común pareciera corroborarla, creo que es pertinente discutir la hipótesis de que asistimos a un triunfo del capitalismo: ¿qué hay de verdadero en esta afirmación y qué debiera ser relativizado a fin de ubicarla en una justa dimensión histórica?

La propaganda desplegada por la Casa Blanca y sus repetidoras en los más apartados rincones del planeta ha tenido un resultado exitoso. El simple hecho de dudar de la afirmación parece un verdadero sacrilegio.

Pero el problema no es un simple asunto de propaganda. Existen datos de la realidad que permiten dar por sentado que el derrumbe de los regímenes en Europa del este significa la superioridad del capitalismo. Se dice que el mercado y la concepción liberal de la política se han impuesto sobre la economía centralizada y estatista y sobre regímenes autoritarios.

Como punto de partida podría afirmar que comparto el juicio que indica que en Europa del este el mercado y el liberalismo político han mostrado su superioridad.

dad. Pero mercado y liberalismo político no son sinónimos de capitalismo, si bien hasido en este sistema en donde han alcanzado su más amplio desarrollo. Confundirlos ha sido uno de los más serios errores de los proyectos socialistas.

El surgimiento del mercado como fenómeno económico es anterior al surgimiento del capitalismo. Baste recordar a los fenicios y sus grandes hazañas comerciales para tener presente aquella distinción.

Con el capitalismo se asiste a una expansión de los mercados, se generaliza la producción de bienes para éstos y el intercambio se multiplica, tendiendo a girar en torno al trabajo que socialmente concentra un producto, fenómeno que Marx define como la ley del valor. Pero hay más. En el capitalismo se desarrolla una nueva forma de apropiación de trabajo ajeno: ya no el hombre como propiedad de otro hombre (esclavismo) o el pago de tributos o diezmos, sino la plusvalía (trabajo ajeno apropiado bajo la forma de dinero en el mercado).

Intercambio de bienes por el trabajo social que concentran (ley del valor), mercado, y explotación capitalista son fenómenos diferentes, si bien en el capitalismo se imbrican.

Uno de los errores que se dio en los países del llamado socialismo real fue creer que era posible poner en marcha la economía despreciando la ley del valor y el mercado, esto es, que era posible asignar recursos sin considerar el trabajo que la sociedad debe desplegar para producir los bienes.

Cualquier nuevo orden económico que busque superar las deficiencias del capitalismo tendrá que hacerse con arreglo a la ley del valor y teniendo como punto de referencia el mercado. Decir esto no significa asumir el credo neoliberal para quien la existencia de actores en condiciones de desigualdad social (sustentada en la explotación) es un punto que no tiene discusión.

Visto desde esta perspectiva, lo que acontece en los países del antiguo socialismo real no es más que la universalización de la economía mundial y su regimentación por leyes en donde el intercambio de mercancías debe hacerse sobre la base del trabajo social necesario. Asistimos, por tanto, a una nueva etapa en la organización económica, misma que se desarrolla con las desviaciones y la impronta que el capitalismo le da a estos descubrimientos.

La generalización del trabajo como criterio de valor constituye un punto superior a cualquiera otro hasta hoy conocido para la organización de la economía, permitiéndole a ésta sustentarse no en la buena voluntad de los hombres, sino sobre tendencias que caminan en la dinámica real de los procesos.

Es en este sentido que Marx afirmaba que su propuesta socialista era superior a otras propuestas (como las de los socialistas utópicos) ya que se apoyaba en el curso de tendencias reales y no en simples deseos que desconocían los movimientos de la sociedad.

Podríamos afirmar entonces que la aplicación de leyes del mercado en las economías de Europa del este es un paso que nos acerca de manera menos voluntarista y menos errónea a la posibilidad de creación de una futura sociedad socialista (que, repito, difícilmente puede imaginarse ajena a las leyes del valor y del mercado, pero sí de la explotación). Sin embargo, estas sociedades comienzan el descubrimiento de estas leyes y tendencias sobre la fórmula capitalista del mercado. Estamos frente a un proceso histórico de avance y retroceso. Gana el capitalismo, pero también gana el curso real que hace posible el socialismo.

(Aquí vale la pena hacer un paréntesis para evitar posibles equívocos. Lo anterior no significa afirmar que el socialismo llegará por simple maduración del capitalismo. Creo que mientras no se demuestre lo contrario, los procesos de ruptura –o de revolución, sin pronunciarme ahora sobre las formas que puede significar esto en las nuevas condiciones– seguirán presentes).

Queda en el aire una pregunta: ¿es posible la construcción socialista en sociedades que no han vivido la ley del valor-trabajo de manera profunda? Las experiencias recientes parecieran indicar que no.

Gana el capitalismo pero también gana el curso real que hace posible el socialismo. Este juicio lo podemos aplicar a su vez al avance del liberalismo político en los países de Europa del este. El reconocimiento jurídico de la igualdad de los hombres o el descubrimiento del principio “un ciudadano = un voto” son valores que si bien ganan vida con las revoluciones burguesas, rebasan a éstas y constituyen cimientos de cualquier nuevo orden social. Pensar

en la creación de nuevas sociedades que desconozcan estos elementos significa querer avanzar en la historia, pero caminando en reversa.

En las experiencias del llamado socialismo real estos principios liberales fueron desconocidos desde antes de las revoluciones, y en donde alcanzaron alguna vida fueron suprimidos, identificándolos con su aplicación burguesa. De esta forma se los rechazó, tirándose el agua, el niño y la bañera.

El paso al mercado y al liberalismo político por los países de Europa del este aparece por tanto como un camino difícil de soslayar por esas sociedades. El verdadero problema es que no aparecieron los actores ni los proyectos que hicieran viable este paso sin tropezar con las soluciones capitalistas.

Así el capitalismo gana, pero no gana menos el proyecto socialista. No es que las barbaridades del capitalismo y sus atrasos propiciaron de manera prematura, lo que sumado a errores de concepción terminaron por derrumbar, sino uno que contará con bases sólidas para desarrollarse. Aunque de manera distorsionada, el propio capitalismo se encarga de impulsarlas.

12 de enero de 1992

Democracia: un lujo que puede empeñarse

Hay aspectos de un fenómeno que responden a cuestiones de orden particular. Otros reflejan tendencias más generales, que pueden ser comunes a otros fenómenos y procesos.

Lo anterior viene a cuento en relación al fallido golpe militar que vivió Venezuela en días pasados. ¿Qué hay de particular y qué de general en la acción golpista que intentaron importantes sectores militares venezolanos?

Por carecer de información suficiente, dejaremos de lado aquí las particularidades de la asonada golpista para centrar nuestra atención en lo que ella representa para el futuro democrático de América Latina. A la luz del movimiento militar venezolano vale la pena reflexionar sobre el futuro y los límites de la democracia en nuestro subcontinente.

Se ha señalado –y no sin razón– que el intento de golpe militar tuvo entre sus motivaciones el rechazo a las políticas económicas aplicadas por el gobierno del presidente Carlos Andrés Pérez.

Al igual que muchas otras economías latinoamericanas, el gobierno venezolano ha aplicado en los últimos años una agresiva política de austeridad neoliberal, con resultados negativos en los niveles de ingresos de la mayoría de la población, elevando a su vez el subempleo y el desempleo.

El “caracazo” de hace un par de años, cuando miles de pobres de los alrededores de Caracas asaltaron supermercados y comercios diversos, fue una primera llamada de atención sobre las explosiones sociales que alimentan los proyectos neoliberales en curso, máxime cuando se aplican sin llevar adelante algunos programas de apoyo y asistencia a los sectores sociales más golpeados, aunque esto implique retomar fórmulas –populistas o de ingerencia estatal en la economía– que atentan contra la ortodoxia neoliberal.

El compromiso de los sectores más pauperizados con la democracia tiene límites y llega a ser prácticamente nulo cuando con la cobertura democrática se aplican planes económicos que en poco o nada los benefician, por más que la Casa Blanca y los dirigentes locales se congratulen de las maravillas que significa que en el subcontinente los gobiernos, en su gran mayoría, sean elegidos por consultas electorales.

La irritación social tiende a aumentar cuando los logros económicos que se alcanzan bajo los lineamientos neoliberales apuntan a concentrarse en sectores reducidos de la población. A simple vista (porque crecen las torres dedicadas a actividades financieras, se multiplican los centros comerciales dirigidos al consumo exclusivo, aumentan los carros de lujo, etcétera), se constata que unos pocos se enriquecen aceleradamente en tanto crece al mismo tiempo el pauperismo y sus más diversas formas de existencia: mendigos, tragafuegos, payasos callejeros, vendedores en cruceros, etcétera.

La democracia en América Latina vivirá siempre en el límite de lo posible mientras no permita resolver los problemas básicos de sobrevivencia de millones de pobres y marginados en la región.

En el mundo desarrollado la democracia puede funcionar como un simple conjunto de reglas que regulan los procedimientos electorales y las relaciones entre las diversas instituciones del Estado y de éste con la sociedad civil.

Pero en América Latina, para poder ser viable en el largo plazo, la democracia tiene necesariamente que entrar al terreno de la discusión sobre la distribución de la riqueza, es decir, dejar de ser solamente un conjunto de reglas de procedimiento para convertirse en una discusión sobre contenidos en materia de políticas económicas y sobre el reparto de los beneficios que genera la sociedad.

Mientras no entre al terreno en donde se resuelven las demandas sociales de la mayoría de la población, la democracia latinoamericana tenderá a convertirse en un lujo, en un objeto de consumo de unos pocos.

Entender esto es tan simple como entender que América Latina no es Europa occidental, Japón o Estados Unidos. Mientras no existan mínimas condiciones para que la organización económica sea capaz de ofrecer respuesta a las demandas básicas de sobrevivencia de la población, la democracia en nuestro subcontinente será un adorno demasiado caro para las mayorías, las cuales estarán dispuestas a “empeñarla” para conseguir bajo otras reglas políticas lo elemental.

9 de febrero de 1992

El individuo: un punto de partida

La ciencia política latinoamericana no ha escapado a la crisis teórica alimentada por los procesos económicos, sociales y políticos que han conmocionado a la humanidad en los últimos años.

Hoy día su reflexión busca ganar espacio rechazando el racionalismo mesiánico que descubría en toda acción los códigos de un sentido final asignado a la historia, así como el irracionalismo posmodernista para el cual no hay historia posible.

De la suma de acontecimientos que han puesto en evidencia los lastres de la reflexión teórica, la ciencia política latinoamericana tiene como referentes inmediatos la debacle del llamado socialismo real en Europa del este y la crisis de los regímenes dictatoriales en América Latina, así como la crisis del

capitalismo real en nuestra región, con sus escandalosas secuelas de pobreza, y la incapacidad del neoliberalismo y del nuevo modelo exportador de resolver las necesidades elementales de sobrevivencia de las mayorías.

En este cuadro surge una nueva reflexión política que tiene como punto nodal una revalorización del individuo.

Como en muchas otras ocasiones, la actual reflexión va a la zaga de lo que acontece en la realidad. Porque existe una serie de fenómenos que ponen de manifiesto el lugar que gana el individuo como actor político.

En el campo de la política, en su sentido más restringido, la revalorización del individuo se expresa en la importancia del ciudadano en los procesos políticos. Una lectura posible de los acontecimientos que pusieron fin a los regímenes militares en América Latina y a los regímenes autoritarios en Europa del este es la entrada en escena de hombres y mujeres que exigen hacer valer su derecho a elegir y a decidir en materia política.

El fenómeno también se manifiesta en el surgimiento de movimientos sociales que reivindican el derecho de opciones sexuales, defensa del medio ambiente (en tanto preocupación por el deterioro de las condiciones de vida), movimientos generacionales, etcétera.

Esta nueva cultura política –que no debe confundirse con su expresión deformada: el individualismo– supone una revalorización a su vez de la sociedad civil frente al Estado. Menos Estado es la demanda, a fin de permitir que se desarrollen organizaciones sociales, políticas y culturales autónomas.

Esta demanda implica a su vez una revalorización de lo privado y una acotación de lo público. En sus versiones estatales o políticas extremas, lo público dominaba, dejando reducido a la nada lo privado. El Estado, o el partido, o el sindicato, o la corporación, decidían todo, o casi todo, desde el número de hijos hasta el uso del tiempo libre, lo que se podía leer, la marcha en la que se debía participar, etcétera.

Menos Estado también reivindican los grandes empresarios para imponer las leyes del mercado bajo la visión neoliberal. Pero aquí la demanda se convierte en la negación de una acción ciudadana que –sobre la base del respeto a los individuos– permita la realización de intereses sociales.

Bajo el neoliberalismo el respeto del individuo se trastoca en un grosero individualismo en donde lo que impera es la ley de la selva (sálvese el que pueda) o la visión que supone que el hombre es un lobo para otros hombres (Hobbes).

Pero el neoliberalismo no es el único enemigo de la nueva cultura política. Bajo la falsa imagen de ofrecer alternativas, más que defender la heterogeneidad, la acción de ciertos medios de comunicación apuntan a fortalecer la homogenización de la población. Tal es lo que ocurre, por ejemplo, con ciertas cadenas televisivas que crean e imponen modelos de cantantes, de vestimentas, de teleseries, que parecen cortados en serie.

En una región en donde más de 40 por ciento de la población está sumida en la pobreza, la revalorización del individuo se topa con límites objetivos. Es por ello que una democratización real en América Latina obliga a buscar solución a este problema. De lo contrario tendremos una democracia elitista, más cerca de la Grecia de Aristóteles que de las sociedades que imaginaron Tocqueville o Rousseau.

Pero el imperativo no es sólo moral. También es de realismo político. No podrá haber democracias estables, heterogeneidades o pluralismo políticos que valgan cuando el grueso de la población está condenada a la homogeneidad de la miseria y del hambre.

Heterogeneidad, diversidad, pluralismo, reivindicación del individuo, (lo que obliga a una reflexión sobre la noción de clases sociales y sus “tareas”) son conceptos que dan cuenta del nuevo estado de cosas en materia de cultura política en las postrimerías de un siglo que conoció las más variadas formas de negación de lo anterior, desde socialismos autoritarios, fascismo, corporativismo, fórmulas populistas de izquierda y de derecha, soluciones neoconservadoras (en lo político) y liberales (en lo económico), hasta los fundamentalismos de nuestros días.

La nueva cultura que pone al individuo en el centro de su atención, que modifica las relaciones Estado-sociedad civil, que reivindica nuevos espacios para lo privado restando terreno a lo público, no puede sino alterar a su vez a los partidos políticos, y cuestiona a las organizaciones corporativas.

Estados, partidos, gremios omnipresentes, son fórmulas que caminan en sentido contrario a las nuevas tendencias que maduran en la sociedad. Individuos que ganan en derechos y en autonomía, en un cuadro de crecientes responsabilidades sociales, he allí un punto de apoyo valioso para nuevas utopías.

7 de marzo de 1992

¿Quiénes se comprometen con la democracia?

La democracia moderna –dice Octavio Paz– no está amenazada por ningún enemigo externo sino por sus males íntimos. Venció al comunismo –prosigue el poeta– pero no ha podido vencerse a sí misma. Sus males son el resultado de la contradicción en que habita desde su nacimiento: la oposición entre la libertad y la fraternidad.

Mario Vargas Llosa, recurriendo al filósofo Karl Popper, indica por su parte que la libertad puede verse amenazada desde el seno mismo de los que parecen sus más firmes bastiones. En el futuro inmediato, señala el escritor peruano, los desafíos a la libertad en los países democráticos no serán las ideologías totalitarias, sino enemigos muchos más solapados, entre los que menciona el aburrimiento, el hastío, la anemia cultural y espiritual, entre otros. (Véase *Vuelta* núm. 184, marzo de 1992).

Las referencias anteriores viene a colación cuando nos preguntamos por el futuro de la democracia en América Latina.

El triunfo del liberalismo sobre el socialismo burocrático y autoritario tiene, entre otras consecuencias, un resultado práctico: lo que ocurra con el capitalismo ya no podrá ser referido a lo que fueron sus enemigos “externos”. Lo que haga o no haga son responsabilidades que le competen exclusivamente a él. Ya no hay a quién echarle la culpa.

En materia económica en América Latina el asunto es mucho más simple y diáfano. En los últimos años el neoliberalismo ha caminado en terrenos pavimentados, sin mayores obstáculos que impidan su avance. Los triunfos y fracasos que aparecen en la región en materia económica sólo tiene un solo autor: las políticas neoliberales.

Las estadísticas sociales nos dicen que más de 40 por ciento de la población latinoamericana se encuentra sumida en la pobreza y que, dentro de ella, un monto elevado se ubica en la miseria.

Aquí el neoliberalismo no puede lavarse las manos. Pocas veces como hoy en América Latina los gobiernos habían mostrado tal uniformidad para seguir de manera tan consecuyente una determinada política económica. Sólo en los años cuarenta y cincuenta, con el impulso a las políticas de industrialización, es posible encontrar algún referente que se asemeje a la situación actual. El neoliberalismo reina sin contrapesos. Es dueño de la cancha, de la pelota, no tiene rivales y el árbitro está de su parte. Es decir, las tiene todas consigo.

No tiene enemigos a quien adjudicarles la paternidad de la actual pobreza. Este fenómeno social, que se hace ostensible en las grandes ciudades latinoamericanas a partir de los años cincuenta, se ha visto incrementado a niveles alarmantes desde que se pusieron en marcha los programas neoliberales. Y no solamente cuando lo que predominó fueron los reajustes. La pobreza ha seguido creciendo aún en aquellas economías latinoamericanas en donde lo que se suponía que había que reajustar se reajustó y en donde se ha comenzado a crecer sobre las bases que postula el discurso neoliberal.

¿Cómo puede funcionar un orden democrático sobre la base de una concentración tan marcada de la riqueza y de una distribución tan amplia de la pobreza?

Aquí es donde adquieren sentido las citas anteriores de Paz y Vargas Llosa. La democracia latinoamericana necesita algo más que reglas claras de procedimiento. Tiene que meterse a terrenos que suponen violentar santuarios sagrados erigidos por el liberalismo conservador. La justicia, la fraternidad, la igualdad son principios que “atentan” contra la noción de libertad de las visiones políticas y económicas individualistas. El neoliberalismo es una de ellas.

A la lista de factores que Vargas Llosa señala como elementos que amenazan la libertad, es pertinente agregar el de la pobreza en América Latina.

Lo hemos señalado anteriormente: el compromiso con la democracia de los sectores pauperizados será cada vez menor, en la medida que el orden democrático sea incapaz de satisfacer los mínimos requerimientos de sobrevivencia de la población.

Enfrentar el problema en los marcos de acuerdos democráticos supone a lo menos responder a algunas preguntas claves: ¿cuál es el compromiso de los sectores empresariales con la democracia? ¿cuál es su disposición a compartir sacrificios (vaya eufemismo), aceptando poner cotos a la libertad del mercado (que genera riquezas concentradas y miserias al por mayor)?

¿Hasta dónde llega el espíritu de concertación democrática de los sectores empresariales? ¿Pueden asumir restricciones en sus ganancias, o algunas limitaciones a la libre operatividad del mercado los puede llevar nuevamente a reducir inversiones, propiciar la fuga de capitales u otras medidas aplicadas anteriormente de manera escandalosa en nuestra región?

Los gobiernos latinoamericanos tiene frente a sí una doble amenaza en el camino de la democracia: la ruptura de los compromisos democráticos de aquellas mayorías empobrecidas y frente a las cuales la leyes del mercado parecen ciegas, o las rupturas de los núcleos empresariales en caso de ser rasguñados los derechos que el discurso neoliberal les ha ofrecido.

Parece cierto que el campo de acción no es muy amplio, pero también es cierto que los tiempos políticos se acortan. A lo menos en materia de esperanzas entre los pobres de la región. Venezuela es el primer foco de alarma.

16 de marzo de 1992

¿ Menos Estado, más sociedad civil ?

La relación entre el Estado y la sociedad civil constituye uno de los puntos más fecundos del análisis político.

Todo régimen democrático supone una sociedad civil (esto es, partidos políticos, sindicatos, medios de comunicación, sistemas educativos, organizaciones sociales diversos, organizaciones religiosas, etcétera) fuerte y autónoma frente al Estado. Todo régimen autoritario (sea capitalista o socialista) supone grados diversos de ingerencia y control del Estado sobre la sociedad civil.

Los procesos políticos en Europa del este, entre otras lecturas, expresan el proceso de constitución de sociedades civiles que reclaman autonomía, para lo cual han debido romper con la asfixia que les provocaba el control estatal.

Una de las consecuencias que se derivaron de los regímenes autoritarios que se establecieron en América Latina en los años setenta fue la desarticulación de la sociedad civil y su virtual copamiento por las dictaduras militares.

Pero uno de los problemas que enfrentaron los militares fue su incapacidad para crear desde el Estado un sistema de control legítimo de la sociedad civil (como ocurre por ejemplo con fórmulas corporativas), y las dificultades para contener la reconstitución de la sociedad civil. Esto explica en gran medida la relativa rapidez que asumió en el Cono Sur latinoamericano el proceso de transición democrática, frente a otros casos caracterizados por un cambio “largo y sinuoso”.

Frente a Estados omnipresentes, la demanda de más sociedad civil y menos Estado constituye un punto central de cualquier proyecto de democratización.

Sin embargo, esta demanda puede ser asumida sin estar inscrita en un proyecto de mayores aperturas democráticas. Tal es lo que ocurre, por ejemplo, con las reivindicaciones que en tal sentido realizan sectores que operan como liberales en el campo económico pero como conservadores en el campo político.

Para el pensamiento neoliberal, la fórmula menos Estado más sociedad civil supone demandar el adelgazamiento del Estado y una menor ingerencia del mismo en la economía, lo que va asociado al traspaso de empresas públicas al capital privado y dejar a las fuerzas del mercado como único instrumento de la asignación de recursos sociales.

Pero en el campo político este liberalismo se revierte en un férreo conservadurismo. Aquí la lectura es, por el contrario, más Estado y menos sociedad civil. La democracia, dice el pensamiento conservador, no tiene defensas y, dejada a sus propias reglas, se convierte en un sistema ingobernable. A la democracia no se la puede defender con más democracia ha dicho Huntington (uno de los pensadores neoconservadores contemporáneo), porque sería lo mismo que querer apagar el fuego echándole gasolina. Por tanto, democracia sí, pero no tanto.

Esta fórmula, que combina una posición liberal en lo económico con una conservadora en lo político, no es nueva en el mundo ni en América Latina. En las décadas que siguieron a los procesos de independencia en el siglo pasado,

en muchas sociedades latinoamericanas los gobiernos de la época, preocupados por lograr una nueva inserción de las nacientes naciones en el mercado mundial (con una actitud febril muy semejante a la actual) asumieron los postulados liberales en el campo económico, relegando o francamente rechazando las demandas de democratización.

Para el pensamiento progresista la demanda de más sociedad civil tiene vigencia tanto en el campo político como en el económico. En el campo político porque el fortalecimiento y la autonomía de los partidos políticos, los sindicatos, los medios de comunicación, el sistema educativo, las iglesias, las organizaciones sociales de base y tantas otras manifestaciones, constituyen la piedra fundacional de una democracia sólida.

Y aquí no puede haber lugar a dudas. La democracia (que no puede entenderse como un sistema que se agota en procesos electorales, pero que si bien los asume como absolutamente necesarios) sólo se defiende con más democracia. Sólo en aquellos casos en donde la consulta electoral se convierte en un ritual despolitizador, que margina a la población de las instancias y de los instrumentos que realmente deciden los puntos vitales de una sociedad, pueden darse caminos de solución en donde la población puede estar dispuesta a asumir fórmulas no democráticas para resolver sus necesidades. (Estoy pensando en Venezuela, por ejemplo). Pero esto no es una deficiencia de la democracia sino más bien expresión de una democracia deficiente.

En el campo económico menos Estado significa romper con las fórmulas que hacen del ascenso al Estado la conquista de un botín, poner alto a la corrupción económica, al uso de recursos públicos para cooptar, para la realización de negocios privados de grupos sociales o políticos específicos.

También supone demandar el traspaso de empresas públicas a la sociedad civil, pero a una sociedad civil informada y organizada, con capacidad de velar porque la función social de una empresa no sea relegada y sea convertida en instrumento que se revierte en contra de la sociedad.

22 de marzo de 1992

¿Y usted, a quién representa?

En el mundo de la política una pregunta es clave: ¿y usted, a quién representa?

Los discursos van y vienen. En ellos nadie hace nada por menos que salvar los intereses de la nación o de las grandes mayorías. Sería absurdo que en el juego de palabras e imágenes que constituyen una parte sustancial de la política, alguien diga que realiza tal o cual medida para defender intereses socialmente estrechos.

Así, por ejemplo, las organizaciones empresariales, a la hora de querer justificar el porqué adoptan una determinada política o apoyan una determinada acción, tenderán a señalar que lo hacen por la defensa de la economía del país, la industria nacional o las necesidades de los trabajadores.

Una parte sustancial de la política se desarrolla en un gran escenario (parlamentos, las diversas instancias del gobierno, partidos políticos, organizaciones sindicales, empresariales, las instancias en donde opera el alto clero, los altos mandos militares, los organismos culturales, etcétera), en donde se mueven los actores (parlamentarios, funcionarios de gobierno, jueces, obispos, oficiales, dirigentes políticos, sindicales, empresariales, artistas, intelectuales, líderes de opinión, etcétera), desarrollando papeles donde, por lo general, el tema de fondo, bajo diversos discursos, es la defensa de los intereses nacionales: la preservación de los valores nacionales, de la seguridad nacional, de la economía nacional, de la política nacional, de la cultura nacional.

Es mezquino y de mal gusto, además que provoca dividendos negativos, hablar a título de intereses particulares. Todo el quehacer de partidos, sindicatos, gobiernos, iglesias, etcétera, tiende a ser presentado como proyectos que –a partir de la defensa de sectores específicos– tendrán sin embargo repercusiones positivas para los más amplios sectores sociales o para la Nación.

Todos los días, los medios de comunicación de cualquier país nos presentan ejemplos como los siguientes: un dirigente sindical hablará de lo bueno que es para la economía global del país un aumento salarial; el obispo señalará que la educación se verá beneficiada con las escuelas religiosas; el secretario de gobierno abundará que es necesario –en beneficio de la economía global– que

los trabajadores asuman restricciones salariales; el intelectual aquel argumentará que si se realizan determinadas acciones o eventos, la cultura nacional se verá perjudicada. Y así los ejemplos podrían multiplicarse *ad infinitum*.

A la luz de esta realidad, el análisis político muestra una cara de su relevancia y algunas de las varias tareas que debe enfrentar. Podríamos señalar las siguientes:

Uno, analizar el discurso de los diversos actores para mostrar los valores con que son contruidos, la lógica interna que los guía, las imágenes a las que recurren, las similitudes o puntos de fricciones entre discursos diversos, etcétera. Si bien pueden apuntar a un mismo problema, el discurso de un militar tenderá a ser distinto que el de un obispo (aunque se conocen obispos más militarizados que un general), así como tenderá a ser diferente el discurso de un economista en aras de justificar el libre mercado, que el de un poeta en igual dirección. Las imágenes y las razones argumentativas pueden variar sustancialmente.

Dos. Análisis de la correspondencia o no correspondencia que puede existir entre el discurso y la realidad. Como hemos indicado, a nivel del discurso ningún actor político tiende a hacer algo por menos que salvar o preservar los intereses nacionales. Sin embargo, el análisis de las acciones concretas que se llevan a cabo puede mostrar que muchos actores políticos se mueven por intereses más estrechos, y que hay un gran desfase entre el discurso y los resultados específicos. Así podríamos ver que lo que determinada organización empresarial presenta como una medida con beneficios sociales amplios, sólo tiene receptores reducidos en la industria, la banca o el comercio.

El análisis puede poner de manifiesto, a su vez, que lo que se presenta como defensa de la cultura nacional por determinado sector intelectual, no es más que la defensa de intereses estrechos de una secta cultural, o que el partido que se dice representante del proletariado sólo es la cofradía de un número reducido de burócratas. Y así en todos los planos.

El desfase entre discurso y realidad es uno de los aspectos que hace del análisis un elemento clave para descifrar la política. De alguna manera, así entendido, el análisis político tiene como una de sus tareas “quitar” las máscaras

que los actores se ponen cuando entran al escenario, y poner en evidencia los intereses reales que los llevan a actuar.

Para alcanzar estos objetivos, el análisis político arranca de una pregunta simple, pero con un enorme trasfondo: ¿Y' usted, a quién representa?

5 de abril de 1992

Liberalismo, democracia y socialismo

Es común en nuestros días hablar de democracia liberal. Pero no fue así en el pasado. A lo menos hasta mediados del siglo pasado, liberalismo y democracia eran términos que se confrontaban. El primero llamaba la atención sobre las libertades, poniendo especial énfasis en la libertad económica. Sus defensores rechazaban la democracia por considerar que la búsqueda de la igualdad bajo gobiernos de mayorías terminarían por poner en entredicho los principios liberales.

Es a partir de concesiones mutuas que la democracia y el liberalismo pudieron darse la mano. Sólo que en esas concesiones fue la democracia la que más puntos perdió.

El liberalismo debió aceptar el voto universal y, posteriormente, que los límites al Estado mínimo se vieran rebasados por la formulación de políticas sociales y la emergencia de un monto significativo de empresas públicas.

Para los demócratas la sangría fue mayor. Desde una concepción como principio ético de organización social, en donde la igualdad jugaba un papel central, la democracia tendió a ser reducida a un conjunto de reglas o procedimientos para la distribución del poder político.

Pero, a primera vista, los liberales aparecen como los grandes derrotados, ya que hasta el nombre perdieron, refugiándose en la denominación simple de demócratas. El desprestigio de la revolución industrial, por las atrocidades cometidas por los defensores del *laissez-faire* en las fábricas fue un factor importante en el repliegue de los liberales. Poco más adelante, ante la fuerza que gana la ideología socialista, liberales y demócratas terminan por unirse ante lo que consideran un enemigo común. De allí en adelante, ser demócrata tenderá

a ser sinónimo de liberal y ser liberal tenderá a ser sinónimo de defensor del *laissez-faire*. Locke, Montesquieu, Hobbes y Tocqueville, y con mayor razón Rousseau, serán abandonados por Adam Smith.

Las imprecisiones del siglo pasado siguen presentes en nuestros días. Definirse como demócrata puede significar a lo menos dos visiones bastante diferentes: o defensor de la libertad, con el acento puesto en la libertad económica, o defensor de la libertad, sin sacar el dedo del renglón en materia de igualdad.

Creo que los planteamientos del presidente Bush cuando se congratula de los avances de América Latina en materia de libertad económica y democracia están más cerca de la primera visión, en tanto las demandas democráticas de Lula en Brasil o del FMLN en El Salvador se identifican más con la segunda.

Los liberales aceptarán la democracia en la medida que el sufragio universal no ponga en discusión la organización social de la economía ni los proyectos de desarrollo. Las mayorías no deben interferir en el punto clave de todas las libertades: la económica. Así es como se da la paradoja de pueblos que votan y eligen y vuelven a elegir y vuelven a votar y no logran incidir en cuestiones sustantivas que mejoren sus condiciones de existencia.

Los problemas entre el liberalismo y la democracia tienden a agudizarse cuando las demandas sociales crecen y la sociedad civil logra ampliar los beneficios sociales y hacer menos inequitativo el reparto de la riqueza. Para el pensamiento liberal estos son momentos en donde la democracia se hace ingobernable. Estamos frente a una "sobrecarga" que el sistema debe remediar limitando la democracia, los beneficios sociales y los salarios. En la medida que la población se eduque en la nueva situación y la acepte, liberalismo y democracia volverán a darse la mano. De lo contrario, será el liberalismo, un liberalismo voraz en lo económico y de tinte conservador en lo político, el que se impone.

Frente a estas posiciones, dentro del propio liberalismo aparecen otras, más preocupadas por los problemas sociales y políticos, y que postulan una posición menos enfrentada con la democracia. Más aún, la consideran una meta política deseable, aunque limitada a las cuestiones de procedimiento. Anhelan una

democracia “mínima”. También mantienen aprensiones sobre la visión del mercado como el gran juez en materia de distribución de la riqueza que propugna el liberalismo ramplón.

Sectores progresistas del liberalismo incluso llegan a sostener simpatías por el socialismo. La democracia se convierte en el puente que permite transitar del liberalismo al socialismo y de éste a aquel, reformulados, tomando las cosas buenas de uno y de otro. Pero la tarea no es fácil en tanto el liberalismo (y ahora más que nunca, con su versión neoliberal) reivindique su identidad en la libertad económica, una libertad que exige cada vez menos topes que la limiten y que genera serios costos sociales. (Habría que preguntarse en este sentido sobre las verdades que ocultan frases como “ la década perdida”. La enormes masas de dinero que han salido a relucir en el festival privatizador que se da actualmente en América Latina, muestra a las claras que los que perdieron en los ochenta son los mismos que perdieron en los setenta y en los sesenta, y que seguramente volverán a perder en los noventa).

La relación entre liberalismo y socialismo también ha sido de enfrentamientos. Ciertas reflexiones, que no deben despreciarse, han intentado una reconciliación, aunque con menos éxito que los alcanzados entre liberalismo y democracia. (De manera reciente Rolando Cordera ha retomado el tema. Véase *Nexos* núm. 173, mayo de 1992). Existen razones históricas y teóricas que explican esa situación. Históricamente porque el liberalismo ha sido la fuente de inspiración fundamental para el desarrollo del capitalismo, en tanto el socialismo surge como el fundamento para la creación de un nuevo orden que lo supere. Teóricamente, porque el primero pone su acento en el individuo, relegando los problemas sociales, en tanto el segundo privilegia la sociedad. Estos, podríamos decir, constituyen los puntos duros de una y otra ideología.

En medio de la actual crisis teórica e ideológica surgen posiciones que llaman la atención sobre los aportes del liberalismo (en el campo político) al desarrollo de sociedades más justas, libres e igualitarias, como sus formulaciones sobre los derechos políticos y civiles (libertad de reunión, de pensamiento, de credo, de información, etcétera) en aras de alcanzar un nuevo orden societal.

El socialismo también es repensado teniendo presente los serios problemas presentes en las experiencias conocidas como socialismo real. Es así como se revalora el individuo y lo privado, para no hablar de otros aspectos torales como las limitaciones al poder y funciones del Estado por la sociedad o el papel del mercado en el socialismo.

El éxito de estas nuevas reflexiones tiene como uno de sus requisitos básicos reconocer las distancias que separan a los diferentes campos ideológicos, distancias que son teóricas, históricas, pero también sociales. Por ello, en el actual horizonte histórico, no parece posible “fusionar” liberalismo y socialismo. Los intereses sociales que en ellos se identifican están en polos encontrados. El núcleo de cada una de estas doctrinas demanda hegemonías.

Tampoco parece posible en el actual horizonte la concreción de proyectos alternativos ni de órdenes sociales distintos a los conocidos. Pero nadie crea que una historia preñada de revoluciones súbitamente se hizo infértil.

El derrumbe de experiencias socialistas no puso fin a la historia. Para enormes contingentes sociales, para los millones de pobres y explotados, la historia más bien no comienza aún. El capitalismo y sus portentosos avances caminan marginándolos y se niega a incorporarlos a su mesa. Estos sectores, como ya lo hicieron, volverán a demandar nuevos órdenes sociales, sociedades que en base a su trabajo les aseguren pan, libertad y dignidad. El fracaso del socialismo autoritario les afecta. Qué duda cabe. Pero el hambre y la injusticia les afectan más.

17 de mayo de 1992

Democracia *versus* democracia

Sorpesa. Esta es una de las palabras más socorridas en lo últimos tiempos por los cientistas sociales para dar cuenta de los fenómenos que casi a diario golpean a la opinión pública. Sorpesa ante el derrumbe del socialismo real; sorpesa frente a la desintegración de la Unión Soviética; ante la asonada de los militares venezolanos; ante el autogolpe de Fujimori; la revuelta en Los Ángeles; la fuerza de Ross Perot. Y la lista podría proseguir.

No cabe duda que estamos en una época rica en acontecimientos. Pero, ¿por qué hemos sido sorprendidos (y seguramente lo seguiremos siendo)? ¿Es que no existe ninguna lógica que permita prever el desarrollo de ciertos acontecimientos? ¿o es que las ciencias sociales han perdido la brújula para orientarse en el mar convulsionado de los últimos años?

Es verdad que en el campo de los fenómenos sociales no es posible suponer regularidades y comportamientos similares a los existentes en las ciencias naturales, lo que plantea especificidades y restricciones al trabajo predictivo. Pero también es cierto que las sorpresas son resultado de limitaciones no inherentes a la naturaleza de las ciencias sociales, sino a los caminos que éstas han asumido, a los temas que han privilegiado.

Creo que en la discusión de los procesos de democratización en América Latina, por ejemplo, se hace presente un cierto enfoque que deja de lado preguntas demasiado importantes, por lo que no es aventurado afirmar que seguiremos siendo sorprendidos por la realidad en los próximos años.

¿Qué explica que la democracia sea un fenómeno con relativa estabilidad en los países llamados desarrollados y que, por el contrario, se presente con tanta fragilidad en el mundo subdesarrollado?

¿Puede afianzarse la democracia en sociedades en donde porcentajes cercanos al 40 por ciento de la población se ubica en la franja de la pobreza y más de 10 por ciento en la franja de la indigencia?

¿Qué tiene que ver la democracia con esos elevados porcentajes que son condenados a la marginación? ¿Se puede pensar en los procesos de democratización exclusivamente como un fenómeno estatal, sin expresiones sociales? Si así fuese, ¿no es necesario preguntarnos por el grado de representatividad que alcanzan en el Estado los enormes contingentes de paupérrimos de nuestra región?

En pocas palabras, ¿quiénes logran representación bajo los actuales modelos de democratización en marcha en América Latina? ¿dónde encuentran representación los sectores sociales inmersos en la franja de la pobreza o aquellos inscritos en la franja de la indigencia?

Tengo la sospecha que los procesos de democratización en América Latina enfrentan serias limitaciones y entre las más importantes se encuentran aquellas que arrancan de los topes que impone el proceso económico. La pobreza en la región no brota del aire, sino que es resultado de movimientos económicos específicos. El caso chileno, en donde los niveles de pobreza siguen manteniéndose altos, pone en evidencia que no estamos ante una pobreza resultado de la falta de crecimiento económico, sino de una que crece al calor de la expansión y florecimiento del modelo exportador bajo lineamientos neoliberales. Es, por tanto, una pobreza resultado de la modernidad y no del atraso.

En ese cuadro, ¿cómo puede crecer la democracia si no es sólo hasta el punto en donde no se cuestione la naturaleza excluyente y marginalizante de los actuales proyectos económicos en marcha?

¿Cómo puede pensarse seriamente que el consenso social puede convertirse en la nueva forma de hacer política? Esto sólo puede ser cierto a condición de que la marginalidad económica también se institucionalice como marginalidad política, con los que están llamados a concertar los reducidos sectores sociales convidados al festín de la democracia. ¿O sobre qué bases pueden darse consensos globales (como modelos de desarrollo o políticas económicas) en sociedades fracturadas como las que hoy tenemos en América Latina?

La estrechez social de la democracia latinoamericana pone a ésta en situaciones permanentes de ingobernabilidad. Un tal tipo de democracia no puede sino temer a la democracia.

14 de junio de 1992

América Latina: ¿democracias ingobernables?

Es relativamente común encontrarnos en el discurso teórico-político actual con la afirmación que las actuales democracias latinoamericanas presentan elevados niveles de ingobernabilidad. Para corroborar estas afirmaciones se toman como pruebas los problemas de los gobiernos de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, las andanzas dictatoriales de Fujimori en Perú, o las dificultades que enfrentó el gobierno de Aristide en Haití.

Tengo la impresión, sin embargo, que las nociones de gobernabilidad e ingobernabilidad merecen alguna discusión. De lo contrario quedaremos enredados en los orígenes conservadores que marcaron su paso a la teoría política.

Los problemas de la gobernabilidad e ingobernabilidad van asociados a la noción de democracia. Dependerá de la concepción que se tenga de ésta, el sentido que asuman aquéllas. Así, por ejemplo, existe un mundo de diferencias entre afirmar que el principal peligro de la democracia es la democracia misma o que los problemas de la democracia sólo se resuelven con mayor democracia.

En el primer caso, el límite desde el cual se establece el espacio de la gobernabilidad de la democracia es demasiado estrecho. Cualquier aspecto que suponga violar ciertos marcos institucionales o de consensos socialmente reducidos permite convocar a la noción de ingobernabilidad.

En la segunda afirmación, el horizonte de la democracia se amplía y, por tanto, se alejan (si es que no desaparecen) los límites de la ingobernabilidad.

Es la noción que se tenga de democracia, por tanto, la que fija los límites de la gobernabilidad. A una concepción estrecha de democracia que se contenta con aspectos exclusivos de procedimiento, que reduce la democracia a los elementos necesarios pero insuficientes de ingeniería electoral, esto es, a las visiones de democracia mínima, que llaman a la presencia también de un ciudadano mínimo, que sólo es convocado a depositar un voto cada equis cantidad de años, pero que en el intertanto es enajenado de la capacidad de incidir en el manejo de los asuntos públicos y de problemas que tienen directa incidencia en su vida diaria, frente a esa concepción de democracia y de ciudadano, el punto de la ingobernabilidad llega demasiado pronto.

Para esta visión, las movilizaciones de los pobres e indigentes en América Latina por trabajo, vivienda y alimentos o sus reclamos por cambios en las políticas económicas, son un factor de ingobernabilidad y, por tanto, una carga negativa que moviliza los recursos estatales (más represivos que consensuales) a fin de limitar la ebullición social a los parámetros de la gobernabilidad. La democracia y su defensa lo demandan.

Pero no se pone en discusión el problema clave: si el espacio de gobernabilidad que ofrece una determinada visión de la democracia no es demasiado estrecho, lo que pondría en evidencia que no es posible pedirles a las capas de la población marginadas de las mínimas condiciones de sobrevivencia, por ejemplo, que no se muevan, para que la democracia, a pesar de que se mueran de hambre, siga siendo gobernable.

Bajo una perspectiva que reclame una ampliación de la democracia, en donde ésta permita a la población discutir no sólo proyectos electorales (siempre abundantes en graciosos ofrecimientos), sino programas de gobierno (a años luz de los ofrecimientos electorales, porque –se dice– el realismo así lo exige), las políticas económicas y de desarrollo social que se impulsan, así como los proyectos de desarrollo nacional, en fin, que hace de la democracia un espacio de discusión efectiva a fin de alcanzar acuerdos comunitarios y que rompe con las trabas de la democracia mínima y de ciudadanos mínimos, bajo esta perspectiva, repetimos, lo que tenemos en muchos países latinoamericanos no es un problema de ingobernabilidad sino otro distinto: carencias en la democracia y la necesidad de profundizar y extender sus alcances.

5 de julio de 1992

Elecciones: un monstruo de dos cabezas

Lo menos que puede decirse es que el voto, en nuestro tiempo, constituye un instrumento importante. De lo contrario no se explica tanta literatura a su alrededor, así como tantas reglas y leyes que regulan y norman los procedimientos electorales. Su importancia también puede deducirse del sinnúmero de mecanismos que se crean en distintos países para desorientar a los votantes, para controlarlos, para impedir que voten o, lisa y llanamente, suplantar su voto.

En las sociedades en donde el voto no se conoce o en aquellas en donde el derecho a votar está restringido a un número reducido de personas, la política se guía por una lógica que supone a aquella como un asunto que concierne a unos pocos.

Pero en las sociedades organizadas bajo premisas que conciben a la política como un problema que compete a muchos, el voto hace su entrada, desatando con su avance los signos de una verdadera esquizofrenia. Algunos de sus

síntomas son los llamados a votar, pero la puesta en marcha de toda una serie de mecanismos para que la ciudadanía no vote; discursos sobre la libertad de los votantes junto a procedimientos para controlarlos; convocatorias al voto informado en un cuadro de un cúmulo de información que tiene muchas veces como objetivo la desinformación.

Nuestras sociedades han hecho de las elecciones un monstruo de dos cabezas: una devora a los ciudadanos; la otra los fortalece. Son muchos los factores que alimentan a ambas. De pronto se impone ésta, en otros momentos, aquella. Pero las dos coexisten y llevan a cabo serios enfrentamientos entre sí. Los enormes desequilibrios sociales presentes en América Latina, y el atraso económico y cultural que propicia en sectores mayoritarios de la población, son un factor clave en estas disputas, en las que tienden a imponerse los mecanismos que debilitan al ciudadano.

Por estas razones, más allá de los programas partidarios y de las diferencias que en ellos existen, es en torno al voto mismo y a todo lo que supone el momento electoral en donde hoy día se desarrollan disputas políticas claves en nuestra región.

Los supuestos teóricos y filosóficos, la idea del hombre y de la sociedad, que están detrás del voto y del sufragio universal son difíciles de asimilar por el capitalismo real. De allí que entre el discurso y la realidad exista un mundo de distancia, la cual se acrecienta en sociedades periféricas y subdesarrolladas como las de América Latina.

La asunción de la política como un asunto que compete a todos los miembros de la sociedad, el principio de “cada cabeza un voto” y de que todos los votos son iguales constituyen pronunciamientos que ponen en discusión los cimientos mismos del orden social y político gestados a partir de la revolución gloriosa en Inglaterra y de la toma de la Bastilla en Francia.

No es por casualidad que sólo sea hasta la segunda década de este siglo que el sufragio universal se imponga (a lo menos en la letra) en Inglaterra y Estados Unidos y que apenas en 1945 se alcance en Francia e Italia, y en la generalidad de los casos, como resultado de persistentes presiones políticas gestadas desde abajo.

La razón de esta situación es muy simple: el ciudadano que postula los principios liberales es un personaje subversivo para el orden existente.

Se puede argumentar que para la ruptura que establece el capitalismo entre la política (el ciudadano) y la economía (individuos en el mercado) los principios políticos del liberalismo son altamente funcionales. Así encuentra hombres libres en el mercado a los cuales explotar en tanto les ofrece un discurso igualitario en el terreno político, que nunca alcanza a la economía.

Esta es una parte (qué duda cabe, muy importante) de la realidad. Pero la otra nos muestra que el capitalismo –tanto en el mundo desarrollado como en el subdesarrollado– tiene enormes dificultades (quizá lo más correcto sería decir que se ve imposibilitado) para asimilar al ciudadano que reclama sus derechos y ejerce sus funciones.

El asunto es tanto más serio cuando la política –es decir, el campo de acción de los ciudadanos– es asumida en su sentido amplio, y se rompen los diques que se le buscan imponer, restando a la economía de su espacio de acción.

Ciudadanos mínimos para democracias mínimas, he allí una política que se impone en nuestro tiempo y un serio obstáculo que salvar.

12 de julio de 1992

América Latina: ¿transición a la democracia?

A estas alturas del proceso ¿tiene algún sentido seguir hablando de que América Latina se encuentra en un período de transición a la democracia, o que estamos en vías de democratización?

Los más recientes problemas políticos en Venezuela (con un gabinete cada vez más militarizado) y Perú, como los casos más destacados, ponen de manifiesto la ligereza con que se asumió en el discurso político y teórico que la democracia constituía la próxima estación –cuando no se ha arribado– en la historia latinoamericana.

Las razones de estas cuentas alegres en el campo político no son difíciles de desentrañar. Desde la Casa Blanca se dio por sentado que América Latina entraba a una nueva fase de su historia en donde –por primera vez– se producía

la feliz combinación de libre mercado y democracia. Sólo Cuba, desde este discurso que fue asumido por la generalidad de las clases dirigentes regionales, quedaba al margen de tan magno acontecimiento.

La libertad política venía de la mano de la libertad económica. Celebremos a la segunda, por traer a la región no sólo programas de ajuste y sus escandalosas secuelas de pobreza. También nos permitía votar. La Iniciativa para las Américas y los diversos pactos o tratados comerciales que comenzaron a ganar vida en la región eran una muestra de que el nuevo reino, el de la Libertad, estaba con nosotros.

En el campo teórico lo menos que puede decirse es que se ha trabajado con mucha ligereza. Casi con irresponsabilidad. La lectura de la crisis de los gobiernos militares se hizo de manera superficial y se asumió las convocatorias electorales y el establecimiento de gobiernos civiles como los puntos claves para diagnosticar que se transitaba a la democracia.

Con un mayor grado de sofisticación, el discurso teórico acompañó al discurso político. Pocos autores llamaron la atención sobre los problemas que enfrenta la democratización en América Latina. Y no nos estamos refiriendo a la gestación de una democracia sustantiva, que busca conciliar libertad e igualdad. Nos referimos simplemente a un punto central para construir cualquier peldaño democrático: la presencia de ciudadanos.

Para el análisis predominante da lo mismo un indígena de la selva brasileña o de la sierra peruana depositando un voto, que un ciudadano de San Pablo o de Buenos Aires. Ambos sujetos, para efectos de este análisis ya son ciudadanos. O da lo mismo que ese mismo indígena del Amazonas o de la sierra peruana no vote, al igual que el cesante de los barrios marginales de Caracas o de Santiago. Abstención, simple abstención, será lo más que se nos dirá.

Obnubilados por los “momentos electorales”, en esta visión no aparecen los interrogantes referidos al momento previo, que hace a la constitución de los sujetos políticos convocados a elegir. El instrumento básico del ciudadano es el voto. Pero depositar un voto no hace a un ciudadano.

América Latina está atravesada por una infinidad de tendencias que obstaculizan la emancipación política de los individuos, punto elemental para

convertirse en los verdaderos actores de los procesos políticos. El analfabetismo y la miseria constituyen dos problemas –ancestrales y modernos al mismo tiempo– que atentan contra la conformación de una verdadera ciudadanía. En pueblos analfabetos y con hambre pueden utilizarse los más variados recursos para comprar el voto o la abstención, cuando no la propia situación los margina de los eventos electorales.

Votar, como acto de soberanía, supone individuos que han roto las amarras de todo tipo de control político, como los presentes en comunidades sometidas a caciques o gamonales; supone individuos informados, capaces de sortear campañas políticas de terror (como cuando las fuerzas conservadoras en Chile asustaban a sectores de la población señalando que sus hijos serían enviados a Moscú si votaban por Allende).

¿Qué voluntad popular pueden expresar procesos electorales en donde un elevado porcentaje de la población ha hecho sus opciones en medio del terror, el hambre o la ignorancia?

En un cuadro de tendencias que permiten manipular el voto, al obstaculizar la constitución de ciudadanos, América Latina presenta bases demasiado frágiles para la sustentación de procesos democráticos. Cuánta mayor fragilidad no existirá en la región si ni siquiera en esas condiciones se hace posible respetar el voto y los procesos electorales.

Una región que desde siglos viene alimentando las arcas de otras regiones, a través de las más variadas formas de transferencia (desde el simple saqueo de metales preciosos, hasta los actuales pagos de la deuda) propicia bases democráticas en otras partes, debilitando las propias.

Problemas como los anteriores, de los cuales se ocuparon los estudios de la dependencia, han sido olvidados por nuestros teóricos del tránsito democrático.

Transitar a la democracia supone hacer frente al sinnúmero de trabas que impiden la constitución de ciudadanos, para no hablar de las que se levantan para impedir la creación de un sistema de partidos, acceso de las diversas fuerzas a los medios de comunicación y a recursos financieros y en fin, tantos otros factores que hacen a las bases de un sistema democrático.

También aquí se ha olvidado una verdad sencilla: La democracia exige elecciones, pero no toda elección hace democracia. Los “momentos electorales”, reducidos al mínimo por los problemas antes citados, son demasiados estrechos para dar cuenta de la constitución de verdaderos órdenes democráticos.

25 de julio de 1992

Pobreza, ciudadanía y democracia

La pobreza ha dejado de ser un tema de preocupación de humanistas, igualitaristas, comunitaristas, socialistas y otros utopistas, para convertirse en uno de los puntos que concita particular atención de gobiernos y de organismos internacionales. Y de lado, por ahora, el envío “humanitario” de tropas por parte del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a Somalia. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) son algunos de los organismos que en el último tiempo han llamado la atención sobre los costos sociales de las políticas económicas en marcha y hablan de la necesidad de emprender acciones para enfrentar el problema.

En las ciencias sociales también se multiplican los estudios y las declaraciones de investigadores que ven en la pobreza ya no sólo un problema ético-social sino también un problema económico y político: la pobreza –se dice– es un obstáculo para el desarrollo y la democracia se lleva mal con la pobreza, por lo que se concluye que es necesario hacer algo.

Esta atención sobre el problema arranca de dos aspectos de nuestra actual realidad difíciles de ocultar. Las cifras sobre pobreza que entregan los organismos internacionales son escandalosas, como escandalosas son a su vez las cifras sobre miseria. En la Tercera Conferencia Regional sobre Pobreza en América Latina y el Caribe, realizada en Santiago la última semana de noviembre pasado, se señaló que de 400 millones de latinoamericanos, aproximadamente 196 millones (45.9 por ciento) viven bajo la línea de pobreza, en tanto 22 por ciento de ese total son indigentes, de acuerdo a un estudio de la CEPAL. Las estadísticas son como para preocupar. Cómo ingresar a la modernidad con ese pesado lastre. He aquí un problema que preocupa a gobiernos y organismos consultores.

El segundo dato tiene que ver con los cortes o desvíos que ha sufrido el llamado proceso de transición a la democracia. Luego de superados los signos más extremos de la algarabía con que políticos e intelectuales asumieron los procesos electorales, la meta democrática no parece un punto de fácil acceso mientras millones de latinoamericanos se encuentren marginados de los beneficios que acompañan a los nuevos modelos exportadores. La pobreza comienza a ser asumida como un problema de gobernabilidad.

Pero más allá de las estadísticas, hay ciertos aspectos de la actual pobreza latinoamericana que hace difícil que pueda ser relegada, como en épocas anteriores y que nos lleva a pensar que tenderá a estar cada vez más presente en los debates económicos y políticos. Hasta hace unos treinta o cuarenta años la pobreza era en América Latina un problema fundamentalmente rural. Hoy es un problema urbano, con particular expresión en las grandes ciudades, en los asentos del poder económico y político, en los centros de mayores concentraciones sociales.

Este simple dato trastoca radicalmente la visión del problema, sus consecuencias para la vida de nuestras naciones y las posibles soluciones. Ya no es posible levantar la alfombra y esconder la basura como cuando la miseria estaba concentrada en las áreas rurales. Los pobres se han hecho presente en los núcleos económicos, sociales y políticos más importantes y están haciendo sentir su presencia.

Allí están los asaltos masivos a supermercados, las movilizaciones de pobres marchando de la periferia al centro de las ciudades exigiendo agua, transporte, vivienda, derecho a la salud y educación, para no mencionar su importante papel en los más recientes procesos electorales (casos de Collor de Mello y Fujimori, por ejemplo) o en los cuartelazos civiles (Fujimori) o militares (caso Venezuela).

El bajo comercio callejero, la mendicidad, la delincuencia y otras manifestaciones de la pobreza seguirán siendo pan de cada día en las grandes ciudades latinoamericanas.

En las esferas gubernamentales y en los organismos internacionales crece la percepción que el “mercado realmente existente”, es una instancia incapaz de

dar respuestas a la pobreza, a lo menos en las formas y con la urgencia que los tiempos políticos demandan. El neoliberalismo –para decirlo rápidamente– está generando sociedades ingobernables.

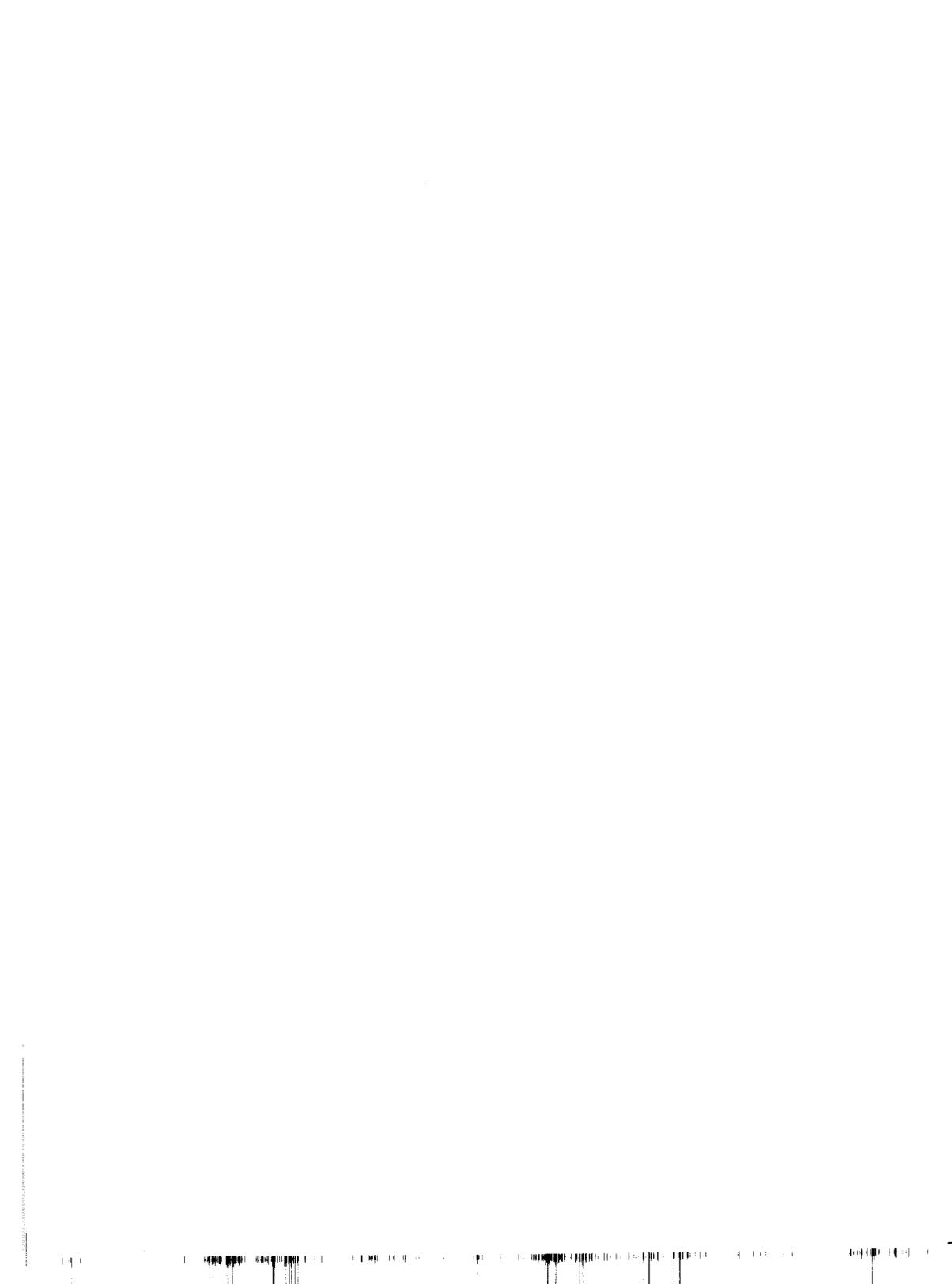
De aquí que la preocupación central apunte a cómo hacer governable el problema. La pregunta es de por sí una postura frente a la pobreza. Porque si de lo que se trata es de impedir que la pobreza actúe en el campo de la ingobernabilidad, la estrategia se centrará en cómo manejarla, morigerarla, enfriar sus aristas “calientes”.

Pero la pobreza es un obstáculo para la democracia por razones muchas más profundas que el hecho de generar ingobernabilidad. La pobreza atenta contra la democracia porque atenta contra la constitución de ciudadanos. Este es un asunto fundamental.

La ciudadanía no va con la pobreza. No se puede participar en la cosa pública con el estómago vacío o a medio llenar; siendo analfabeta o analfabeta funcional; sin un mínimo cultural. (En este sentido la reforma educativa en América Latina no puede ser reducida a un problema de “calificación de mano de obra”, sino que debe contemplar también la constitución de ciudadanos, por lo que la formación humanística no debe quedar relegada, como tiende a ocurrir).

Desde esta perspectiva el problema de la pobreza no es prioritariamente un asunto de ingobernabilidad, sino de cómo crear las condiciones para que el orden social genere ciudadanos. Ese es el reto si –junto a la mejor inserción en los mercados internacionales–, la democracia también está en el horizonte deseado por nuestras sociedades.

13 de diciembre de 1992



II. Democracia, socialismo y revolución

Democracia y revolución

¿Qué tiene que ver la democracia con la revolución? ¿Y qué la revolución con la democracia?

Las preguntas anteriores están en el centro de las actuales discusiones políticas en América Latina y plantean la necesidad de cambios en un sinnúmero de puntos que han orientado el quehacer de las organizaciones que buscan transformar la sociedad.

A *grosso modo* podríamos distinguir dos grandes corrientes en el discurso político de la izquierda latinoamericana en las últimas décadas. Una de ellas ha puesto énfasis en el tema de la democracia, en las conquistas políticas y sociales posibles de alcanzar bajo el orden social prevaleciente, borrando de su horizonte —o manteniéndolo, pero de una manera muy difusa— el problema de la ruptura revolucionaria, en tanto cambio sustancial en las estructuras de poder.

La otra ha puesto en el centro de su discurso el tema de la revolución, relegando por su parte el problema de la democracia política, calificando las formas de la democracia parlamentaria como una fórmula ajena a la revolución.

Esto generó dos discursos y dos prácticas políticas que corrían de manera paralela, y que nunca o casi nunca se encontraban.

En el primer caso, la revolución —y posteriormente el socialismo— eran concebidos como la sumatoria de conquistas alcanzadas en el marco institucional. Por esta vía el Estado iría cambiando su carácter de clase. La revolución se convertía en un cambio de calidad del Estado, cambio marcado por un proceso casi lineal de acumulación de fuerzas.

Para las fuerzas que hacían de la revolución el eje de su discurso, la ausencia del tema democrático en sus planteamientos (o su consideración marginal), obedecía a lo menos a dos razones: *una*, a su apego a una cierta visión del marxismo —que tuvo un peso considerable— que menospreciaba los logros de la

democracia parlamentaria, calificada como “burguesa”, y/o *dos*, a la ausencia de mínimas condiciones para el juego democrático, como ocurría por ejemplo en la Nicaragua somocista.

Sin embargo, a comienzos de los años noventa la situación tiende a modificarse y parece producirse un mayor acercamiento entre estos dos discursos. No son ajenos a este fenómeno los cambios en Europa del este y la revalorización de las formas democráticas “burguesas” que allí tiende a producirse, así como una suerte de nuevo compromiso de las clases dominantes latinoamericanas con las reglas de la lucha democrática, y, por qué no decirlo, la nueva política de Washington, presionando por la democratización “restringida” en sociedades hasta hoy fuertemente militarizadas, como El Salvador.

Esto ha provocado que muchas fuerzas revolucionarias tiendan a modificar su discurso y sus prácticas políticas, manifestando su disposición a incorporarse a la lucha institucional (cuando no lo han hecho) y a someterse al voto como un elemento clave para reconocer la recepción de su discurso y de sus proyectos y para levantar alternativas de organización política.

La pregunta que salta de inmediato es: ¿qué tiene que ver la democracia y la lucha por la democracia con la revolución? Más aún ¿cómo se liga la lucha en el marco institucional con un cambio en las estructuras de poder y el ascenso de nuevas clases sociales a la dirección de la sociedad?

La primera respuesta puede ser que se asume la democracia como un momento táctico, a la espera de condiciones para aplicar las viejas concepciones sobre “asalto al poder” y la revolución.

O concebir la acumulación de fuerzas para un proceso insurreccional o una guerra prolongada a partir de demandas democráticas (como el fin de una dictadura, como ocurrió en Cuba o Nicaragua).

Sin embargo, no es esto lo que se teje actualmente en la política de las organizaciones revolucionarias latinoamericanas. Hay una suerte de reflexión que valoriza de una manera diferente la lucha legal e institucional y los alcances de la vida democrática. Que se tiende a asumir a la democracia parlamentaria como una conquista de la humanidad y que, por tanto, no pertenece en exclusividad a alguna clase (si bien se entiende que bajo el dominio de la

burguesía alcanzó las formas que hoy conocemos y ha sido ésta la clase que le ha impuesto su signo).

Creo no pecar de exagerado si señalo que las organizaciones revolucionarias viven un momento de ruptura, en donde muchos de los ejes teóricos y políticos que guiaron su accionar y su reflexión han quedado obsoletos y no terminan de madurar (en algunos casos ni de germinar) los nuevos referentes teóricos e ideológicos que orientarán la práctica futura.

La concepción misma de la revolución, y detrás de ella, de la organización política y del socialismo están en discusión.

Quizá lo más claro a estas alturas —alentado por los cambios en Europa del este— sea la nueva visión del socialismo o, aun en negativo, de lo que no debe ser el socialismo.

Pero, ¿cómo entender hoy a la revolución?. ¿Cómo alcanzar el poder?

¿Se ha llegado a una situación en donde con el apoyo de un fuerte movimiento de masas se puede alterar radicalmente el carácter del Estado, y de una lógica de funcionamiento para las minorías puede éste modificarse para operar en la lógica de las mayorías?

¿Y qué ocurrirá con las Fuerzas Armadas, en tanto uno de los pilares del Estado y de la dominación? ¿Están orgánica e ideológicamente en condiciones de asumir una transformación estatal que trastoque los parámetros clasistas, aun sobre la base de procesos legales e institucionales?

En este punto es pertinente remarcar que por la distinta naturaleza de sus fuerzas armadas, el problema de la vinculación entre democracia, lucha institucional y revolución, tiene connotaciones diferentes en Nicaragua que en El Salvador, Colombia, Guatemala o Chile.

¿Y los dirigentes de la Casa Blanca y los sectores dominantes en América Latina están dispuestos a aceptar el veredicto de las urnas, cualquiera éste sea, y respetar a gobiernos que busquen dar respuestas prioritarias a las demandas y necesidades de los sectores populares?

Hace cerca de 20 años, Salvador Allende jugó en Chile a alcanzar esta utopía. Nixon, Kissinger, Pinochet y muchas otras cabezas institucionales rompieron de manera brutal con ese proyecto.

Más recientemente, Washington hizo cuanto pudo, por medios abiertos y encubiertos, para poner fin a la experiencia sandinista, que cualquier analista de ninguna manera podría haber calificado de “ortodoxa”, sino, por el contrario, fue pluralista, abierta, respetuosa de la libertad de cultos y que, como prueba de su madurez, entrega la dirección del gobierno a fuerzas antisocialistas, luego de salir derrotados en las urnas.

¿Será cierto, como indicó el comandante sandinista Víctor Tirado López, que el ciclo de las revoluciones antimperialistas llegó a su fin, y que se deben buscar fórmulas de gobierno que impliquen la convivencia pacífica con los Estados Unidos?

Pero, ¿bajo qué fórmula de gobierno se puede dirigir una nación sin “molestar” a Estados Unidos, sobre todo en el Tercer Mundo, en donde el capitalismo ha caminado abriendo grandes brechas sociales y económicas en la sociedad?

¿Es posible generar gobiernos de amplio consenso social en donde obreros y empresarios, pobres del campo y la ciudad y dueños de tierras y fábricas encuentran puntos de acuerdo para alcanzar formas más justas de convivencia social?

Es cierto que la política es el arte de lo posible y vale la pena preguntarse qué es lo posible de alcanzar en los actuales momentos. Quizá en ese sentido lo posible es fortalecer la democracia y buscar caminos económicos para mayor justicia. Pero todo esto no invalida los interrogantes sobre cómo alcanzar la utopía, el socialismo, en tanto sociedad en donde se alcance la mayor democracia y en donde no existan quienes viven del trabajo ajeno.

Los tiempos cambian y en los últimos años se han concentrado transformaciones que en otros momentos tardan varias decenas de años o siglos en producirse. Es posible que estemos en las puertas de cambios estatales que hagan viable vincular democracia y revolución de nuevas maneras, sin los costos políticos y humanos de experiencias pasadas, tanto por errores en el campo de las fuerzas de izquierda, como por la disposición de los sectores dominantes—locales e internacionales— a defender su poder y sus prerrogativas a como diera lugar.

21 y 22 de julio de 1990

De utopías e incertidumbres

Sería absurdo intentar restar importancia a los cambios políticos ocurridos en Europa del este sobre su significación para la historia de las revoluciones y del socialismo. Muchas concepciones se han venido abajo junto al derrumbe de los regímenes en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Alemania del este y Rumania.

Pero tan absurdo como intentar disminuir la importancia de lo anterior es suponer que fenómenos como la revolución y el socialismo han pasado a la prehistoria de la humanidad, que en Europa del este se agotó la experiencia socialista y que lo que sigue en adelante es la marcha de un sistema social que se ha hecho perenne, el cual se modificará y renovará sólo para seguir siendo el mismo. Por fin el sueño de toda clase que alcanza el poder hecho realidad: dar por sentado que la historia llegó a su fin.

En medio de la vorágine triunfalista que vive el pensamiento neoconservador y la perplejidad de amplios sectores progresistas, se olvidan algunas ideas básicas: las revoluciones no son el resultado de un simple acto de voluntad. Ellas expresan las tendencias al cambio que maduran en el seno de las sociedades, con independencia de la conciencia que los sujetos sociales tengan del proceso. En este sentido Espartaco, Robespierre, Lenin o Fidel Castro encarnaron la presencia de fuerzas, más o menos ciegas, que brotan y rebrotan y que buscan la creación de nuevos órdenes sociales.

Así como Octavio Paz reconoce que no fue Marx quien inventó las clases sociales, (véase *La Jornada Semanal* núm.71), también es correcto afirmar que no fueron ni Marx ni Lenin quienes inventaron las revoluciones. Éstas han existido y seguirán existiendo con independencia de lo bien o mal que éstos autores hayan reflexionado sobre el tema.

Suponer que las revoluciones desaparecieron del horizonte de la humanidad por los acontecimientos en Europa del este, no deja de ser, por tanto, un grave error analítico.

Las revoluciones modernas, como en Angola, Vietnam, Cuba o Nicaragua (independiente del juicio que ellas nos merezcan y de las simpatías o antipatías que nos despierten), han sido el resultado de la ebullición de fuerzas subterrá-

neas, de fuerzas que operan en lo profundo de las sociedades y que en determinado momento alcanzan una dimensión que se hace visible para todos en la superficie.

¿Puede haber una ciencia política seria que se niegue a ver que las sociedades en determinados momentos tienden a convulsionarse y a revolucionarse? Marx puede haber cometido muchos errores teóricos. Pero el horizonte de reflexión que abrió para pensar los problemas del cambio social sigue siendo muy importante.

En Europa del este y en otras latitudes del llamado mundo socialista muchas cosas fracasaron: cierta visión de cómo organizar una nueva economía, de cómo organizar políticamente al Estado, de la relación Estado-partido-sociedad, de cómo entender el socialismo, entre otras.

Pero hay algunas cuestiones elementales que no pueden olvidarse para ubicar de mejor manera lo que actualmente ocurre. La primera, que la posibilidad de iniciar la construcción de un nuevo orden social en Europa del este no arrancó de una transformación que operó desde abajo, sino que fue el resultado de cambios que se inician con el paso del Ejército Rojo por esos territorios, durante los flujos y reflujo que se generaron durante la Segunda Guerra Mundial.

No es que en Polonia o Hungría, por ejemplo, no existieran en aquellos años tendencias que buscaban cambiar el orden existente. Allí estaban. Pero lo que modificó la situación fue la acción de las tropas soviéticas en su avance contra el ejército alemán.

No es casual que el “derrumbe” del socialismo se haya dado, a la fecha, particularmente en los países del este que fueron “liberados” por el Ejército Rojo.

Lo segundo, que las revoluciones que se plantean en algún momento el socialismo como vía de construcción de un nuevo orden social, se han gestado en la periferia capitalista, o para decirlo más rigurosamente, en países dependientes (Rusia, Cuba, China, Angola, Nicaragua, Vietnam...), en donde el capitalismo se caracterizaba más por sus atrasos y desequilibrios económicos y políticos, que por sus avances materiales y civilizadores.

Si a estos elementos se agregan los graves errores de concepción antes señalados y la existencia a nivel internacional de asedio, agresiones y amenazas

permanentes de medidas punitivas mayores, podremos comprender mejor el cuadro de debilidades en las que se dan y se han dado las llamadas experiencias “socialistas”.

La noción de transición también es importante para la reflexión que nos ocupa. De octubre de 1917 a la fecha tenemos poco más de setenta años. En la vida de una persona este tiempo es casi todo el tiempo. En el tiempo del desarrollo de las sociedades y de nuevas formas de organización económica, política y social, es muy poco.

Sólo después de varios siglos de haber hecho su aparición, el capitalismo alcanzó la democracia y formas civilizadas de relación entre las clases. Y esto particularmente en el centro, allí donde están los países desarrollados.

Muchos de los fenómenos políticos que hoy se derrumban o que están en crisis, se ubican dentro de un movimiento histórico que busca superar al capitalismo (partiendo de algunos de sus puntos más atrasados, no lo olvidemos), pero que están aún lejos de los ideales y metas socialistas. Parece evidente que la historia necesita más tiempo para alcanzar esos objetivos. Pero aunque debamos cargar con el pesado fardo de procesos frente a los cuales no nos identifiquemos, la historia del nuevo orden ya se puso en marcha y, como siempre ocurre, lo ha hecho por su lado más feo. De seguro que Rousseau, Hobbes o Montesquieu también buscarían distancia con las atrocidades del capitalismo incipiente o aun con manifestaciones del capitalismo maduro.

Si las revoluciones irrumpen como el resultado de fuerzas ciegas que operan en las sociedades, el socialismo sólo puede ser alcanzado, por el contrario, como parte de un proceso consciente y voluntario, en donde debe participar de manera permanente la mayoría de la sociedad. Por esta razón, el socialismo puede revertirse. Si no se logra ganar el acuerdo de la población y su participación constante en la búsqueda y construcción de este orden social, el socialismo estará cada vez más alejado de sus metas y puede llevarnos nuevamente al capitalismo. Hay aquí una diferencia fundamental con éste, el cual aparece en la historia de manera “inconsciente” y puede multiplicarse y ganar terrenos sin necesidad de actos voluntarios ni planificados por las sociedades.

Los pueblos de la periferia capitalista, como los latinoamericanos, seguirán buscando nuevas formas de organización social, por la vía de plantearse modificaciones profundas a sus actuales formas de existencia. Porque quienes saludan el fracaso del socialismo en Europa oriental, se olvidan de hablar del fracaso del capitalismo en América Latina, con sus escandalosas secuelas de pobres y desamparados.

La pregunta es qué dirección asumirán estos procesos, una vez que ya no existen los vaticanos desde donde se definían los derroteros para construir los nuevos órdenes sociales. Esto genera incertidumbres, porque ya no hay pautas de cómo avanzar en la construcción de las nuevas sociedades. Pero, al mismo tiempo, abre enormes posibilidades a la creatividad y a la búsqueda de formas novedosas, que se potenciarán por la revalorización de la democracia que se ha dado en el seno de las fuerzas de izquierda.

Es real que las posiciones más conservadoras del capitalismo han logrado importantes avances y que tienen cartas de triunfo en sus manos que justifican su algarabía. Pero también es real que la utopía de un mundo más justo, democrático y solidario no arranca de cero. Las malas experiencias también enseñan.

28 y 29 de octubre de 1990

El socialismo como proceso

1. En el análisis de la llamada crisis del socialismo, parece pertinente incorporar la noción de transición, para ubicar en una perspectiva histórica los problemas actuales y alcanzar una mejor comprensión de lo que ellos pueden significar .

El tránsito del feudalismo al capitalismo fue un proceso que tomó siglos. Dobb ubica la fase inicial del capitalismo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVI y a comienzos del XVII. (Pirenne sitúa el fenómeno en el siglo XII). La democracia en el capitalismo es una conquista que recién se alcanza en el siglo XX.

La historia del socialismo, vista desde esta perspectiva, es una historia reciente, que apenas comienza.

2. A la hora de la revolución “gloriosa” en Inglaterra o de la Revolución Francesa, la burguesía de estos países era una clase que en la etapa previa había logrado importantes posiciones económicas. Esto les permitió acceder al poder en condiciones de cultura, conocimiento de los asuntos públicos, manejo de la economía, infinitamente superiores a los de las clases que han hecho revoluciones que buscan el socialismo.

Más aún, las clases que han alcanzado el poder en las revoluciones del siglo xx y que se han propuesto como meta el socialismo, lo han hecho confrontadas al Estado, sin mantener lazos o alianzas con las antiguas clases en el poder, ni compartiendo posiciones dentro del Estado, como lo hizo la burguesía inglesa en la revolución de 1640. Esto implica que las revoluciones se iniciaron bajo la conducción y dirección de sectores sociales que sólo habían tenido referencias “externas” con el Estado y el poder, y que se encontraban en posiciones culturales y económicas muchos más precarias que las de la burguesía al momento de sus revoluciones.

3. Como ya es conocido, Marx previó que las revoluciones se iniciarían en las sociedades más desarrolladas del mundo capitalista. Sin embargo las cosas no se han dado así. Luego de estudiar el capitalismo como sistema mundial, Lenin llega a la conclusión que este modo de producción se desarrolla de manera desigual, favoreciendo la acumulación en ciertas regiones (los hoy llamados países desarrollados o del Primer Mundo) y alentando el despojo y la pobreza en otras (Tercer Mundo, países dependientes o subdesarrollados) y que las revoluciones explotarán en estas últimas regiones, en donde se ubican lo que Lenin llamó los “eslabones débiles de la cadena imperialista”.

El que las revoluciones emerjan en países pobres, dependientes, explotados, terriblemente atrasados, en donde el capitalismo presenta más sus carencias que sus virtudes, no es un problema menor a la hora de querer construir socialismo, porque pone a las revoluciones frente a problemas y deformaciones que el capitalismo no sólo no resolvió, sino que agravó y, además, frente a la necesidad (y a la compulsión) de construir un orden social que debe ser superior al capitalismo, en todos los terrenos, empezando por la economía.

4. Tienen razón quienes ponen el acento en que el socialismo debe ser económica y productivamente superior al capitalismo. Pero el problema es

cómo lograr esto desde el punto de donde arrancan las revoluciones. Porque si éstas se inician en, supongamos hoy, Japón o Alemania, el problema sería, al parecer, relativamente sencillo. Pero las revoluciones se han iniciado en la Rusia zarista, en la Cuba de Batista, en la Nicaragua de Somoza, en Angola, en Vietnam. He aquí un problema serio para países que deben no sólo bregar por alcanzar niveles de desarrollo que permitan satisfacer las mínimas necesidades de la población, (problema no resuelto por el capitalismo), sino que, además, deberán alcanzar y más tarde superar al capitalismo en el campo económico.

5. El desconocimiento de las prácticas y de las instituciones de la democracia parlamentaria es otra característica importante en las sociedades que rompieron con el capitalismo. El juego de partidos legalmente establecidos, la consulta electoral de la población, el respeto al voto, la presencia de una sociedad civil desarrollada, no eran características de Rusia, China, Vietnam, Cuba o Nicaragua, para nombrar a algunas sociedades, a la hora de la revolución.

Esta situación tendrá repercusiones cuando se constituyan las nuevas instituciones políticas, el nuevo Estado, y se inicien las nuevas prácticas políticas. La falta de una educación política previa, la que genera la propia vida democrática, abrirá las puertas para las más variadas formas de autoritarismo luego de la revolución y propiciará la marginación de la población de los debates y discusión de los temas de interés nacional.

La situación tenderá a ser distinta cuando las revoluciones alcancen sociedades en donde el derecho al voto, el juego de partidos diferenciados, una prensa con alternativas, medios de comunicación independientes del Estado, constituyen elementos de la vida diaria de la población.

6. El asunto es tanto más complicado si a las carencias y atrasos anteriores le sumamos los problemas derivados de la confrontación internacional. Es cierto que este argumento ha servido para querer tapar el sol con un dedo, en los intentos por ocultar los graves errores cometidos al interior de las revoluciones. Pero no por ello se puede soslayar lo que ha significado la agresión de los grandes poderes sobre sociedades débiles en materia económica, las que han tenido la osadía de buscar la construcción de un nuevo orden social. No es necesario hacer tanta historia. Allí está el bloqueo económico sobre Cuba, país que antes

de la revolución tenía que comprar hasta los peines y pasadores en Estados Unidos, y que de la noche a la mañana se ve sin abastecimientos, repuestos, medicinas, ni nada desde el antiguo proveedor del norte; o la casi destrucción de Vietnam y las agresiones abiertas y encubiertas de Washington sobre la Nicaragua sandinista.

De aquí se derivan nuevos problemas: ¿ cómo construir un nuevo orden social, que se plantee alcanzar el socialismo, y que al mismo tiempo, ahora, sea democrático y que relegue a lugares secundarios el problema militar, en un contexto internacional en donde los poderes imperiales siguen adjudicándose el derecho de decidir sobre el destino de los pueblos?

7. Los errores de concepción y de dirección que se han cometido en las revoluciones agravan aún más los problemas que devienen de las condiciones en que éstas se han realizado. Pero no se puede considerar que los campesinos y obreros rusos, o que los pobres del campo y de la ciudad de Nicaragua se equivocaron al hacer la revolución y se propusieran alcanzar el socialismo. Quienes así piensan quieren construir la historia por llanos asoleados y no por los vericuetos oscuros por donde la historia verdadera se empeña en caminar.

Las rupturas con el capitalismo empezaron así y el asunto es cómo dar pasos que nos encaminen al futuro socialista, ofreciendo respuestas a los requerimientos actuales de la población en medio de tantas privaciones, atrasos y dificultades internas e internacionales.

8. Desde esta perspectiva parece pertinente considerar la revolución rusa y las que le han precedido como procesos que marcan el inicio de una nueva historia, en donde los pueblos buscan nuevas formas de organización política, económica y social, y que apuntan a lo que de manera genérica llamamos socialismo.

En este sentido el socialismo es más una meta por alcanzar que una situación que se logra en la etapa inicial de la revolución, con la toma del poder. En el momento actual estamos entonces en una etapa histórica de “tránsito al socialismo”, camino que no es lineal ni que supone que todas las sociedades que se han revolucionado lo alcanzarán.

Visto así, es correcto el esfuerzo de muchos autores por marcar distancia con los procesos actualmente en curso, diferenciándolos del socialismo.

Lo que no parece tan adecuado es desconocer que los procesos iniciados con la revolución rusa se enmarcan en los grandes movimientos históricos que buscan generar nuevos órdenes sociales, distintos al capitalismo, y que hacen parte de una tendencia que apunta al socialismo.

Las revoluciones actuales, sin querer desconocer su importancia, son por tanto los primeros balbuceos de la historia para crear el socialismo. Y estos balbuceos durarán tanto cuanto el mundo desarrollado del capitalismo no sea incorporado a este proceso. El socialismo, al igual que el capitalismo, tiene vocación universal y su consecución tendrá que ser un proceso universal.

9. Los críticos del determinismo histórico del marxismo tienen razón en sus observaciones. Pero, curiosamente, asumen los mismos errores que critican cuando suponen que el socialismo necesariamente debe construirse de manera lineal, y que una vez que una sociedad se revoluciona no puede revirar, o que desconocen que la historia puede caminar con flujos y reflujos. Tal es lo que se desprende de sus análisis sobre los problemas actuales de las revoluciones, en donde dan por sentado que el socialismo va en retirada, no sólo en el momento actual, sino como proceso histórico.

10. No se trata de soslayar las repercusiones que tiene el actual proceso europeo sobre la suerte y futuro del socialismo. Simplemente intentamos ubicar la situación en una perspectiva histórica más amplia que el estrecho horizonte en donde quieren situarla los apologistas del capitalismo. La historia muchas veces camina a saltos. Comienza y regresa, para volver a recomenzar. Y este es uno de esos momentos.

11. La crisis actual está sirviendo para ubicar en su justa dimensión las fórmulas que se suponían eran "el camino" al socialismo. Junto a la declinación del papel del Estado como instrumento único para construir el nuevo orden económico (que coincide con la crisis del Estado-empresario-benefactor en el capitalismo), se valoriza el mercado como instrumento auxiliar en la organización de una economía que quiere alcanzar el socialismo.

También la apertura al mercado mundial. El socialismo no tiene por qué pensarse como economías autárquicas y cerradas. En fin, la revalorización de la democracia, del pluralismo político y social, constituyen procesos que proporcionan puntos de apoyo importantes para los nuevos tiempos.

9 y 10 de diciembre de 1990

La crisis del marxismo

El marxismo está en crisis. Esta frase se repite de manera incesante en foros, seminarios, encuentros televisivos, conversaciones de café. Parece una afirmación contundente y difícil de negar.

Pero, ¿de qué tipo de crisis se habla? O, desde más atrás ¿de qué marxismo se habla?

Estas y otras preguntas nos ponen de manifiesto que la afirmación inicial necesita de precisiones.

Apuntemos algunas ideas con este fin.

Cuando hablamos de marxismo, hacemos referencia a un cuerpo de ideas que rebasa la producción de Marx, y que incorpora planteamientos de otros autores que han abordado nuevos campos o que han actualizado conocimientos formulados por el sabio alemán.

En este sentido los límites del marxismo son difíciles de establecer con precisión, máxime cuando estamos ante la presencia de diversas escuelas o corrientes que se autodefinen o que son definidas por otros como marxistas.

Así entonces, autores como Gramsci, Lenin, Trotsky, Luxemburgo, Althusser, Marcuse, Foucault, Poulantzas o Bettelheim serán más o menos marxistas, dependiendo de la corriente o escuela que califique sus trabajos.

He aquí un primer problema cuando hablamos de la crisis del marxismo. ¿A qué campo nos estamos refiriendo? ¿Hablamos de la producción de Marx? ¿O consideramos una producción más amplia? ¿O estamos haciendo alusión a toda producción calificable como marxista?

En una cierta línea se señala que el marxismo está en crisis por la falta de respuestas o respuestas inadecuadas desde esta corriente a los principales

problemas que enfrentamos en la actualidad, tales como el derrumbe político de los países de Europa del este, la crisis económica, las relaciones entre democracia y socialismo, democracia y revolución, etcétera. Creo que aquí no es difícil aceptar la validez del juicio.

En una otra acepción más enfática, se habla de un agotamiento de las posibilidades de respuesta del marxismo y, por tanto, de su fin como fuente de reflexión de la realidad. Algo así como querer pensar los fenómenos físicos hoy desde los parámetros aristotélicos o newtonianos, una vez que se han conocido los postulados de Einstein.

Si es así, habría que preguntarse dónde está el equivalente de la física de Einstein en ciencias sociales, que ha hecho caduca la reflexión marxista.

También se asume una postura más global y contundente: No sólo el marxismo está en crisis (de muerte), sino que asistimos a la crisis de todos los paradigmas teóricos.

Como bien se ha señalado (Lowy), con el desarrollo de la economía y de la sociología, el campo de disputas teórico y político entre las clases se desplazó de las ciencias naturales a las ciencias sociales.

Y estas disputas se acrecentaron con el surgimiento del marxismo en la medida que cristalizó en el campo del conocimiento una visión antagónica a las postuladas por los sectores dominantes.

La discusión sobre la crisis del marxismo no es por tanto una discusión ascéptica. Son muchos los elementos que se hacen presente en el escenario y muchos de ellos tremendamente interesados en el juicio que se formula.

Un elemento que introduce nuevos problemas en el análisis que nos ocupa es el que dice relación a la vinculación que se da en las ciencias sociales entre reflexión y práctica.

El marxismo, más que ninguna otra reflexión social, aparece ligado a la acción de movimientos políticos, partidos y sindicatos y, posteriormente, a la de Estados, con lo cual tiende a ser identificado ya no simplemente con un cuerpo de ideas, sino con prácticas políticas, organizaciones e instituciones estatales.

En un camino que atenta contra su vocación científica, el marxismo se convierte en doctrina y en ideología estatal. Esto trae como consecuencia que un elemento básico postulado por Marx, la unidad que debe haber entre teoría y práctica, se lleve a sus extremos en el análisis del marxismo, haciéndolo responsable de todo cuanto se construye a su nombre.

Ciertos analistas son agudos en criticar una cierta visión marxista que supone una relación directa entre reflexión y realidad, argumentando, con razón, que la producción de conocimientos mantiene autonomía (qué tan relativa ya es tema de otra discusión) frente a la realidad. Este elemento básico en la teoría del conocimiento se olvida completamente a la hora de analizar los problemas políticos y económicos de las llamadas sociedades socialistas. Estas son, a juicio de estos enfoques, el resultado de la teoría marxista. Aquí, por lo tanto, ya no se asume la autonomía de las ciencias y, además, la realidad aparece como una construcción del conocimiento, en la más burda concepción idealista. Por esta vía, por ejemplo, se dice que Marx debía desembocar en Stalin.

Guardando las especificidades, podemos decir que el tipo de reflexión anterior es tan erróneo como querer analizar la doctrina de Cristo a la luz de lo que dice y hace hoy el Vaticano, y hacer responsable a Cristo y a los evangelios de la Inquisición o de las acciones y posiciones asumidas por Pío XII o Juan Pablo II.

Pero el compromiso del marxismo con la práctica política no significa llevarlo al extremo de hacerlo responsable de su conversión en doctrina estatal, cuestión que está mucho más allá de lo que la relación teoría-práctica marxista permite.

Por esta razón, las formas que han asumido las sociedades que han roto con el capitalismo y se dicen dispuestas a construir socialismo poco o nada tienen que ver con el marxismo en cuanto tal. Si con una cierta visión que ha pretendido hacer parte del marxismo las historias oficiales, las represiones, las luchas palaciegas y las instituciones estatales de sociedades posrevolucionarias. Cuando hablamos de marxismo entonces, ¿de qué hablamos? ¿De cuerpos teóricos? ¿De prácticas políticas? ¿De instituciones estatales? ¿De procesos sociales específicos? Es obvio que todo esto es mucho más que la teoría marxista.

Marx desarrolló ideas para comprender las razones que llevan al capitalismo a la crisis y a la posibilidad de su agotamiento y al surgimiento de un nuevo orden social. No creo que exista una otra reflexión, a la fecha, que permita analizar estos temas de mejor manera. Mirar la realidad desde el horizonte del cambio social le permitió comprender la caducidad de las diversas sociedades y favoreció la búsqueda de los elementos que permitan comprender los partos de la historia.

11 y 12 de noviembre de 1990

De la revolución a la democracia

Si en los años sesenta y setenta el tema dominante en las ciencias sociales latinoamericanas fue el de la revolución, a partir de los ochenta ese lugar corresponde a la democracia.

La presencia de estos ejes temáticos no ha sido el resultado de una simple "moda" intelectual, sino que constituyen la búsqueda de respuestas a interrogantes que plantea la realidad misma.

El derrocamiento del régimen de Batista en Cuba, por el Movimiento 26 de Julio, puso uno de los ingredientes centrales para que la reflexión latinoamericana girara en torno al tema de la revolución.

A ello se sumaron los movimientos guerrilleros en Guatemala, República Dominicana, Perú y Venezuela, que surgen en los sesenta, y en los setenta las movilizaciones populares que dieron vida al Frente Amplio en Uruguay, al gobierno de Torres en Bolivia y al de la Unidad Popular en Chile.

Si la revolución fue centro de debates teóricos y políticos no fue entonces por una dinámica que sólo encontraba referentes en aulas y cafés. América Latina, de diversas maneras, daba signos de convulsión social y de la búsqueda de cambios.

En este contexto, la discusión sobre la democracia ocupó un lugar secundario, a pesar de ser uno de los ejes centrales que atravesaba las estrategias de la revolución o las simples demandas diarias de los más diversos sectores sociales. Un punto central en la concertación de fuerzas sociales que logran los rebeldes

de la Sierra Maestra o posteriormente el Frente Sandinista, está ligado a la demanda de derrocar a tiranos y regímenes corruptos encabezados por Batista y Somoza.

En ninguno de los casos se habla de alcanzar el socialismo, la propiedad social ni nada que se le parezca. Son demandas democráticas las que logran movilizar a la población.

Pero a pesar de ello, la democracia ocupa un lugar secundario. El que las elecciones en la mayoría de los países de la región fueran una farsa (viciadas de mil maneras por fraudes), siendo más frecuentes los golpes militares que las consultas electorales, no hacía de la democracia una bandera atractiva de agitar, manoseada por todo tipo de tiranos.

A ello se agregaban las posiciones de muchas fuerzas de izquierda que en el rechazo a los usos burgueses de la democracia, terminaron condenando no sólo a aquellos usos, sino a la democracia en cuanto tal.

Los cambios regionales de fuerza entre dominantes y dominados, y cambios políticos e ideológicos en otras regiones terminan por relegar el tema de la revolución.

La etapa de golpes militares en el cono sur, iniciada en los sesenta en Brasil y culminada en 1976 con el golpe en Argentina, hacen de la discusión del nuevo estado (fascismo o dictaduras militares) el preámbulo para el posterior paso al tema de la democracia.

Sin embargo, la revolución sigue siendo el centro de la discusión en Centroamérica, lugar a donde se desplazan los ejes de las agitaciones sociales.

El arribo de muchos exiliados conosureños (y de una cuota significativa de intelectuales), así como su cercanía con Centroamérica y la presencia a su vez de importantes exilios de esa región, convierten a México en un punto destacado de una doble discusión, que por lo general no se topa y que caminan de manera paralela: el del reflujo, que alentará la discusión sobre la democracia, y el del ascenso, en donde la revolución seguirá siendo tema predominante. Es en el cuadro de la derrota que la izquierda latinoamericana se enfrenta a la discusión de la democracia. Esto es importante de destacar, porque ese encuentro se

produce en un contexto regional e internacional en donde otros actores, políticamente en las antípodas, (conservadores y neoconservadores) hacen de la democracia también su bandera de batalla. Esto supone un descubrimiento y rescate de los valores que dan vida a la democracia por parte de las fuerzas de izquierda o fuerzas progresistas en un cuadro en donde se da una gran ofensiva ideológica y política, cuyas expresiones más inmediatas son el triunfo conservador en Estados Unidos, con los dos gobiernos de Ronald Reagan, la constitución del neoliberalismo como ideología y fórmula de la reorganización económica local y mundial, y en el plano regional el ascenso de diversos gobiernos de derecha o de centro derecha y de fuerzas de centro o centro izquierda con programas neoliberales.

Si la discusión sobre la revolución perteneció a las fuerzas progresistas y de izquierda (lo que no excluyó el que se produjeran grandes diferencias) con la débil intromisión de la “revolución en libertad” que agitó el gobierno de Eduardo Frei en Chile, en 1964, la discusión sobre la democracia compete a un número mayor y más heterogéneo de fuerzas: de allí que la democracia y la democratización sea un territorio en disputa.

La relación entre revolución y democracia fue débil en los sesenta y setenta. A los elementos arriba señalados, que debilitaron la relación, se agrega la *militarización de la política*. Desde la izquierda, la creación de fuerzas guerrilleras para alcanzar el poder. Desde los gobiernos –militares o no– la aplicación de tácticas de guerra para hacer frente a los conflictos sociales.

A fines de los ochenta se inicia una nueva tendencia: la *politización de la política*, fenómeno que se expresa tanto en el campo de la izquierda (institucionalización del M-19, procesos de negociación para alcanzar la paz de las fuerzas insurgentes en Guatemala, El Salvador; nueva visión de la vida institucional por las fuerzas de izquierda en Brasil, Uruguay, Chile, etcétera), como de los gobiernos y fuerzas de derecha. Se trata de hacer política por medios políticos.

Esto abre las puertas para un nuevo tipo de relación entre democracia y revolución, en donde una y otra se alimenten mutuamente y no se excluyan, como ocurrió en el pasado reciente.

30 de junio de 1991

Democracia y ruptura

El tema es tan viejo como el surgimiento de las ciencias sociales y podría sintetizarse en las siguientes preguntas: ¿desde qué horizontes se analiza la realidad? ¿Desde la defensa del *statu quo* (en su posición más conservadora) o del realismo político que supone que lo posible es lo dado, lo existente, por lo que los cambios son concebibles dentro de la continuidad? ¿O desde la perspectiva que señala que la ruptura es posible?

Los interrogantes anteriores no son gratuitos. Tienen una carga que define en gran medida el campo de atención y de visibilidad, lo que el investigador puede ver y no ver y, a su vez, inciden de manera importante en las respuestas posibles. De manera explícita o implícita están presentes en los debates y posiciones que hoy día atraviesan a las ciencias sociales y que tienen como idea central a la democracia.

Lechner tiene razón cuando indica que desde una cierta concepción que tiene a la revolución como eje de atención, la política y la democracia han sido asumidas como simples instrumentos, como puentes para llegar al punto de la ruptura, lo que desvaloriza a ambas. Pero se equivoca cuando da por supuesto que esto es así en toda visión rupturista.

La crítica a las posiciones instrumentalistas de la política y de la democracia tienden a encaminarse a la postura contraria, en donde la idea de la ruptura desaparece del horizonte y lo que prevalece es la valorización de una cierta política y de una cierta democracia más empatadas con la defensa de lo existente, o que manifiesta su inconformidad y asume el cambio, pero dentro de una idea de continuidad, lo que es asumido como realismo político.

La intención de borrar a la revolución como horizonte de reflexión, así como desacreditar el análisis de los fenómenos sociales desde la perspectiva de la ruptura es una verdadera toma de posición política en las ciencias sociales.

Nadie puede negar que los cambios en la Europa del este tienen un peso significativo en el cuestionamiento de ciertas visiones prevalecientes en torno a la revolución y la construcción del socialismo. Pero desprender de allí la idea de que se clausuró el período en que las sociedades se convulsionan y se

revolucionan supone dar un salto teórico (y político) que no se salva con presentar la caída de los gobiernos de Honecker o Ceausescu.

Son válidos y necesarios los interrogantes abiertos sobre las formas que pueden asumir los procesos de ruptura tras la debacle del este, en las nuevas condiciones de la economía y política internacional y frente a los cambios en las estructuras estatales, económicas y de clases al interior de cada país, o las políticas que deben asumir los gobiernos posrevolucionarios (tras el cuestionamiento de la planificación centralizada, el burocratismo, el autoritarismo, etcétera).

Pero de allí a la conclusión sobre el fin (si no de la historia) de las rupturas sociales hay una distancia que sólo se cubre con posiciones intelectuales y políticas que tienen que ver más con deseos que con la historia.

Reflexionar sobre la realidad desde la óptica de la ruptura no significa dar por sentado que la revolución y los grandes cambios están a la orden del día en todo momento y en todo lugar. Significa asumir que las sociedades se mueven y que en algún momento generarán condiciones para su transformación, dando origen a nuevos órdenes sociales.

Esto favorece un punto de vista en donde prevalece la historicidad de los fenómenos sociales y políticos, el contexto en donde surgen, así como descubrir las razones de su nacimiento, desarrollo y liquidación. Esto es el *abc*. Pero queda en el tintero de muchos analistas, para quienes cualquier reflexión sobre lo que sigue cabe en el reino de la utopía, entendida como algo deseable pero nunca posible.

En relación a la democracia la visión rupturista nos permite comprender que el fenómeno democrático (sufragio secreto y universal, pluralismo político, derecho a reunión, a organización, a la información, etcétera), constituyen descubrimientos y conquistas alcanzados en el capitalismo, pero que lo rebasan, convirtiéndose en fundamentos de cualquier nuevo orden social.

Pero la “utopía” también permite ver las limitaciones que el fenómeno democrático presenta en la actualidad bajo los parámetros de la organización capitalista, con sus tendencias a hacer de la democracia un simple ritual, la despolitización de la población, su incapacidad de avanzar a la discusión de

aspectos sustantivos de la vida de las sociedades (como los proyectos nacionales de desarrollo), sus promesas incumplidas de justicia social e igualdad, etcétera.

El discurso democrático de los defensores del *statu quo* pondera lo maravilloso que América Latina cuente hoy con gobiernos elegidos por sufragio universal. Su visión de la democracia prácticamente se agota en esta afirmación.

Para los realistas políticos la democratización necesita reformas, pero dentro de la continuidad. El capitalismo (y el neoliberalismo) es lo que tenemos y con él avancemos, podría ser una de sus afirmaciones.

Sólo desde una perspectiva que supone posible modificar el actual estado de cosas se está en mejor pie para percibir las limitaciones de los proyectos de democratización y pugnar por su superación.

28 de julio de 1991

¿La revolución pasó a la historia?

Luego de tantos derrumbes políticos y tantas derrotas, ¿tiene algún sentido preguntarse sobre el futuro de la revolución? Tras los sucesos en Europa del este y lo que acontece en la URSS y en sociedades que se revolucionaron en otras latitudes, muchos autores afirman que el tema está obsoleto, pertenece a la prehistoria y nada tiene que ver con el futuro de la humanidad.

¿Pero es real que los cambios actuales pusieron fin al problema de la revolución? ¿O más bien por confusión, o con toda intención, se pretende tirar a la basura mucho más que lo enseñan las experiencias anteriores?

Aquí habría que hablar a lo menos de tres espacios que es necesario diferenciar en torno al tema de la “obsolescencia” de la revolución: el campo teórico, el propiamente político y el de la historia.

Sería absurdo negar que en el terreno teórico y en el de la política hablar de revolución es hoy un tema pasado de moda. Las razones son muchas y van desde cuestiones como el desencanto producido por la debacle del llamado socialismo real, hasta los asuntos que han hecho de la cultura y de ciertos tratamientos teóricos artefactos de mercadotecnia.

Pero el que no se piense o no se hable de la revolución no significa que este fenómeno social no existe, por más que asistamos a un período de reflujo y efectivamente no esté, como en períodos anteriores, a la orden del día.

Al dar por sentado que regímenes posrevolucionarios y revolución son lo mismo, algunas corrientes teóricas y políticas tienden a concluir que junto a la liquidación del socialismo real también desaparecerá del escenario de la historia la revolución, y que ésta, al igual que aquel, es un “invento” del marxismo.

Digamos lo obvio: ni Marx, ni Lenin ni el marxismo inventaron las revoluciones. Desde que las sociedades hacen historia éstas se convulsionan en determinados momentos y —de manera más inconsciente en el pasado, o más consciente a partir de este siglo—, buscan crear nuevos órdenes sociales.

Lo que hace Marx (nada más y nada menos) es proponer una línea de reflexión para comprender el porqué las sociedades se revolucionan y las razones que explican a este fenómeno en el capitalismo.

Se puede negar la validez de la visión de Marx al respecto. Pero es un tanto más difícil negar que las sociedades entran en determinados momentos en crisis de cambio.

Hacer de las experiencias socialistas burocráticas y autoritarias y de las revoluciones un solo paquete conduce a la idea de que de aquí en adelante ya no habrá más procesos de ruptura social, sólo “cambios dentro de la continuidad”. En pocas palabras, un capitalismo que se regenera y se autorreproduce *ad eternum*. Por fin se cumpliría el viejo sueño de toda clase dominante. Ésta es una aspiración válida, pero tiene poco o nada que ver con la historia. Esta es testaruda a la hora de poner en evidencia que las sociedades, en momentos específicos, estallan, se conmocionan e ingresan a períodos de fecundidad donde buscan dar vida a nuevos órdenes sociales.

Los cambios económicos, políticos, sociales y culturales producidos en las últimas décadas obligan a reflexionar sobre las nuevas condiciones en que se darán los procesos de convulsión social y que harán posible alcanzar el poder a nuevos sectores sociales. (Más de alguien dirá que esto tiene que ver más con la utopía que con la realidad. Lo mismo pensó, seguramente, Luis XVI, hasta los días previos a la toma de la Bastilla, en 1789).

Algo va quedando claro en los nuevos escenarios: la creciente asunción por segmentos significativos de la población (tanto en el Este como en el Oeste) de sus derechos como individuos y ciudadanos, pone en evidencia que ninguna nueva ruptura podrá sustentarse en sectores reducidos de la población, sino que se deberá contar con el apoyo de segmentos sociales mayoritarios para ganar el poder, y con mayor razón para ejercerlo.

Por otra parte, los procesos de construcción de un nuevo orden social (socialismo) deberán sustentarse en los derechos políticos conquistados por franjas crecientes de la población mundial: voto secreto y universal, pluralidad política, derecho a reunión, libertad de pensamiento, de prensa, de credo y de conciencia, respeto al derecho de las minorías, etcétera.

Lo anterior pone en cuestión muchas verdades asociadas a las ideas del partido único, de la vanguardia, del asalto al poder. A todo esto deben sumarse la creciente conciencia sobre el respeto a la naturaleza y al medio ambiente.

Sobre estas bases, los nuevos partos de la historia permitirán crear fórmulas más justas, democráticas y atractivas para los pueblos. El socialismo burocrático, autoritario e ineficiente quedará así como un mal recuerdo, tal como los liberales recuerdan hoy con un mal sabor de boca, por ejemplo, las barbaridades que siguieron a la libertaria y fraternaria revolución francesa.

24 de noviembre de 1991

Crisis del capitalismo real

Pocos conceptos son más empleados en nuestros días que la palabra crisis. Y pocos son utilizados de una manera más confusa. Hacia donde miremos hay crisis. Es así como se habla de crisis del socialismo, crisis de la deuda, crisis económica, crisis política, de confianza, de la familia, de las relaciones internacionales, del capitalismo real, de paradigmas, de los imperios, de soberanías, de la democracia. Y para qué seguir. La lista es interminable.

En la noción de crisis hay a lo menos tres fenómenos presentes: *uno*, la idea de agotamiento, de liquidación o de muerte; *dos*, la noción de transición, de perdurabilidad de lo viejo mientras aún no se hace fuerte lo nuevo, de equilibrio

entre lo que fue y lo que será ; *tres*, de la recuperación, del crecimiento, de la vida que sigue a la muerte, de lo nuevo que se impone a lo viejo.

La idea de crisis remite a las nociones de continuidad y de ruptura. Lo nuevo sólo es posible que surja de lo viejo, de lo que muere. Pero es, a su vez, algo distinto, algo que encierra grandes diferencias con el pasado, a pesar de encadenarse con su historia.

Hablamos de cosas distintas, entonces, cuando hablamos de crisis, según sea el énfasis que se ponga en uno u otro de los aspectos arriba señalados. Tomemos un ejemplo cualquiera, utilizado con frecuencia en estos días. Cuando se habla de crisis del socialismo, ¿de qué se habla exactamente?

Para algunos autores, señalar la crisis del socialismo es sinónimo de liquidación de esa experiencia, es hacer patente su inviabilidad histórica y con ello invalidar por utópico (en su acepción peyorativa, como una reflexión sin sustento en la realidad) todo discurso y política que se plantee el problema de la construcción de un orden socialista.

Existe otra visión para la cual la idea de crisis del socialismo remite a la de muerte, pero de aquella que muchas veces se hace necesaria para dar paso a la vida. Las experiencias vividas en lo que se dio en llamar el socialismo real expresaron –de manera distorsionada, explicable por razones internas y externas– las posibilidades de creación de un nuevo orden societal. La crisis (como en un negativo) puso de manifiesto lo que ese nuevo orden no será, pero también algunas líneas de lo que debe ser.

Desde esta perspectiva se discute sobre nuevas bases los problemas de la continuidad y de la ruptura. En lo que sigue (no como simple acumulación de sucesos que desembocan en una meta, sino como búsqueda consciente, pero apoyada en procesos reales) ¿qué procesos tendrán vigencia en el nuevo orden? ¿frente a cuáles prevalecerá el quiebre, la discontinuidad?

No cabe duda que uno de los tantos factores que incidieron en los problemas que acumularon las experiencias del llamado socialismo real, fue el concebir que la nueva sociedad debía surgir como resultado de una ruptura total con todo lo que provenía de la sociedad capitalista. Bajo esta perspectiva, sedimentos sustanciales creados por la humanidad en los campos político y económico, (el

descubrimiento del individuo, la institucionalización del voto secreto y universal, el mercado, por ejemplo), fueron lanzados por la borda.

Pasando a otro campo ¿qué idea o qué aspectos de la crisis son los que se enfatizan cuando se habla de la crisis del capitalismo real?

No cabe duda que el capitalismo ha abierto la puerta para avances sustanciales de la humanidad en diversos campos como la economía, la tecnología, la cultura, la política. Se repite mil veces una frase que sigue siendo verdadera: los adelantos científicos alcanzados por la humanidad en los últimos cien años rebasan lo alcanzado en toda la historia previa del hombre.

Al lado de estas verdades están otras, que ponen sin embargo un fuerte contrapeso en la balanza. Nunca la humanidad, en medio de tanta riqueza generada, conoció hambrunas como las que hoy conmueven al mundo. La pobreza de nuestros días ya no es primordialmente por falta de recursos, como hasta algunos siglos atrás, sino resultado de un orden social que sólo puede crear bienestar multiplicando la pobreza de muchos. Como nunca la naturaleza y el propio planeta se ven amenazados en su vocación de hogar del hombre. Parte sustancial de la inmensa ingeniería cultural de nuestros días, con capacidades nunca antes conocidas de educar y culturizar, se revierten para idiotizar.

Aspectos fundamentales del descubrimiento del individuo son negados por la práctica de visiones individualistas; el voto y el ciudadano son pisoteados por la ritualización de prácticas huecas donde el juego es hacer creer que se elige; la política en general tiende a convertirse en un teatro de opereta donde la población es condenada a la condición de espectadores despolitizados, preocupados del último escándalo sexual de algún candidato presidencial.

El capitalismo también está en crisis. De su capacidad de dar respuesta a problemas como los antes señalados depende que su crisis sea de liquidación o de renovación.

10 de mayo de 1992

III. América Latina: una región desconocida

Cuba en el ojo del huracán

Frente a Cuba se concentran hoy, con más fuerza que nunca, los más contradictorios intereses: los del imperio queriendo poner fin a un proceso que camina a contracorriente a unas pocas millas de distancia; el de aquellos que desencantados con los procesos en Europa del este esperan encontrar en la revolución cubana la certeza de que el socialismo es posible.

También miran a Cuba los escépticos, los pragmáticos y los “realistas”; los que no creen en Bush, pero tampoco en gestas como la cubana, y que convencidos que los tiempos no están (ni nunca estuvieron) para revoluciones, esperan o dan por segura la caída del gobierno de Fidel Castro, dudando solamente en la forma que asumirá el proceso.

En Cuba se juegan hoy en día muchas cosas. Están depositadas allí tantos odios y también tantas esperanzas, que es difícil romper con las visiones en blanco y negro.

¿Qué es lo que se espera demostrar en Cuba? ¿Que Fidel, el Che y Camilo se equivocaron el 59 al derrocar a Batista? ¿Que haber iniciado un proceso socialista en un país del Tercer Mundo fue otra equivocación? ¿Que haberse alineado con el campo socialista y seguir modelos foráneos fue un error? ¿Que con la caída de Europa del este y la nueva política de la URSS ya no es posible sostener el proyecto cubano? ¿Que en el período post Golfo Pérsico no hay espacio para proyectos antimperialistas? ¿Que hoy lo realista es poner al mercado en el centro de la economía? ¿Que es socialismo o muerte? ¿Que la

guerra de baja intensidad bajo fórmulas de férreo bloqueo, aislamiento y ofensivas propagandísticas logrará tumbar al gobierno cubano sin que se dispare un tiro? ¿Que los gobiernos de América Latina (con la honrosa excepción de México) observarán sin mover un dedo las nuevas medidas intervencionistas de la Casa Blanca? ¿Qué es lo que se demostrará en Cuba?

Es difícil no preocuparse cuando se ven largas filas de hombres, mujeres y niños esperando alcanzar alguna parte de la cuota de alimentos que corresponden a cada cubano. Algo anda mal en esto. Claro, en nuestros países mucha, muchísima gente no hace filas frente a los supermercados porque nunca alcanzarán nada.

Pero algo anda mal en las tiendas casi vacías y en las largas esperas. Los bienes que antes venían del campo socialista, a cambio de otros bienes, ahora ya no llegan. O llegan cuando pueden. También está presente en el problema un sistema de distribución en donde hasta el último estancillo debe ser atendido por el Estado y el rechazo a dejar en manos particulares ciertos rubros menores de comercialización y de producción.

Todo esto es parte del problema. Como también lo es el que Washington pone todo tipo de sanciones a las empresas que establecen algún lazo comercial con Cuba. Si sería tan fácil comprar a pocas millas, sin tener que dar los rodeos actuales, que todo lo encarece y hace más penoso los esfuerzos del pueblo cubano por ser más productivo y mejorar sus condiciones de vida.

Aquí los predicadores de la libre empresa olvidan su discurso. Sólo con alineamiento político habrá libre mercado.

Algo va quedando claro en todo este asunto: a la Casa Blanca no le interesa la democratización de Cuba. Lo que busca es poner al régimen cubano de rodillas. Las presiones de Washington en vez de favorecer la apertura alimentan la rigidez política.

Aquí podremos comer pollo o pescado una vez al año, pero lo comemos todos, nos señaló un anciano cubano con quien nos topamos en una calle de La Habana. Y la posibilidad de un regreso al capitalismo es impensable. Aquí conocemos bien lo que el capitalismo nos puede dar. Nosotros no podríamos aspirar a lo que aspiran los alemanes del este, o los húngaros o checoslovacos. Ellos creen

que alcanzarán el nivel de vida de Europa. Nosotros sólo podríamos regresar a un capitalismo como el de Perú o Haití.

Es una lógica simple, pero contundente.

Con el fin de alcanzar divisas, las autoridades cubanas alientan el desarrollo del turismo, canalizando recursos para mejorar la infraestructura en ese rubro. Pero la delincuencia y la prostitución crecen imbricadas a este proceso.

Más serio parece el problema que deriva de la mantención de tiendas y restaurantes para turistas, en donde se paga en dólares, y a donde no pueden acceder de manera sencilla la población cubana. Esto nos duele y no nos gusta, indicaba una profesora cubana, pero entendemos que es una medida necesaria en las actuales circunstancias.

Pero ¿cuál es el tiempo político que se dispone para mantener medidas como las anteriores sin que se generen problemas sociales y políticos serios? Porque no aparecen en el horizonte las buenas noticias que podrían hacer variar la actual situación.

Es posible que los problemas que enfrenta Cuba en materia económica y política podrían abordarse de manera distinta. Pero el campo de maniobra es demasiado estrecho al casi desaparecer el antiguo apoyo del campo socialista y frente a un gobierno norteamericano aplicando a voluntad su estrategia de cercamiento, a la espera que en el mediano plazo su política rinda frutos.

Ha sido importante parar en la reciente reunión de la OEA los pasos más burdos de la ingerencia norteamericana hacia la isla. Pero ¿quién pone alto a las medidas menos publicitadas que buscan doblegar por el hambre la voluntad de los cubanos de construir su historia por el lado que sólo a ellos compete?

15 de junio de 1991

Fuerzas Armadas y Nuevo Orden Mundial

¿Qué tiene que ver el problema de la reducción de las Fuerzas Armadas latinoamericanas con la composición y tareas del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas? Al parecer ninguna. Sin embargo, ambos temas constituyen caras de uno de los proyectos del Nuevo Orden Mundial que busca instaurar la Casa Blanca, mismo que camina a pasos acelerados.

En la discusión sobre la reducción de las Fuerzas Armadas latinoamericanas se mezclan varios proyectos. Al calor de las políticas keynesianas, pero principalmente como resultado del impulso a las políticas de contrainsurgencia en América Latina en los años sesenta y setenta, los aparatos militares crecieron enormemente en efectivos y demandaron gastos crecientes no sólo en materia salarial, sino en equipos y armamentos.

A lo anterior debe agregarse el control por parte de los institutos militares de empresas diversas, así como de grados variados de corrupción que permitieron (y en algunos casos siguen permitiendo) el traspaso directo de recursos estatales a los bolsillos de los *altos mandos*. El control directo del Estado por las Fuerzas Armadas, luego de los golpes militares, –o su peso creciente en las decisiones estatales tras la cobertura de hacer frente a la “guerra interna”, una de las ideas centrales de la doctrina de contrainsurgencia– favoreció las medidas anteriores.

No pasaría mucho tiempo para que esta situación se hiciera insostenible, ya que camina en dirección contraria a los nuevos credos económicos impulsados por el neoliberalismo: reducción de los gastos públicos, reducción de las propiedades estatales, etcétera.

Desde el campo de las fuerzas progresistas, el tema también ha sido abordado. Se trata de reducir el peso de los cuerpos armados en la vida política, tras el copamiento que produjeron los militares del escenario político y el ahogo que realizaron sobre los canales de representación de los sectores populares.

En este cuadro, –particularmente en el cono sur y en Centroamérica, lugares en donde se aplicó con mayor fuerza la asfixia política– la demanda de reducir el monto de los efectivos militares y de sus gastos hace parte de las tareas por democratizar al Estado y la vida política, y exigir mayores espacios a la sociedad civil.

Pero sobre estos dos proyectos que apuntan a restar presencia a las Fuerzas Armadas, en donde uno (el neoliberal) pone énfasis en el campo económico, en tanto el segundo (el progresista) pone énfasis en el campo político, aparece un tercero, el de la Casa Blanca, que operando sobre lo económico y lo político, no se reduce a ello, sino que agrega implicaciones geopolíticas internacionales.

A pesar de que la información se ha manejado con muchas restricciones, se han filtrado noticias que hablan de un “Manual Bush” diseñado por la Casa

Blanca, encaminado a reducir el aparato militar del Continente, bajo el argumento que el “peligro comunista desapareció”, según señala una nota en *La Jornada* del pasado 12 de diciembre. Esto acercaría la propuesta norteamericana a las demandas de fuerzas progresistas. Pero la aproximación sólo llega hasta allí. Aquí entra el tema de la composición y tareas del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Todo parece indicar que Estados Unidos busca darle a este organismo nuevas funciones, compatibles con su condición de principal potencia en el concierto internacional. En el Nuevo Orden que busca alcanzar Washington, el Consejo de Seguridad pasaría a convertirse en una especie de gobierno supranacional (o gobierno mundial), bajo la égida de Estados Unidos, el cual contaría con la capacidad de movilizar fuerzas militares provenientes de diversos países a fin de hacer frente a los conflictos internacionales.

La primera prueba de este proyecto fue la pasada guerra en el Golfo Pérsico en donde Estados Unidos logró varios objetivos: *Uno*, hacer del Consejo de Seguridad el centro de legitimación de las decisiones tomadas por la Casa Blanca. *Dos*, subordinar a sus posiciones a los demás miembros permanentes del Consejo, esto es, a aquellos que tienen capacidad de veto, mismos que tienen poderío nuclear. *Tres*, marginar de la discusión al resto de la comunidad internacional. *Cuatro*, agrupar una poderosa fuerza militar, bajo la cobertura del Consejo de Seguridad, compuesta principalmente por efectivos norteamericanos, pero también provenientes de otros países. *Quinto*, que los gastos militares de esta empresa fueran cubiertos por la comunidad internacional, particularmente por sus miembros más solventes: Japón y Alemania.

La cristalización de este proyecto exige lograr un Consejo de Seguridad mucho más operativo que el que actualmente existe, en donde se sienten sólo las naciones que efectivamente pueden aportar a la solución de los conflictos internacionales desde la perspectiva que interesa a Estados Unidos. Es así como se habla de la incorporación de Alemania y Japón al Consejo, a lo que habría que añadir el reciente acuerdo del gobierno japonés de enviar tropas al extranjero, en una significativa modificación de las leyes establecidas después de la Segunda Guerra que impedían dar este paso.

Este proyecto de reestructuración del Consejo de Seguridad se enfrenta a uno distinto, que de acuerdo a declaraciones del representante de México en la ONU,

Jorge Montaña, responde al imperativo de “democratizar las relaciones internacionales”.

“La composición del Consejo debe reflejar el equilibrio de poder de nuestros días, atendiendo a los criterios de responsabilidad especial e igualdad jurídica de los Estados”, afirmó Montaña. Y agregó que “ante la centralidad del Consejo de Seguridad se debe adecuar este órgano, a fin de que sea verdaderamente representativo”.

Dentro del proyecto norteamericano, la restructuración de las Fuerzas Armadas latinoamericanas se hace necesaria. La resolución política y militar de los diferendos entre naciones quedarían en manos del Consejo de Seguridad, por lo cual las Fuerzas Armadas nacionales tendrían como objetivo prioritario el control militar interno y, en los casos que sea necesario, consagrar esfuerzos en la lucha contra el narcotráfico, para lo cual contarán con el apoyo de “asesores” o cuerpos especiales provenientes del extranjero.

El control para impedir el surgimiento de potencias intermedias en el campo militar evitaría a Estados Unidos las sorpresas de acciones bélicas o empresas militares autónomas (como la emprendida por Irak). En esta línea encuentran explicación los esfuerzos de Estados Unidos por impedir que nuevos países accedan a la fabricación de artefactos atómicos, (presiones sobre Libia, Irak, Corea del Norte, por ejemplo) y que sean los actuales miembros del Club Nuclear los que mantengan el monopolio en ese rubro.

15 de diciembre de 1991

Cuba y El Salvador: la moneda en el aire

Enero de 1959: los guerrilleros cubanos, bajo al dirección de Fidel Castro, entran a La Habana, luego de derrotar al ejército de Batista, dando inicio a lo que hoy conocemos como Revolución Cubana.

Enero de 1992: el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), de El Salvador, una de las organizaciones guerrilleras que alcanzó mayor fuerza en América Latina en todo lo largo del siglo XX, firma un acuerdo de paz con el gobierno de ese país, poniendo fin a más de diez años de guerra civil.

Existen poco más de treinta años entre uno y otro acontecimiento. Pero las distancias políticas que separan a ambos procesos no pueden medirse en años. Entre ellos se condensan un sinnúmero de fenómenos que constituyen parte sustancial de la historia latinoamericana, de la historia del socialismo, de la historia de la revolución, de la izquierda, del imperialismo, en fin, de las incertidumbres, de las utopías siempre renovadas.

Con un contingente reducido de hombres en armas los rebeldes cubanos lograron derrotar al ejército dictatorial y hacerse del poder.

Ninguna fuerza insurgente latinoamericana logró contar con tantos miles de hombres en armas operando al mismo tiempo como el FMLN. Sin embargo la conquista del poder político quedó pendiente para mejores tiempos.

Tras el triunfo del Movimiento 26 de Julio los sectores dominantes, los militares y la Casa Blanca sacaron sus lecciones. De allí que a pesar de la enorme actividad de fuerzas guerrilleras en un número elevado de países latinoamericanos, sólo los sandinistas pudieron derrotar a las fuerzas militares (de Somoza) y asumir la dirección del Estado (perdiendo posteriormente el control del gobierno en un proceso electoral).

Creación de cuerpos especiales antiguerrilleros, profesionalización de las Fuerzas Armadas (con una elevación en los niveles de preparación técnica e ideológica), desarrollo y aplicación de doctrinas de contrainsurgencia, represión, golpes militares, quiebres institucionales, dictaduras, asistencia militar de Estados Unidos, guerras de baja intensidad, son algunos de los ingredientes que permitieron fortalecer a los Estados en su aspecto coercitivo, permitiéndoles hacer frente con éxito a las ofensivas armadas populares.

El Estado salvadoreño y sus fuerzas armadas recibieron por parte de Estados Unidos en la última década un trato preferencial. Luego del triunfo de los sandinistas en Nicaragua, en 1979, y tras la asunción de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos, el gobierno norteamericano se propuso no ceder un centímetro más “al comunismo”, entregando todo su apoyo a los regímenes que enfrentaban fuertes procesos insurgentes. El Salvador pasó a ocupar el primer lugar, disputando primacías con la “contra” nicaragüense.

Por ello tienen razón los insurgentes salvadoreños cuando señalan que esta guerra hace rato que habría acabado si Estados Unidos no hubiera metido tantos recursos monetarios, armamentos y asesores en El Salvador. Y la aseveración es doblemente cierta, porque las fuerzas armadas salvadoreñas, sin ese apoyo, habrían perdido la guerra hace mucho y porque al calor de la ayuda norteamericana se crearon fuertes intereses entre los altos mandos militares, para los cuales la continuación de la guerra era un muy buen negocio.

Pero entre enero de 1959 y enero de 1992 hay muchas más cosas que han cambiado. Los revolucionarios cubanos, al poco tiempo de alcanzar el poder, declararon su voluntad de alcanzar el socialismo. Eran momentos en donde los nortes políticos eran claros: o Washington o Moscú. O capitalismo o socialismo.

En la última década del siglo xx las fuerzas de izquierda se han visto obligadas a tomar hasta las últimas gotas de un cáliz que hubieran querido apartar.

Junto a las crecientes dificultades de acceder al apoyo solidario de los países "socialistas", las fuerzas guerrilleras se enfrentan en los noventa a la incertidumbre de una guerra frente a la cual existen serias dudas de poder ganar y dudas mayores sobre cómo sostenerse y cómo gobernar una vez alcanzado el poder.

No hace mucho el comandante sandinista Víctor Tirado se preguntaba si eran posible revoluciones antimperialistas en el Tercer Mundo, tras constatar en Nicaragua las dificultades de hacer gobierno teniendo encima la presión de Estados Unidos y el desquiciamiento económico que generó en ese país.

El Chile de Allende conoció también de esa política, en momentos que Henry Kissinger era la cabeza de las acciones encubiertas; y Cuba asiste hoy a la más violenta guerra de hambre que un imperio haya aplicado, misma que no despierta las conciencias que debiera despertar en la comunidad internacional porque se presenta "como un trabajo razonablemente limpio", como indicó recientemente un escritor español.

En medio de la agresión, Cuba se empeña en sostener soluciones económicas y políticas que le son muy caras, en tanto recurre a las reservas morales, políticas y creativas de su pueblo para hacer frente a la grave situación. Pero queda la duda si los tiempos políticos permitirán que los nuevos proyectos

económicos comiencen a dar resultados y resuelvan los más acuciantes problemas actuales. La moneda está en el aire.

Si alguna vez los revolucionarios decidieron tomar las armas fue porque los poderosos impedían, en primer lugar, el libre juego político, y mucho menos alcanzar el gobierno y transformar el poder.

La firma del acuerdo de paz para El Salvador supone que los sectores civiles y militares dominantes aceptan que fuerzas que se oponen al actual orden de cosas participen con igualdad de derechos en la lucha política institucional. Ese es el compromiso que han asumido ante la comunidad internacional.

Tal compromiso no es un asunto menor ya que, como bien se sabe, no cuesta mucho hacerse el democrático mientras se tiene la seguridad de ganar.

Aquí hay una doble apuesta para los insurgentes: que los compromisos serán respetados por los sectores dominantes salvadoreños (lo que supone, entre otras cosas, que no habrá guerra sucia ni asesinato de dirigentes insurgentes, como en Colombia) y que la vía institucional es un buen camino para alcanzar fuerza y poder realizar las transformaciones que la sociedad salvadoreña reclama. En la Cuba de Batista eso no fue posible. ¿Sí lo será en El Salvador?

Con otros problemas, para los revolucionarios centroamericanos la moneda también está en el aire.

19 de enero de 1992

Estados Unidos: ¿mercados o bases militares?

En puntos decisivos de las recientes negociaciones entre el FMLN y el gobierno salvadoreño, Estados Unidos estuvo más cerca de las posturas de los revolucionarios que de los representantes del presidente Alfredo Cristiani.

Un fenómeno similar se ha producido en las actuales negociaciones en el Medio Oriente: la Casa Blanca ha entrado en serias disputas con el gobierno israelí y se ha aproximado a diversos planteamientos de las fuerzas regionales progresistas.

Se dice que una golondrina no hace verano. Pero se cometería un serio error si se menosprecian estos hechos y se da por sentado que la política estadouni-

dense bajo la administración Bush tiene una sola cara: la de la invasión a Panamá o la de la guerra contra Irak, sin considerar los cambios que parece sufrir en los últimos meses.

La actual postura de Washington tiene parangón con la política desplegada por el gobierno de James Carter en sus primeros años. Como se recordará, el sucesor de Gerald Ford se dio a la tarea de enfriar algunas “zonas calientes” en el Tercer Mundo, privilegiando los acuerdos políticos por sobre las soluciones militares.

En este marco fue que se firmó la paz entre Egipto e Israel (acuerdos de Campo David), bajo una activa gestión de la Casa Blanca, y los tratados Torrijos-Carter, por medio de los cuales se establecieron fechas precisas para el traspaso del Canal a manos panameñas.

También se ubican en esta tendencia las presiones que el gobierno de Carter realizó sobre algunas dictaduras latinoamericanas con el fin de alentar procesos de democratización. No fueron pocos los conflictos por tal razón con las dictaduras de Guatemala y Chile, e incluso el triunfo de los sandinistas sobre Somoza caminó acertadamente por las fisuras que se establecieron entre Managua y Washington.

Pero las semejanzas entre aquel período y éste sólo llegan hasta allí. La grave derrota estadounidense en Vietnam y la deslegitimación del sistema político norteamericano luego del escándalo de Watergate exigían un cambio de política. Las estrategias militares de la Casa Blanca en el Tercer Mundo habían sido seriamente cuestionadas en el sudeste asiático. Así, las soluciones políticas constituían una respuesta a esta situación, al tiempo que ayudaban a dar credibilidad a las instituciones estatales.

El cuadro actual es bastante diferente. Estados Unidos no alienta los acuerdos de paz en el llamado Tercer Mundo por razones de una debacle militar previa. Por el contrario, su incursión en Irak constituyó una operación militar que —de acuerdo a muchos analistas—, permitió a la Casa Blanca superar el “síndrome de Vietnam” y otorgó al presidente Bush un porcentaje muy elevado de aprobación a su gestión, por lo que tampoco las actuales posturas pacifistas obedecen a la necesidad presidencial de acceder a mayores niveles de legitimidad (aunque aquel capital político se haya diluido rápidamente).

Creo que los problemas económicos son uno de los elementos claves para comprender la nueva postura estadounidense (a diferencia de lo comentado para el período de Carter, en donde, existiendo problemas económicos, fueron las razones políticas las que predominaron).

En el cuadro de la nueva recesión norteamericana, la debacle y posterior desintegración de la Unión Soviética, si bien genera nuevos problemas, –cómo reiniciar negociaciones de control nuclear con gobiernos frágiles y de difícil predicción política (véase en *Perfil de La Jornada* del 16 del presente el excelente artículo de Pedro Miguel “¿Quién ganó la guerra del Golfo?”)– permite a la Casa Blanca concentrar esfuerzos en los problemas económicos y avanzar en la organización del Nuevo Orden Mundial.

La guerra sobre Irak no ha provocado los beneficios económicos que alguna vez se calcularon, mientras la atonía de la economía se prolonga, así como se agudizan las diferencias productivas y comerciales con Japón.

Las predicciones de algunos analistas que indicaron –en medio de la bonanza que se vivió en el período Reagan– que Estados Unidos en algún momento tendría que comenzar a pagar la cuenta de sus gastos, parece haber llegado.

En este contexto, la reducción del presupuesto militar aparece como una medida mínima de racionalidad, que incluye, entre otros aspectos, el cierre de varias bases militares en el extranjero, la reducción de otras tantas y un sustantivo recorte del personal militar, tanto en el extranjero como en el territorio norteamericano. Los discursos pacifistas de la Casa Blanca son congruentes con estas necesidades, así como la ligazón que establece entre democratización y aperturas de mercados.

Antes de la desintegración de la URSS, el Pentágono ya contemplaba reducir el personal militar a 1.6 millones de soldados en 1995 (de 2 millones en la actualidad), y un descenso de 25 por ciento en el presupuesto militar.

Este proceso no supone abandonar las funciones de gendarme universal, sino refuncionalizarlas. Alejado el peligro del comunismo, los estrategas militares norteamericanos creen posible hacer frente a conflictos regionales a través de pequeños pero eficaces contingentes de despliegue rápido, concentrados en Estados Unidos, sin los elevados costos que supone actualmente mantener un elevado número de hombres en Europa y Asia principalmente.

Por ello se hace también innecesario y superfluo sostener el apoyo militar a antiguos aliados, demandando incluso la reducción del personal militar de muchos países (y la reorientación de esos gastos a la reactivación económica, en la esperanza que se incremente la demanda de bienes estadounidenses), los cuales quedarían protegidos por los contingentes militares estadounidenses que van a permanecer en el extranjero, por su importancia estratégica (caso de las bases norteamericanas en Panamá) o por fuerzas militares con capacidad de operación regional (como parece ser el rol que se les asignaría a los militares chilenos, por ejemplo).

Bajo este cuadro de necesidades, la política norteamericana aparece con un rostro progresista, (lo que no impide que mantenga en ciertos puntos posiciones del período anterior, como frente a Cuba).

La actual guerra –se ha dicho con bastante razón– tiende a dirimirse en el campo económico. Y allí Estados Unidos está perdiendo. Por eso, a lo menos en las actuales circunstancias, entre mercados y bases militares, Estados Unidos parece estar optando de manera privilegiada por los primeros.

26 de enero de 1992

EU: aperturas comerciales y democratización

Desmilitarización, apertura comercial, democratización, apoyo a los procesos para alcanzar la paz, son algunos de los ejes centrales de la política de Estados Unidos hacia América Latina en la primera mitad de los noventa.

En las postrimerías del siglo xx América Latina ha dejado de ser una simple zona de reserva para Washington para convertirse en un territorio que gana creciente importancia como zona económica, de cara a los poderosos y agresivos bloques comerciales que encabezan Japón y Alemania.

Es en esta perspectiva que el presidente Reagan planteó la necesidad de crear un gran mercado continental que cubriera del Ártico hasta la Patagonia, idea que fue retomada por el presidente Bush y que fue bautizada como la Iniciativa para las Américas.

Cuando Reagan levantó el tema el horno no estaba para bollos. América Latina se encontraba inmersa en la profunda crisis de los ochenta. Pero en los

noventa, luego de profundos reajustes económicos bajo directrices neoliberales, la región ha comenzado a mostrar signos de recuperación.

La apuesta de Washington por América Latina como zona llamada a jugar un papel significativo en el entorno norteamericano comienza a dar resultados. De acuerdo a un cable de la agencia Efe del 22 de enero pasado (véase *La Jornada* del día 24), América Latina se ha convertido en el segundo socio comercial de Estados Unidos en 1991.

Un informe del Departamento de Estado indica que las exportaciones norteamericanas a América Latina ascendieron a cerca de 62 mil millones de dólares en ese año, cifra sólo superada por las ventas estadounidenses a la Comunidad Europea, que en 1990 alcanzaron los 98 mil millones de dólares.

Para tener una mejor imagen de la importancia que comienza a adquirir América Latina para el comercio exterior norteamericano baste señalar que las compras latinoamericanas de bienes estadounidenses en 1990 (54 mil millones de dólares) fueron superiores a las compras que realizó Japón ese mismo año (49 mil millones de dólares).

El informe del Departamento de Estado agrega otro dato relevante: por cada aumento de mil millones de dólares en las exportaciones de Estados Unidos a América Latina se crean 20 mil nuevos puestos de trabajo en ese país. (Lo que no sabemos es cuántos empleos se crean o –con mayor seguridad– desaparecen en América Latina por tales aumentos).

Si los datos son correctos, sólo entre 1990 y 1991 se crearon alrededor de 160 mil nuevos empleos en Estados Unidos como resultado del incremento en las compras latinoamericanas en el mercado norteamericano. No es una cifra despreciable. Y los dirigentes de la Casa Blanca esperan que en los próximos años sean muchos más, si nos atenemos a su insistencia por alcanzar a la mayor brevedad acuerdos comerciales con países de la región.

Estas cifras ponen en entredicho los temores existentes en Estados Unidos en relación a que la firma de acuerdos comerciales con países latinoamericanos es un mal negocio para la economía norteamericana, entre otras cosas porque generará desempleo.

Todo parece indicar que es un muy buen negocio, porque los incrementos en materia de exportaciones y de empleo se dieron en momentos en que crecieron a su vez las inversiones norteamericanas en América Latina.

De acuerdo a datos del Departamento de Comercio (citados por la revista *Latin Finance*, de enero-febrero de este año), las inversiones norteamericanas en América Latina avanzaron 15.5 por ciento entre 1989 y 1990, al pasar de 62.7 a 72.5 millones de dólares respectivamente.

Quizá se tienda a repetir el fenómeno que acompañó a las inversiones norteamericanas en los años cincuenta y sesenta en América Latina: junto a su crecimiento, aumentaron a su vez las importaciones como resultado de la demanda de bienes intermedios y maquinarias que establecieron las nuevas empresas extranjeras. Si esto ocurre, la apertura comercial de América Latina servirá para moderar el déficit comercial estadounidense, en tanto crecerán los saldos comerciales negativos en la región. La solución exportadora tropezaría así con serios problemas.

En el marco de un desesperado esfuerzo por incrementar sus ventas, es fundamental para Estados Unidos demandar mercados abiertos por parte de los países latinoamericanos, así como avanzar en acuerdos comerciales que vayan haciendo realidad el gran mercado continental con el que soñó Reagan.

Pero tan importante como la política de aperturas económicas es la de pacificación de los conflictos de la zona, así como avanzar en la democratización, en tanto fórmula que ofrezca salida a los conflictos sociales, cuestión que no resolvían o resolvían mal los regímenes militares.

Lo importante para Estados Unidos en América Latina hoy es crear un clima de paz social para que avance la economía, las inversiones y el comercio. El subsecretario adjunto del Departamento de Estado, David Malpass, fue claro al respecto al señalar que “la transformación de la economía de Latinoamérica presenta una oportunidad histórica en Estados Unidos para la construcción de una nueva era de relaciones basadas en el mercado abierto y la democracia”.

En el esfuerzo de crear esta nueva era de relaciones, la Casa Blanca no sólo define políticas hacia los gobiernos, Fuerzas Armadas o corporaciones empresariales, sus interlocutores tradicionales. También asume como interlocutores

a actores que hasta hace algunos años eran sus enemigos: las fuerzas insurgentes, sobre todo aquellas que tiene un peso significativo en la vida política de algunos países y que están dispuestas a entrar al diálogo.

Estos son algunos elementos que explican la politización (y ya no la militarización) de la postura de Washington hacia fuerzas como el FMLN o el Frente Sandinista.

2 de febrero de 1992

Perú: entre Sendero y el FMI

El análisis de la actual situación peruana no admite respuestas fáciles. La simple convocatoria a la “democracia” vigente hasta el 5 de abril como recurso para condenar lo ocurrido no deja de ser un mal punto de partida. Se da por sentado que ese camino es adecuado, de cara al futuro, para hacer frente a los múltiples y graves problemas que enfrenta la sociedad peruana y supone una posición poco crítica respecto a lo que bajo esa forma de democracia se hizo para resolver la situación.

Tampoco la convocatoria al recurso militar parece convincente. Perú vivió trece años bajo gobiernos militares (1967 a 1980) y –salvo los primeros años (bajo el gobierno de Velasco Alvarado)–, problemas como el empobrecimiento de la población, el crecimiento de la corrupción, las ligas de las altas esferas políticas y militares con el narcotráfico, tuvieron un buen caldo de cultivo para desarrollarse. Fue en este período en donde se gesta a su vez Sendero Luminoso.

Con posterioridad se suceden gobiernos civiles que representan a importantes fuerzas políticas: Fernando Belaúnde Terry, de Acción Popular, y Alan García, del APRA, que poco o nada pueden mostrar de positivo y mucho de negativo frente a los agudos problemas de Perú.

No es exagerado decir, entonces, que la sociedad peruana, de unos años a esta parte, vive un gran desencanto político. La democracia que conoció, así como las soluciones de fuerza o la dirección del país bajo importantes fuerzas políticas, no han resuelto nada. Peor aún. Se ha recorrido todo tipo de fórmulas políticas y se ha utilizado un tiempo precioso para derrumbar al país.

El triunfo electoral de Fujimori, derrotando a un hombre mundialmente conocido –Mario Vargas Llosa– y con fuertes lazos con el sistema político imperante, fue expresión de los muchos desencantos de la población peruana, deseosa de encontrar una salida a la agobiante crisis nacional, que no es sólo económica, sino también política, social, de confianza, de proyecto nacional, de futuro.

No hay duda que un sistema democrático es la mejor fórmula para que una sociedad dirima sus diferencias y encuentre vías para hacer frente a sus proyectos de desarrollo en todos los órdenes. Pero existe un discurso que quiere reducir los procesos de democratización en América Latina a la simple (pero siempre necesaria) fórmula electoral. Poco o nada se dice sin embargo sobre las bases económicas, sociales, políticas y culturales que se requieren para que la democracia no se convierta en una burbuja de jabón.

¿Qué democracia puede desarrollarse en sociedades que en materia económica, social y cultural, ponen en marcha proyectos que margina a la mayoría de la población? Bajo esas limitaciones hasta la Casa Blanca se ha convertido en un paladín de la democracia latinoamericana. Para este discurso (que no es privativo de Bush) no hay ninguna contradicción en demandar democracia y al mismo tiempo impulsar proyectos sociales estrechos. En estos casos, el discurso democrático no parece ser otra cosa que una gran cortina para quitar de la vista (y de la discusión) problemas elementales de sobrevivencia de la población. De instrumento de crecimiento cultural y político de un pueblo, la democracia se tiende a convertir así en instrumento de control y degradación. Esto no significa dejar de lado la demanda democrática. Por el contrario, se trata de ponerla en primer lugar, pero resolviendo sus actuales vicios puramente formalistas (a la que la quieren reducir los “demócratas mínimos”) para que alcance el campo de las formas de vida de la sociedad. A votar y elegir, pero que este elemento básico suponga también elegir y votar sobre aspectos sustantivos de la vida social, como los proyectos de desarrollo, las políticas económicas, los proyectos culturales, etcétera.

Los demócratas mínimos (como Vargas Llosa) condenan hoy a Perú. Pero su apuesta busca simplemente que se restituya esa democracia mínima que

mantuvo a la población como simples espectadores de luchas palaciegas y de grupos políticos que poco o nada hicieron por resolver el hambre, las injusticias de todo orden, la corrupción. Dentro de su visión, la democracia nada tiene que ver con estos problemas, pero sí con convocar a pueblos muertos de hambre y analfabetos a depositar un voto por un rostro que sonrío y que parece decir que todo en el futuro será mejor.

Pero el golpe de Fujimori, por más que se pronuncie contra estos problemas, no puede ser avalado. La historia muestra que los “iluminados” por lo general generan resultados peores que los que quisieron resolver. América Latina, además, ya conoce muchos ejemplos en donde la alianza con los militares agravó los problemas. La resolución de fenómenos como el terrorismo y el narcotráfico tiene componentes militares. Pero estos no son los más importantes.

Las dudas y temores se acrecientan cuando el mandatario peruano habla de reorganizar las instituciones y la vida económica y política del país. Parece necesario realizar esas transformaciones. Pero la pregunta que salta de inmediato es: ¿en torno a qué proyectos, a qué visiones, a qué intereses sociales, se piensa llevar adelante esta reorganización? Por lo que se puede apreciar, la reestructuración del país va en la línea neoliberal, aquella que requieren los grandes poderes económicos, la moralización y anticorrupción que necesitan los empresarios para que los recursos no se derramen por canales inadecuados, un ordenamiento político que ponga fin a la anarquía, pero con una disciplina que vela por el orden con la represión, el combate militar al terrorismo y al narcotráfico, pero sin resolver los males sociales y económicos que los alimentan.

Hay mucho de corrupción, de terrorismo, de injusticias sociales, de democratización, de crecimiento económico que resolver en Perú. La apuesta de Fujimori, sin embargo, parece caminar por una estrecha senda social, con impactos en grupos reducidos de la población, a pesar de que amplios sectores sociales, desesperados por soluciones, le otoguen hoy un respaldo a su gestión.

19 de abril de 1992

América Latina: los partidos en horas de cambio

Una de las características del sistema democrático es que se organiza en torno a principios de representación, siendo los partidos políticos el instrumento fundamental.

Es a través de los partidos políticos como los ciudadanos deben hacer sentir sus opiniones, sus demandas y necesidades, en tanto distribución y ejercicio del poder político.

El crecimiento del universo de individuos con derecho a voto (mujeres, pobres, jóvenes, etcétera), y la expansión del número de votantes han hecho de los partidos políticos organismos demasiado importantes. Son muchas las aspiraciones e intereses que deben asumir y expresar.

En una sociedad surgirán tantos partidos como organismos que crean reflejar inquietudes y demandas de la población. Será el voto ciudadano, en definitiva, el que marcará cuáles son los instrumentos que mejor reflejan y representan esas inquietudes. Por ello, no será raro ver organizaciones partidarias que desaparecen con la misma rapidez con que se crean. La oferta política que proponen puede no reflejar los requerimientos de la población.

Pero existen momentos en donde no sólo una organización partidaria es despreciada por el voto de los ciudadanos, sino que es el conjunto de los partidos el que sufre esta situación. La ciudadanía vuelca sus aspiraciones de cambio ya sea en nuevas organizaciones que brotan de manera rápida, como alternativa a los partidos tradicionales (caso de Cambio XXI en Perú, que llevó a la presidencia a Alberto Fujimori, y de Alianza Democrática en Colombia, que dio al antiguo movimiento M-19 mayoría en las elecciones para conformar la Asamblea Constituyente) o bien hace de la abstención masiva una forma de rechazo a las estructuras partidarias existentes.

Mientras las nuevas fuerzas políticas no logren asentarse y convertirse en canales estables de representación y no en instrumentos electorales de un día, lo que tenemos es una crisis de representación, que en estos casos no es más que una crisis del sistema de partidos existentes. Estos habrán dejado de representar lo que en algún momento representaron y amplios sectores de la población los abandonan, buscando en nuevas fórmulas políticas su identificación.

Los triunfos de Collor de Mello en Brasil, en brazos de una fuerza política que surge al calor de la contienda electoral, y de Fujimori en Perú, con una fuerza política que hoy muestra fuertes resquebrajamientos, son signos de una crisis de representación.

El fenómeno se encuentra larvariamente planteado también en Estados Unidos con la inesperada aceptación del discurso del *outsider* Ross Perot, que en caso de triunfar pondría en serios entredichos a los partidos Republicano y Demócrata.

Las crisis de representación (o el agotamiento de las fuerzas políticas tradicionales en tanto receptoras y expresión de las demandas de la ciudadanía) abren la puerta para el surgimiento de soluciones políticas insospechadas. El apoyo ciudadano a fuerzas políticas nuevas o a nuevas figuras políticas puede dar a lugar al ascenso de personajes que mantienen compromisos débiles, cuando no nulos, con las reglas y acuerdos que organizan el sistema político. Por tal razón, pueden llegar a actuar dando las espaldas a las instituciones y procedimientos que utilizaron para crecer políticamente.

Creo que Fujimori es quien mejor expresa en América Latina hoy en día esta situación. Más allá de lo justificado o no de su discurso contra los partidos políticos, el Parlamento y el Poder Judicial, el autogolpe que propició fue un paso en su percepción de la crisis de las fuerzas políticas tradicionales, y el abandono de las reglas de juego establecidas, buscando por canales extrainstitucionales una vía de solución para poner en marcha su programa de gobierno.

Los profundos cambios en la composición social del continente, con un acelerado crecimiento de la población pobre, de los jóvenes, con reducciones en las tasas de analfabetismo y elevación de los niveles de escolaridad, son factores que tienen repercusiones en el campo de las representaciones políticas, lo que llevará a modificaciones en muy corto plazo en la estructura y composición de los partidos existentes, fortaleciéndose la tendencia al desarrollo de nuevas organizaciones.

Algo de esto ya comienza a verse con el peso que han ganado fuerzas como el PT en Brasil, el PRD en México y AD en Colombia, las cuales ya parecen haber superado la condición de “fuerzas de una coyuntura”.

También la incorporación a la vida política activa de nuevos segmentos sociales, bajo demandas específicas, alimentando significativos movimientos en el campo de la defensa del medio ambiente, de las preferencias sexuales, de género, entre los más importantes, tiende a generar formas de representación que en muchos casos no encuentran espacio en los partidos políticos tradicionales. Esto puede crear un fenómeno político novedoso en el mediano plazo, ya sea por la autonomía que alcancen estos movimientos y/o por los cambios que deberán realizar los partidos políticos para recoger estas demandas ciudadanas.

Las crisis de representación pueden llegar a sociedades hasta hoy intocadas del subcontinente, abriendo las puertas para fenómenos políticos que ya creíamos superadas, como nuevos caudillos, dictadores o fórmulas populistas con ingredientes altamente peligrosos. La crisis del gobierno venezolano es un llamado de atención en este sentido.

2 de junio de 1992

América Latina: una región desconocida

A las puertas del V centenario vale la pena preguntarnos ¿qué tanto América Latina se conoce a sí misma? y los latinoamericanos, ¿qué tanto conocemos a nuestra región?

A últimas fechas son muchos los pronunciamientos que denuncian con escándalo lo poco que los europeos saben de nuestra historia, de nuestras tradiciones, de nuestro presente. ¿Pero no es más escandalosa la ignorancia que los latinoamericanos mantenemos sobre nuestra propia situación?

En las últimas décadas las ciencias sociales latinoamericanas han dado un giro espectacular siendo una de sus características el abandono de los estudios que hacían del conjunto del subcontinente un objeto de preocupación, para centrarse en enfoques locales que pierden de perspectiva la visión global.

Fue desde los años cincuenta hasta la primera mitad de los años setenta que las ciencias sociales latinoamericanas vivieron su etapa más rica desde la perspectiva de considerar al conjunto de la región como objeto de reflexión.

Este interés permeaba a las más diversas corrientes teóricas. Allí están los estudios de la CEPAL con trabajos como los de Raúl Prebisch o Aníbal Pinto. Con

independencia de las afinidades o cuestionamientos que nos produzcan, es difícil desconocer la importancia, aun para nuestros días, de trabajos como *Dependencia y desarrollo en América Latina*, de Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto; *Dialéctica de la dependencia* de Ruy Mauro Marini y *El desarrollo del capitalismo en América Latina* del recién desaparecido Agustín Cueva, para sólo destacar los más relevantes entre distintas corrientes teóricas.

Con posterioridad al libro de Cueva, publicado en 1977, no se ha producido en América Latina ninguna obra que alcance la importancia de los trabajos antes señalados.

Los elementos que intervienen en esta historia son diversos. El más a la vista dice relación con la irrupción de dictaduras militares en diversos países del subcontinente, lo que provoca la desaparición de centros de estudios y la desintegración de equipos de trabajos abocados al estudio de las particularidades económicas, sociales, políticas y culturales de América Latina.

La extrapolación que sufre el paso necesario de las visiones globales a las particularidades nacionales, locales y regionales también juega un papel relevante en el problema. Para decirlo con Cardoso y Faletto, se trataba de ver de qué manera la condición de enclave producía efectos distintos en una economía centroamericana que en una del cono sur; o con Marini, cómo se conjugaban en una economía nacional las tendencias a la ruptura entre la estructura productiva y la esfera del consumo; o al decir de Cueva, de qué manera se produce en cada formación social una específica articulación de modos de producción. Este paso, repito, era necesario.

Pero en los estudios posteriores, junto a otros cambios que modificarán de manera profunda el cuadro de atenciones de las ciencias sociales latinoamericanas, los estudios nacionales asumirán la preminencia, abandonándose las perspectivas globales. Es así como se multiplicarán los trabajos que reúnen estudios de caso de un mayor o menor abanico de países, bajo el falso supuesto de asumir que la sumatoria de estas partes permitirá reconstruir el todo latinoamericano. Pero como bien se sabe, el todo es siempre mucho más que la simple sumatoria de sus partes.

El abandono de la búsqueda de marcos interpretativos globales en las ciencias sociales, también se ve alimentado por la influencia que ganan posiciones

epistemológicas conservadoras como las de Karl Popper, para quien la realidad no es más que la suma de elementos, individuos o acontecimientos, los cuales se relacionan externamente, pero sin formar totalidades que sean más o diferentes que los agregados de las partes. Mientras en el primer caso se asume erróneamente la posibilidad de construir visiones totales a partir de sumatorias, en el caso de Popper esto es rechazado desde la partida.

Por estas y otras razones las investigaciones que tienen a América Latina como objeto de reflexión han tendido a desaparecer, fenómeno que también se hace presente en la curricula de las carreras de ciencias sociales, en donde las materias sobre América Latina en los programas de estudio de sociología, ciencia política, economía o antropología social, en licenciaturas y posgrados, tienden a ser escasas.

A la luz de las cuestiones anteriores, no es exagerado afirmar que América Latina es hoy una región desconocida para los propios latinoamericanos, falencia que para revertirse supone retomar (con toda la crítica que sea conveniente) los esfuerzos que desplegaron nuestras ciencias sociales entre los cincuenta y los setenta. Así estaremos en mejor pie para discernir entre los caminos de servidumbre y de liberación que se nos abren a 500 años del arribo de Colón.

21 de junio de 1992

Democracia ¿en el Sur así como en el Norte?

En materia de democratización, América Latina vive la misma euforia que conoció en los años cuarenta respecto a la industrialización. Y al igual que las decepciones que esta última produjo, creo que estamos a las puertas de constatar que muchas de las expectativas creadas en torno a la democratización no se verán cumplidas, lo que provocará nuevas frustraciones.

El problema tiene un punto de arranque: suponer que ciertos fenómenos y procesos que alcanzan vida en el llamado mundo desarrollado tendrán un curso más o menos similar en otras regiones.

En materia económica se llegaron a precisar fórmulas universales para alcanzar el desarrollo. El asunto era simplemente ponerse en el camino y comenzar a alcanzar las distintas estaciones.

Si América Latina no llegaba al desarrollo –como lo indicaba el recetario universal– el problema se debía exclusivamente a la existencia de ciertos “obstáculos” que era necesario remover.

Detrás de esta visión de las cosas había un supuesto elemental: el desarrollo era como una autopista de una sola vía en donde bastaba instalarse en ella para comenzar su recorrido y en un momento determinado alcanzar la meta.

Existía un segundo supuesto: entre los países avanzados y los países atrasados sólo existían diferencias de grados en materia de desarrollo. No había, por tanto, diferencias estructurales que llevaran a unos y otros a caminar por rutas diferentes. El capitalismo era homogéneo, y las diferencias eran cuestiones secundarias.

El propio curso de los acontecimientos fue mostrando los errores de esta concepción. Por más que se aplicaban las recetas del desarrollo y se removían “obstáculos”, América Latina insistía en caminar presentando características particulares y en donde el deseado desarrollo sólo pasaba a ser un simple remedo de las soluciones a que se arribaba en el mundo desarrollado.

La industrialización se convirtió en los años cuarenta y cincuenta en la fórmula que resolvería el atraso y los desequilibrios presentes en las economías latinoamericanas. Pero el curso real de los acontecimientos mostró, por el contrario, que a los desequilibrios iniciales se sumaron otros, en el marco de un desarrollo que sólo se alcanzaba en algunas “islas”, en tanto se profundizaba el atraso en otros sectores económicos y regiones.

Así, por ejemplo, la industrialización no permitió superar los problemas de desempleo, sino que, por el contrario, los agravó, apareciendo en los alrededores de las grandes ciudades cinturones de miseria de población desempleada o subempleada.

El control nacional de la industria (aspiración muy sentida luego de los graves problemas que provocó la crisis del 29) duró hasta el momento en que el capital extranjero decidió ampliar su radio de acción de la producción de materias primas y alimentos al sector industrial.

La llegada masiva de capital extranjero a ciertas ramas y sectores industriales agudizó los desequilibrios tecnológicos y de capital entre distintas ramas, así como propició una rápida monopolización en los sectores que pasó a control del capital foráneo. La lista de metas frustradas podría seguir.

A la luz de estos problemas es que surge en América Latina una reflexión que pone en cuestión la teoría del desarrollo y llega a señalar que la historia del desarrollo no es una historia independiente de la del subdesarrollo. Más aún, unos países se han desarrollado provocando el subdesarrollo de otros.

Desde esta perspectiva las mismas recetas generarán resultados distintos en el mundo desarrollado y en el subdesarrollado. El segundo, se afirmará, no es un estadio más atrasado, sino una forma particular de organización de la economía (y podríamos agregar, de la política, de la cultura, del Estado, de la ideología, de los agrupamientos sociales).

A partir de aquí es que se dio una rica reflexión que teniendo como eje las cuestiones económicas, buscó indagar por las particularidades de América Latina, surgiendo propuestas en torno a la integración de modos de producción, el desarrollo oligárquico del capitalismo, las condiciones de dependencia y tantas otras.

Creo que en tanto no se realice para la política una reflexión sobre las particularidades que ésta presenta en América Latina, sobre la lógica que guía su accionar, seguiremos pensando que la democratización, por ejemplo, debe cumplir con los pasos seguidos en otras regiones y demandando fórmulas que en abstracto no tienen nada de discutible, como la existencia de un sistema de partidos desarrollado con ciudadanos dispuestos a exigir sus derechos, sin preguntarnos el porqué estos y otros factores no se dan como la teoría general de la democracia lo señala.

30 de junio de 1992

Chile: las lecturas de la historia

La historia no admite una sola lectura. El reciente aniversario del golpe militar que derrocó al gobierno de Salvador Allende en Chile ha vuelto a poner de manifiesto que a lo menos hay dos historias en el país andino. Dos historias que se niegan a olvidarse, a ceder posiciones, y que reivindicán su verdad.

Dos historias que hoy se conmemoran en lugares distintos, una en la Catedral de Santiago, con ofrendas en La Moneda, la casa de gobierno donde murió

Allende, con marchas al Cementerio general; otra, en los actos en la Escuela Militar teniendo como actor principal a Augusto Pinochet, uno de los cabecillas de la asonada militar del 11 de septiembre y cabeza del largo régimen militar.

Dos historias que hace un par de décadas dieron vida a proyectos sociales para miles de chilenos que los vivieron intensamente en escuelas, calles, campos y fábricas y que, en el fondo representaron dos proyectos de nación.

Se puede discutir sobre los errores y aciertos que cometió el gobierno de la Unidad Popular. Pero lo cierto es que los problemas que buscó resolver siguen allí, vivos, porque el proyecto de nación que se impuso camina por otros derroteros. Aquellos no son sus problemas.

Por ello la historia pasada es entonces historia de hoy día. Allende no es sólo el recuerdo de un gobierno popular. Es, por sobre todo, la esperanza para muchos de un mundo mejor, de negarse a perder la idea de un futuro en donde el estado de cosas cambie, de que sus condiciones de vida avanzaarán. Es la certeza de que el hombre puede dejar de ser como un corcho arrastrado por las corrientes de un mercado incontrolable, para convertirse en centro de decisiones sobre el curso de las aguas.

No hay posibilidades de una única historia. Menos cuando el país camina de espaldas a un proyecto de nación que haga suyas las aspiraciones de quienes sólo tiene hoy esperanzas. Las fracturas sociales gestadas por el capitalismo endémico y dependiente, y que fueron agudizadas por los años de dictadura militar siguen allí. Las medidas aplicadas para aminorar el problema sólo son alivios temporales que además sólo alcanzan a unos pocos. Los muchos siguen en la pobreza y una gran franja social, en la pobreza extrema. Y el cambio de su situación no se engarza con la dinámica de los proyectos de desarrollo en curso. O sí, se engarza, pero para seguir siendo los marginados, los pobres dentro de los pobres.

La opulencia y la miseria son las caras de una sola historia, pero su lectura no permite visiones unificadas. ¿Cómo podría Allende ser leído en un código positivo por los grupos sociales y económicos que sufrieron serios tropiezos en sus intereses? Para estos sectores lo importante a destacar de aquel período es el desorden, la anarquía, el mercado negro, el desquiciamiento de la economía, la inflación. El sentido social del proyecto debe quedar velado.

La historia pasada es también lucha de proyectos sociales actuales. Y la disputa por la historia y por su apropiación tiende a hacerse más aguda mientras mayor es la cantidad de personas que queda fuera del paraguas protector que ofrece un determinado proyecto social.

Allende representa un proyecto de construcción de la historia por otros derroteros. Y seguirá siendo historia viva, alternativa, mientras el próspero capitalismo chileno siga siendo fórmula de vida para unos pocos.

13 de septiembre de 1992

IV. Alternativas al neoliberalismo

Las utopías del neoliberalismo

Uno de los componentes básicos de las principales teorías políticas y sociales es la prefiguración de un futuro promisorio, la creación de una sociedad que supere los problemas que se viven en el presente. En el análisis social y político se trata no sólo de entender lo que aconteció o lo que hoy ocurre, sino apuntar elementos que permitan la creación de una sociedad “buena”.

En este sentido toda reflexión sobre la sociedad encierra una utopía: la imagen de una nueva sociedad, la que se sustenta en grados variados de realismo y de imaginación.

Mucho se ha criticado al marxismo, por utópico, sin comprender que el “sueño” de una realidad distinta a la que conocemos es parte de toda teoría social. La particularidad de la utopía marxista radica, entre otras cosas, en la globalidad de su propuesta societal y en que supone actores distintos a los que mantienen el poder. De allí su radicalidad y la furia con la que se la combate.

El neoliberalismo tiene sus propias utopías. Parte sustancial de los sacrificios que reclama hoy a la población se apoyan en la idea de que ellos son necesarios para resolver problemas claves, que harán posible un mejor futuro. Lo que viene será sin duda superior a lo de hoy.

Vale la pena hacer una revisión de algunas de las utopías que difunde el neoliberalismo, a fin de sopesar qué tanto se asientan en la realidad o en qué medida constituyen promesas que quedarán incumplidas, entre otras razones, por arrancar de premisas falsas o sin asideros en la historia.

Primera utopía: El saneamiento económico y el crecimiento permitirán elevar la calidad de vida de la población, con más y mejores empleos, mejores salarios y mayores beneficios sociales.

No existe discurso en el actual reajuste estructural que se lleva a cabo en América Latina, en donde este componente no se haga presente.

En el juego de variables en un gabinete, es posible concebir que a mayor crecimiento del producto se incrementará la derrama de beneficios y, por tanto, el grueso de la población, en un determinado punto, se verá favorecida.

La realidad, sin embargo, camina en un dirección un tanto diferente. No se puede negar que las políticas de ajuste han permitido el crecimiento de algunas economías, controlar procesos inflacionarios, lograr equilibrios en el presupuesto y tantas otras cosas que gusta de destacar el discurso neoliberal.

Pero lo que este discurso no puede probar en la realidad, ya no en los gabinetes económicos, es que los programas de ajuste y sus efectos en el crecimiento modifican de manera sustancial las condiciones de vida de la población de los países latinoamericanos. Chile, uno de los laboratorios privilegiados por el proyecto neoliberal, tras cerca de dos décadas de aplicación casi sin obstáculos sociales de las recetas neoliberales, pone de manifiesto la falsedad de esta utopía.

A pesar de los éxitos en materia de crecimiento de la economía, los trabajadores chilenos siguen sufriendo elevados niveles de desempleo y subempleo, y sus salarios actuales apenas superan los niveles presentes a inicios de los años ochenta.

En definitiva, la economía chilena se ha reordenado y crecido, pero en una dirección que favorece a núcleos reducidos de la población. La tan esperada derrama, cuando se ha producido, no ha pasado de ser verano de un día. No es distinta la situación en otras economías de la región que han avanzado en materia de reajuste y crecimiento.

Segunda utopía: El neoliberalismo es la puerta de entrada a los beneficios sociales y económicos que provocan las grandes transformaciones tecnológicas de nuestra época.

La apertura de las economías y su más estrecha vinculación al mercado mundial favorece la incorporación de las economías latinoamericanas a los grandes flujos tecnológicos. La importancia de la vinculación de las economías de la región a los nuevos avances no es un punto en discusión. El problema surge cuando nos hacemos una de las preguntas claves de la economía: ¿para quién producir?

Aquí lo que vemos es que la introducción de nuevas tecnologías a las economías latinoamericanas se hace con un fuerte sesgo elitista, en donde ramas y sectores productivos que se dirigen al consumo de sectores reducidos de la población concentran mayoritariamente los nuevos adelantos.

¿Qué saben los pobres de nuestro continente de la televisión por cable, del uso del fax, de correos electrónicos, del manejo de cuentas bancarias desde la casa, de teléfonos celulares, para no hablar de la robótica o el uso de nuevos materiales en la industria automotriz?

El crecimiento económico y los adelantos tecnológicos asociados a las políticas neoliberales pueden mostrar resultados importantes, pero referidos a ciertos sectores económicos y a ciertos sectores sociales, acentuando antiguas tendencias que apuntan a la creación de dos economías, dos sociedades y hasta diríamos, dos países en el seno de cada una de nuestras naciones: aquel de los que se modernizan y logran insertarse a la nueva economía exportadora y aquel otro, el de los sectores mayoritarios, los que tienden a quedar marginados por la lógica de una economía que opera con la ley de la selva: sólo los fuertes logran sobrevivir.

Aquí habría que indicar que es cierto que mucha de la pobreza presente actualmente en América Latina es resultado de la crisis económica. Pero no es menos cierto que ésta se ha incrementado como resultado del avance del propio proyecto neoliberal. De esta forma a la antigua pobreza, se suma la de la nueva economía.

Son tan graves los costos sociales del proyecto neoliberal y su incapacidad de resolver los viejos problemas sociales así como los nuevos que provoca su funcionamiento, que en muchos países latinoamericanos se aplican programas que no creen para nada en “la mano invisible” para combatir o amortiguar los elevados índices de pobreza, confiando al vituperado Estado tal misión.

Tercera utopía: El crecimiento económico traerá consigo la democracia.

Ni la teoría ni la historia avalan esta utopía neoliberal. Teóricamente el discurso neoliberal hace mancuerna con el pensamiento político neoconservador, para quien la democracia se tiende a hacer ingobernable en los países desarrollados, por un “exceso” de democracia. Por tanto, más que avanzar en la democratización, de lo que se trata es de limitar su desarrollo.

Si recurrimos a la historia, en América Latina vemos que algunos de los principales proyectos neoliberales se pusieron en marcha luego de violentos quiebres institucionales y de ahogar las formas de expresión de los más amplios sectores sociales. El caso chileno nuevamente es un buen ejemplo. Pero igual cosa ocurrió en Argentina, Uruguay, Bolivia, Brasil y otros.

Los avances en materia de democratización en el país de Allende, por otra parte, no han sido el resultado de una decisión tomadas en las cumbres del poder o de los *altos mandos* militares, tras constatar los “éxitos” alcanzados en materia económica. Fue fundamentalmente el producto de años de movilizaciones sociales, de enfrentamientos y negociaciones, en donde las elecciones que pusieron fin al mandato de Pinochet permitieron arrebatar cuotas de poder estatal a los militares y sus aliados civiles.

No es difícil comprobar que la aplicación de políticas económicas que afectan a sectores mayoritarios de la población no va de la mano con la perspectiva de iniciar, “desde las alturas”, aperturas políticas que favorezcan la democratización. Más bien estas últimas tenderán a ser conquistas ganadas por la población en base a presiones y movilizaciones desde abajo.

Las utopías están para dar sentido a las acciones del presente. Sin un proyecto de futuro, cualquiera sea, las sociedades se debilitan hasta tanto no aparezca alguno que vuelva a potenciarlas. Uno de los problemas de las utopías neoliberales es que les queda poco tiempo —el tiempo en que nuevas economías de América Latina crezcan sin que se produzcan las derramas que se anuncian— para descubrirse como falsas promesas. Llegados a ese punto se plantea un serio interrogante: ¿Y después qué?

2 y 3 de diciembre de 1991

Pobreza: ¿caridad o justicia social?

El tema de la pobreza cobra creciente atención de organismos internacionales, gobiernos y de las ciencias sociales. El asunto no es para menos. En América Latina, por ejemplo, los pobres constituyen cerca de 40 por ciento de la población total. Las calles de las grandes ciudades han sido literalmente invadidas de vendedores, mendigos, payasos o tragafuegos. No hay forma de no ver el enorme problema social allí presente.

No deja de resultar extraño, sin embargo, que organismos como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional se ocupen del tema. Ante la gravedad de la situación, nada mejor que tomar el toro por los cuernos podrían decir los responsables de esos organismos. Sin embargo, en el tratamiento del tema se hace ostensible la intención de ocultarlo. Porque se habla de la pobreza –incluso con cifras que llaman al escándalo– pero nada se dice de las causas que provocan este problema. O cuando se habla de la causas, la mira se dirige a elementos en donde las responsabilidades sociales quedan diluidas o se sugiere que el fenómeno es responsabilidad de los propios pobres.

Algo similar a cuando se habla del cólera y se señala que esta enfermedad se previene, simplemente, con una mejor alimentación y mejores condiciones higiénicas, con lo cual, los que contraen el mal, tienen la torpeza de no comer dos o tres veces al día, no balancear sus dietas e insistir en alimentarse sólo con papas, maíz o frijoles, según el país del cual se hable.

Hay un ángulo muy sesgado en el tratamiento de la pobreza en donde a lo menos dos grandes problemas quedan absolutamente fuera de consideración. El primero tiene que ver con las relaciones entre naciones y los procesos de expropiación de riqueza que en esas relaciones se establecen, ya sea por vía de intercambios desiguales, prácticas usureras en el campo financiero (de lo cual una deuda externa que no termina nunca de pagarse es un buen ejemplo), el traslado de ganancias de empresas filiales a las casas matrices, apropiación de bienes, de conocimientos, etcétera. Esto trae como consecuencia la pauperización de amplias regiones del globo y, como contrapartida, la concentración de riquezas y bienestar en zonas geográficas reducidas. La pobreza es, por tanto, un signo de la expropiación de unas naciones por otras.

Pero al desligar estos fenómenos, nada tiene que ver el hambre en Biafra o Bangladesh o el cólera en Perú o la miseria en Brasil, con la opulencia de la Quinta Avenida, de Bonn o de Tokio. Así, la caridad puede reemplazar a la justicia. La Madre Teresa o Michael Jackson pueden encabezar cruzadas a favor de los pobres, y los directivos de la banca internacional y los grandes empresarios pueden dormir tranquilos.

El segundo punto que olvidan los expertos del Banco Mundial y del FMI dice relación con los procesos de explotación que se dan al interior de un país. (Modernistas y posmodernistas se escandalizan con estos términos, pero no encuentro otros que den cuenta del problema, sin ocultarlo).

Para aquellos organismos la pobreza puede ser el resultado de una crisis en donde los actores sociales guardan posiciones indefinidas. De esta forma si la crisis fue resultado de la deuda externa, se hace entender que todos nos endeudamos y demandamos dinero del exterior sin mesura. Si fue por el crecimiento del Estado, nuevamente todos somos responsables porque buscamos cobijarnos (poco importa si unos más y otros menos) en sus alas protectoras.

También los pobres pueden haberse multiplicado por la falta de recursos (como todos nos endeudamos, ahora todos pagamos), o por no ser más productivos o por no abrir la economía a la competencia externa o... Y se puede seguir en una lista que mezcla problemas reales con responsabilidades diluidas.

En estos enfoques las clases sociales no existen, el Estado es una institución neutra, la explotación ya fue superada y el mercado es la piedra mágica que iguala oportunidades: todos podemos hacerla. El vendedor callejero de chicles puede llegar a propietario de Teléfonos de México, si el mercado lo acompaña.

La pobreza que se multiplica ante nuestros ojos es el resultado de un brutal proceso de explotación cuya contraparte es la aguda concentración de la riqueza, fenómeno en donde los programas de ajuste auspiciados por el Banco Mundial y el FMI han jugado un papel central. De manera elegante la CEPAL llama "deuda social" a la miseria que ha propiciado el reordenamiento neoliberal.

En América Latina no se puede hablar sólo de una pobreza resultado de la crisis y del atraso. También está presente la pobreza resultado del avance del proyecto neoliberal. Esa forma de inserción al exterior (y digo esa forma,

porque pueden haber otras) ha ensanchado no sólo la brecha que separa a ricos y pobres sino que también ha multiplicado el monto de la población con recursos mínimos para sobrevivir. Es por tanto una pobreza resultado de la economía de punta y no de la economía atrasada. Es una nueva pobreza que alimenta la economía reajustada y en crecimiento, que se suma a la pobreza del estancamiento.

La erradicación de la pobreza va de la mano de la modificación de los patrones que rigen el actual reordenamiento económico. Esto exige una nueva economía que ponga al hombre en el centro de sus preocupaciones.

8 de diciembre de 1991

CEPAL *dixit*: crece el pastel, pero también aumenta la pobreza

Algo anda mal con el neoliberalismo en América Latina. Sus promesas de una mejora en las condiciones de vida de la población para cuando el pastel creciera no se cumplen. Lo terrible del asunto es que luego de una década en que la mayoría de la población fue objeto de agudos sacrificios y tras la recuperación iniciada en los noventa, lo menos que se esperaba eran signos de que las cosas comenzarían a cambiar.

Pero las estadísticas muestran, por el contrario, que a pesar de los signos globales alentadores, las condiciones de los más pobres siguen igual... o incluso peor. El mercado se muestra ciego a la hora de tener que cumplir con las promesas de derrama de los beneficios.

Veamos algunas cifras que ponen de manifiesto los problemas anteriores. De acuerdo a cifras de CEPAL, 1991 fue un buen año para la región. Luego de tres años con crecimientos muy bajos del Producto Interno Bruto (1.1, 1.3 y 0.3 para 1988, 1989 y 1990 respectivamente) en el año que recién culminó el PIB creció 3.0 por ciento. No es mucho, pero es un signo de que las cosas van mejorando. El problema es que no para todos. Por ejemplo, en muchos países, a pesar de que la economía creció, aumentó el desempleo urbano.

Tomemos como ejemplo dos casos: el "milagro" económico chileno y el venezolano. Este último, luego de un derrumbe de -7.8 por ciento en el PIB en 1989 (año del "caracazo") creció 5.8 por ciento en 1990 y un espectacular 8.5

por ciento en 1991. Con esta dos últimas cifras uno puede esperar que se incrementen los empleos. Pero no es así. En 1990 el desempleo urbano en Venezuela ascendió 10.5 por ciento y pasó a 10.9 en 1991. De los países que presenta CEPAL en su *Balance Preliminar*, sólo Panamá tiene mayor desempleo urbano que Venezuela. Aquí ya se van dibujando los fenómenos que explican la pasividad (cuando no el franco apoyo) de la población a la asonada militar de hace dos semanas.

El "milagro" chileno también tiene mucho que mostrar en este sentido. Aquí el asunto es más serio no porque las cifras sean mayores, sino porque hace un buen rato que la economía chilena viene creciendo, por lo que en este caso existen mayores razones para demandar al neoliberalismo que cumpla con sus promesas de derrama de beneficios a los más necesitados. Pero estos van a dar a otras manos.

Estos no son cuentos. Lo dice la CEPAL y los propios organismos gubernamentales chilenos. En materia de crecimiento del PIB (o crecimiento de la riqueza en el país) este avanzó 7.5, 9.8, 2.0 en 1988, 1989 y 1990 respectivamente, para elevarse 5.0 por ciento el año pasado. El desempleo urbano tuvo un significativo descenso de 10.0 a 7.2 por ciento entre 1988 y 1989. Al año siguiente volvió a descender, aunque mucho más moderadamente, llegando a 6.5 por ciento. Pero en 1991 vuelve a elevarse alcanzando 7.9 por ciento.

Concedamos el derecho a la duda y supongamos que se ha fallado en algún rubro, pero en otros, que dicen relación con las condiciones de vida de las mayorías, se han logrado mejoras sustanciales. Pero nueva gran decepción. Las cosas siguen mal también en otros terrenos, como sucede en materia salarial.

Si en 1980 un trabajador chileno ganaba un salario mínimo real de 100, en 1991, luego de más de ocho años de crecimiento económico sostenido, ese mismo trabajador sólo percibió 95.5, esto es, menos de 4.5 puntos. Así ya tenemos una pareja de datos nada alentadores: menos empleos (o más desempleados) y salarios menores.

El caso venezolano es más trágico aún. Los 100 de salario del trabajador venezolano de 1980 se convirtieron en 47.3 el último año. Es decir, a pesar del crecimiento de 8.5 en el PIB, el asalariado venezolano ganó en 1991 menos de la

mitad de lo que percibía en 1980. Con estas cifras no se sabe si es más peligroso para la democracia un senderista o un discípulo de Milton Friedman.

El economista neoliberal podrá argumentar que el salario mínimo puede haber bajado, pero que un porcentaje ínfimo de la población percibe ese ingreso. Que la mayoría está por encima de ese monto. Pero las testarudas cifras vuelven a la carga y nos muestran que la situación es a la inversa. Que incluso el salario mínimo es un ingreso alto para un elevado porcentaje de la población que se encuentra en la franja de la pobreza y de la indigencia.

En su estudio *Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta*, CEPAL indica que el porcentaje de personas que se encontraba por debajo de la línea de pobreza en Venezuela pasó de 25 a 32 por ciento de la población entre 1981 y 1986 (último año sobre el que se aportan datos). Cabe hacer notar que el ingreso a partir del cual se considera en la franja de la pobreza era en 1986 equivalente a 70 dólares para el caso venezolano.

En el caso de la indigencia, es decir aquella parte de la población que percibía menos de 35 dólares mensuales, se concentraban allí en 1986, 11 por ciento de los venezolanos.

El caso chileno nuevamente nos muestra “milagros”. De acuerdo a cifras del Ministerio de Planificación y Cooperación (Mideplan), los hogares en situación de indigencia pasaron de 6.5 a 13.5 por ciento entre 1970 y 1987, en tanto en iguales años los hogares en situación de pobreza se elevaron de 17 a 38 por ciento.

Después de estas cifras es difícil creer que el problema para las mayorías sólo consiste en que crezca el pastel. Las políticas neoliberales pueden mostrar sus éxitos en materia de control inflacionario, ajustes en el gasto y recuperación económica. Lo que no pueden mostrar es que los sacrificios de los muchos haya servido para algo más que el enriquecimiento de unos pocos. CEPAL *dixit*.

23 de febrero de 1992

América Latina: el nuevo modelo exportador

Uno de los aspectos que generalmente se destaca en el análisis económico es el que se refiere a las políticas económicas. Las características de la política

salarial, el gasto público, los pasos que se emprenden frente a las importaciones y exhortaciones o sobre las emisiones monetarias, por ejemplo.

También se tiende a privilegiar la lectura de las estadísticas económicas: cuánto creció el Producto Interno Bruto (PIB), los movimientos de la inflación, de las exportaciones e importaciones, y muchas otras.

Pero poco, o muy poco se dice sobre el modelo real de economía que se construye o que existe en un determinado momento, algo que los economistas gustan de calificar como el modelo de desarrollo o el patrón como se reproduce el capital.

Poner atención sobre este aspecto no es un problema menor ya que en definitiva es en este nivel en donde se resuelve la caracterización más importante de una economía: qué tipo de sociedad se construye a partir de la economía, para lo cual interviene la política económica.

Hoy día son varios los países latinoamericanos que se disputan el honor (si es que esto significa algo) de ser los principales impulsores de políticas económicas neoliberales. Diversas revistas especializadas ubican en los topes de este *ranking* a Chile, México y Argentina, por ejemplo.

Los datos de apertura económica, venta de empresas estatales, etcétera, son muy importantes, pero poco nos dicen respecto a las bases reales de las economías de estos tres países, por ejemplo, lo que puede llevar a la falsa idea de que Chile, México y Argentina construyen un mismo tipo de modelo exportador. Más bien lo que tenemos son tres economías que construyen un patrón exportador con grandes diferencias entre sí, apoyados en políticas económicas comunes: las neoliberales.

Las mismas limitaciones tenemos cuando analizamos el crecimiento (del PIB) de distintos países. Podemos ver así que el año pasado Venezuela (8.5 por ciento), Chile (5.0), Panamá (5.0), Argentina (4.5) y México (4.0 por ciento) fueron las economías que más crecieron.

Es importante saber si la economía regional o de algún país en particular creció o decreció, porque eso nos puede dar una idea del dinamismo con que está funcionando. Sin embargo sabremos muy poco respecto a qué sectores y a qué

ramas fueron las que se dinamizaron. Porque no es lo mismo crecer apoyado en plantaciones bananeras que sobre el sector industrial que produce equipos y maquinarias, por ejemplo.

No es igual la economía exportadora que impulsa el neoliberalismo en Chile, a la que impulsa en Argentina, Brasil, México o El Salvador. Y no son iguales por razones elementales. Los niveles de desarrollo alcanzado por cada país (la planta industrial que poseen, el desarrollo de carreteras y puertos, las tecnologías aplicadas, la preparación de la mano de obra), así como las riquezas naturales con que cuentan, los minerales que se encuentran en su territorio y las ventajas que cada uno de estos bienes presenta hoy en la demanda del mercado mundial, son diversos. Como diversos son el tamaño de sus mercados y la capacidad de atraer capital extranjero.

Los elementos anteriores, más muchos otros (como lo que se produce internamente y a qué sectores sociales va dirigido; cómo se estratifica el mercado y el consumo, etcétera), nos dan una aproximación del modelo real de desarrollo que se está estableciendo en cada país latinoamericano.

Tomemos a la economía chilena para ejemplificar algunas ideas aquí expuestas.

a) Sobre el tipo de bienes que exporta. La planta industrial de Chile nunca alcanzó los niveles de Brasil o México, por lo que no tiene condiciones de producir bienes industriales sofisticados para exportar. (Cosa que quizá México y Brasil sí pueden hacer, lo que plantea una diferencia sustancial). A esto se une una política de aperturas a las importaciones y de retiro de subsidios a algunas empresas, lo que terminó de derrumbar gran parte de la pobre infraestructura industrial del país vigente hasta 1973.

Esto explica que Chile exporte hoy fundamentalmente cobre (el bien tradicional de exportación) y que le sigan en importancia frutas frescas, un producto que no necesita de mayor tratamiento industrial. Después de estos dos rubros siguen otros que (al igual que los primeros, apoyados en ventajas naturales del país) cuentan con algún procesamiento industrial: harina de pescado, celulosa, pescados frescos, enfriados y congelados, *chips* de madera y madera aserrada.

b) Sobre el mercado interno. Se ha dicho que las políticas neoliberales tienden a propiciar una fuerte concentración del ingreso. En relación al nuevo modelo exportador, esto supone que la nueva economía privilegia la producción para la exportación y hacia el consumo de los sectores sociales de altos ingresos.

Si el dinamismo económico camina en esa dirección, el mercado conformado por los sectores sociales bajos es poco importante, por lo que tenderá a quedar excluido, dependiendo el grado de exclusión de factores extraeconómicos, como la voluntad de un gobierno de aminorar la pobreza. Pero esto se ve poco en América Latina en momentos de vigencia de un discurso que rechaza la protección estatal.

En Chile este proceso es palpable: el porcentaje de hogares pobres pasó de 28.5 a 41.2 por ciento entre 1969 y 1989. Visto este problema desde otro ángulo nos muestra lo siguiente: 20 por ciento de los hogares más pobres bajó de 5.2 a 4.4 por ciento su participación en el total del gasto, en tanto 20 por ciento compuesto por los sectores más pudientes ascendió su participación en iguales años de 51.0 a 54.9 por ciento.

Creció la riqueza, pero también su concentración. El mercado interno se quebró a lo menos en dos grandes bloques. Una minoría social con un fuerte poder de consumo y una enorme mayoría que consume muy por debajo de lo necesario para sobrevivir en condiciones humanas. Cabe hacer notar que esto ha ocurrido en una sociedad que hasta 1973 mantenía uno de los niveles más bajos de desigualdad en América Latina. Cuánto no se agudizará este problema en sociedades con tendencias ancestrales en la materia.

1 de marzo de 1992

Al desarrollo, pero sin historia

Una de las características de la actual reflexión política y económica es su falta de responsabilidad frente a la historia.

Nadie puede negar que las ciencias sociales requieren de profundos procesos de reflexión y de readecuación a fin de dar cuenta de las nuevas realidades que nos ofrece el fin de siglo. Pero de allí a dar por sentado que toda producción pasada es desechable, hay una gran distancia. Este esfuerzo de ruptura con el pasado no es sólo en el campo teórico. También es con la historia misma.

En una reciente entrevista Ludolfo Paramio nos ofrece un ejemplo clásico de una reflexión que hace de la historia un dato menor y que disloca la realidad a la medida de las necesidades del discurso. Luego de llamar la atención sobre los peligros de una economía volcada a la exportación, Paramio nos presenta a Europa como un modelo económico a seguir. Dice: "Si hay una ventaja en las economías europeas sobre las latinoamericanas, es que poseen un consumo interno muy alto con una distribución del ingreso bastante justa, lo que sirve de amortiguador cuando la demanda cae, en esas condiciones las crisis se sufren menos..." (Véase *Página Uno*, suplemento político y económico de *Uno más Uno*. 22 de marzo de este año.)

Pero la apuesta de Paramio no es sólo en el campo económico. América Latina debe seguir también los modelos políticos europeos. Afirma: "Creo que la única izquierda posible, la única izquierda que tiene sentido, es una izquierda socialdemócrata(...). Creo que el modelo que generaliza la socialdemocracia en Europa, es perfectamente realizable en América Latina así sea con dificultades y muy laboriosamente".

Para este tipo de análisis todo pareciera reducirse a problemas de ignorancia. ¿Cómo es que llegados a fines del siglo xx los países latinoamericanos no se han dado cuenta de las bondades de crecer ampliando su mercado interno, incorporando a la mayoría de la población al consumo, al estilo de las economías europeas!

El discurso de la globalización, que nos habla de la incorporación de las distintas economías a un nuevo mercado mundial es capaz de reconocer un punto: el nivel de desarrollo diferenciado en que las distintas economías arrancan en esta nueva carrera. Pero oculta un punto fundamental: que parte sustancial de esa diferenciación de arranque es resultado de una historia previa de despojos y atracos económicos ejercidos por las naciones más fuertes sobre

las más débiles, mecanismos que posteriormente son remplazados por fórmulas más sofisticadas y más asépticas, como pagos al servicio de la deuda externa, deterioro en los términos de intercambio en los bienes que comercian unos y otros, transferencia de ganancias de empresas transnacionales a sus países de origen, monopolios tecnológicos, control de mercados, proteccionismos, etcétera.

La nueva reinsertión de las diferentes economías al mercado mundial no se hace en el vacío. Hay una historia que ha permitido a unas fortalecerse y a otros debilitarse. En ese proceso se han creado relaciones que permiten a algunas economías gozar de un desarrollo económico más equilibrado frente a otras que sólo alcanzan a producir caricaturas de ese desarrollo.

El problema, por tanto, no se reduce a un asunto de voluntad: ¡vamos a hacerlo como lo han hecho las economías europeas! ¡Porque para llegar a esa meta América Latina a lo menos tendría que repetir hacia otras regiones los procesos de despojo que sufrió durante siglos de economías europeas y de otras regiones, y por las vías de las propias reglas económicas establecidas, apropiarse de riquezas de otras regiones por el pago de capital e intereses de deuda externa, controles en el comercio, transferencia de ganancias y otras formas, para no hablar de la necesidad de contar en pleno siglo xx de colonias o ex colonias (como las que tuvo y tiene Europa en África y Asia) para seguir profitando de materias primas, alimentos y mano de obra abundantes y baratas.

Vistas así las cosas, el asunto no parece tan simple. No basta constatar las diferencias entre Europa y América Latina, o entre Estados Unidos y América Latina o cualquier otra región. Ese es el primer paso. El que sigue es explicar el porqué de esas diferencias. Y en este campo fenómenos como la dependencia y la explotación de unas naciones por otras constituyen temas de mal gusto. De allí entonces que es mejor olvidar la historia y hablar de modelos de desarrollos atemporales y asépticos: ¡Sería bueno que imitéramos a Europa y su crecimiento equilibrado y sus formas más justas de distribución de la riqueza! Sí, responderá más de alguien, sería bueno.

Como también sería bueno seguir los modelos políticos sociademócratas europeos. Fuera de la historia todo parece posible. El problema —y ahora mirando al interior de nuestras economías y sobre la base de una polarización social tan profunda como la que existe y se recrea en América Latina— es cómo

lograr “partidos suficientemente realistas” (dice Paramio en el colmo del irrealismo) “que sean capaces de defender los intereses de los sectores más excluidos, de los más golpeados y a la vez, apostar por la inversión y el crecimiento de los sectores de punta”.

En el discurso esta propuesta no es desdeñable: pero Paramio ni siquiera puede presentar el caso del actual gobierno español, en donde él juega un papel ideológico central, para avalar su tesis. Aun allí, en donde las desigualdades iniciales no eran tan marcadas como en América Latina, el gobierno socialista de Felipe González no ha podido equilibrar la balanza. Los ricos se han hecho cada vez más ricos y los pobres han crecido en número, siendo España uno de los países europeos con las tasas de desempleo más altas.

Aun si olvidáramos el pequeño detalle de una historia de despojos que se inició hace 500 años, la propuesta de Paramio no parece viable.

29 de marzo de 1992

Alternativas al neoliberalismo

En medio de la algarabía que ha vivido el pensamiento conservador en los últimos años, aparecen algunos signos alentadores: cada vez son menos las voces que se reclaman neoliberales y se multiplican las críticas al mercantilismo ramplón. Las recetas de Milton Friedman, quien dictaba cátedra en Santiago en años recientes, son escuchadas con escepticismo en México hace algunos días.

Se han hecho importantes esfuerzos para dibujar el espacio del neoliberalismo. Delimitar sus contornos es imprescindible. Aquí agregamos algunas ideas a esos esfuerzos.

En materia económica, el neoliberalismo se expresa fundamentalmente como política económica, esto es, como un conjunto de instrumentos que favorecen o entorpecen la puesta en marcha de un modelo de desarrollo (o modelo de acumulación o patrón de reproducción del capital), para usar una terminología en uso.

Uno de los errores más comunes es confundir las políticas económicas neoliberales con el actual modelo exportador que se impulsa en América Latina. Sería como confundir el modelo de industrialización que se implementó en

América Latina a partir de los años cuarenta y cincuenta, con las políticas keynesianas que lo favorecieron.

Es verdad que ciertos modelos se llevan mejor con ciertas políticas económicas y que éstas le imponen a aquellos rasgos particulares. Pero no por ello se debe dar por sentado que son lo mismo.

Distinguir entre estos dos elementos (políticas económicas y modelos de desarrollo) no es sólo un juego intelectual. Supone clarificar el panorama a la hora de querer postular fórmulas alternativas.

Tal como a mediados de siglo, cuando se generalizó la puesta en marcha del modelo de industrialización (o de sustitución de importaciones según la CEPAL), hoy día los países latinoamericanos asisten atropelladamente a la búsqueda de un nuevo modelo de desarrollo que tiene como una de sus características privilegiar la vocación exportadora. A diferencia del patrón económico vigente antes de la industrialización, el nuevo modelo no se contenta con las exportaciones tradicionales de bienes agrícolas y/o mineros, sino que pretende sostenerse también sobre la base de bienes industriales.

Como no todas las ramas industriales (y las diversas industrias en su interior) tienen capacidad de competir en los mercados internacionales, se tiende a producir una suerte de especialización productiva, esto es, la concentración de recursos para alentar la exportación en determinados rubros y sectores. Esta especialización será más o menos estrecha dependiendo del nivel de desarrollo industrial de cada país, y lleva aparejada la pérdida paulatina de vigencia (y tendencialmente la liquidación) de las ramas e industrias con problemas para volcarse hacia el exterior. La apertura a bienes extranjeros es uno de los factores que incide en acelerar la muerte de las industrias no competitivas internacionalmente.

En las actuales condiciones de la economía mundial es difícil pensar en la creación de un modelo de desarrollo que no ponga su acento en la apertura al exterior. Esto tiene que ver fundamentalmente con la creación de un mercado mundial que demanda mayor integración de cada economía en particular (o –dicho de manera ortodoxa– asistimos a una más profunda y extendida aplicación de la ley del valor a nivel internacional), lo que dificulta la situación de economías autárquicas.

Aquí no se puede perder de vista, sin embargo, que la recreación del mercado mundial o la forma específica que asume el nuevo modelo de desarrollo exportador son procesos que se ven mediatizados o coloreados por las políticas económicas que los alientan de manera predominante. En otras palabras, el neoliberalismo le da a estos procesos su impronta particular.

Si miramos hacia el modelo exportador, podríamos decir que el problema no está en la apertura al exterior, o en la liquidación de industrias ineficientes, o en el retiro del Estado de sectores en donde no tiene nada que hacer, (como controlar empresas que no tienen ninguna incidencia estratégica ni desde el plano económico, de seguridad o de salvaguarda del consumo popular), sino en que la políticas neoliberales le dan a esos procesos un sesgo particular, que tienden a caracterizarse por favorecer a sectores sociales reducidos en perjuicio de las grandes mayorías.

Así, medidas que podrían provocar beneficios para la población trabajadora se revierten en lo contrario bajo el influjo de las políticas neoliberales. Es bueno concentrar esfuerzos en la exportación, pero no a costa de reducir el mercado interno. Es bueno exportar y obtener divisas en el exterior, pero velando porque los beneficios se extiendan socialmente. Es bueno que el Estado abandone el manejo de empresas no estratégicas, pero retomando funciones rectoras a fin de propiciar que la economía no sea generadora de mayores desigualdades. Es bueno que el Estado abra paso a la sociedad civil en materia económica, pero no a costa de abandonar tareas sociales en donde su accionar sigue siendo imprescindible, como en educación, salud o vivienda popular, por ejemplo.

Es en el campo de las políticas económicas en donde hoy se plantean los principales retos para quienes propician proyectos económicos alternativos. El nuevo modelo exportador en América Latina asumirá otra cara cuando las políticas neoliberales entren en reflujó por las respuestas sociales.

7 de junio de 1992

La derrota de Bush como el fin de una historia

¿Qué termina con la derrota electoral de George Bush en Estados Unidos? ¿Qué nuevos procesos se abren a partir de ese hecho?

La no reelección del presidente norteamericano pone fin a algo más que doce años de gobiernos republicanos. Es un punto más en la inflexión que indica el inicio de una nueva historia, que busca poner a la política y a la economía al servicio del hombre, haciendo entrar en crisis a los proyectos que se alejan de esta tendencia. Un nuevo proyecto societal se estaría gestando, arrasando en su marcha no sólo a los modelos políticos y económicos del llamado socialismo real, sino también a las fórmulas más liberales del capitalismo real.

La derrota de Bush marca la debacle de los proyectos neoliberales, así como la puesta en marcha de proyectos económicos que caminan dando la espalda a las necesidades de sectores sociales mayoritarios. La tercermundización de Estados Unidos, con la presencia de millones de personas que viven en condiciones de pobreza y extrema pobreza, avanzó de manera alarmante en estos años de gobiernos republicanos.

El voto a Clinton y a Perot es en gran medida el rechazo a los quiebres sociales que propicia la política neoliberal. Es el repudio a la fragmentación social, y a la ruptura de la idea de comunidad que alienta el modelo mercantil en marcha.

Es recuperar el “sueño americano” para los muchos que hoy día se levantan ya no con la duda sino con la certeza de que sus condiciones de vida son peores que las que les correspondió a sus padres y que la de sus hijos serán peores que las suyas. El voto por Clinton y Perot fue así un voto por la esperanza de nuevos tiempos.

Las pasadas elecciones mostraron señales novedosas en el campo de la política. A pesar de seguir siendo altos los índices de abstención, concurrieron a las urnas muchos más electores que en comicios presidenciales anteriores. Podría ser un asunto simplemente coyuntural. Pero este hecho también podría indicar que algo nuevo se gesta y que segmentos significativos de la ciudadanía comienzan a darse cuenta que la política es un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los políticos profesionales.

El bipartidismo también habría iniciado su declive. La llegada de Perot a la recta final, la organización lograda por su movimiento a lo largo y ancho de todo el país y el enorme caudal de votos cosechados, son síntomas que ponen de manifiesto que los partidos Republicano y Demócrata son vías desgastadas para mucha gente para canalizar sus demandas. Surgen nuevas formas de representación desde abajo que ya alcanzan a manifestarse en las cúspides de la escena política.

Una nueva generación política, cuyos principales méritos no son las medallas ganadas en campos de batalla, sino que incluso (en el caso de Clinton) llegó a manifestar su rechazo a la guerra de Vietnam es la que accede a la Casa Blanca. No creo que esto signifique necesariamente una política exterior en donde desaparecerán las amenazas militares e incluso las intervenciones en otros países. Pero la derrota de Bush pone de manifiesto que se ha iniciado el fin de una clase política que hizo de la guerra fría un eje central de su formación y de sus prácticas políticas.

En este sentido se ha logrado derrumbar otro bloque del muro de Berlín que todavía pervive en muchas instituciones, gobiernos y mentalidades, y que es mucho más resistente que el muro real que fue derribado hace unos pocos años, por lo que terminar de tumbarlo llevará mucho más tiempo y requerirá de mucho más que martillos y cinceles.

En los tiempos actuales ninguna guerra, por más exitosa que sea, legitimará la gestión de un gobierno si no logra resolver aspectos relacionados con el bienestar de la población. Las elecciones en Estados Unidos son un llamado de atención en ese sentido y con ello la política vuelve a centrarse en su eje primordial y elemental: tiene sentido en tanto actividad encaminada a mejorar las condiciones de vida de la gente, a resolver sus problemas actuales en tanto satisfactores materiales y culturales. Es el entorno a la política real.

Todos estos aspectos y muchos otros aquí no abordados abren esperanzas en el sentido de que un nuevo tipo de realismo político comienza a ganar vida en el mundo actual, abriendo las puertas para nuevos proyectos societales mucho más centrados en el hombre y sus necesidades y en el respeto a su entorno natural. El alejamiento que tanto el socialismo real como el capitalismo real establecieron sobre estos puntos pudiera estar llegando a su fin.

Así la crisis y debacle del socialismo real es parte de una crisis mucho más amplia que comienza a pasar la cuenta en otras regiones. Los supuestos triunfadores de la guerra fría parecen no haberla percibido. Estamos entonces en un partaguas que marca no el fin de la historia, sino de una historia.

15 de noviembre de 1992

*La revolución de los ciudadanos,
(para repensar la política en
América Latina), se terminó de
imprimir en abril de 1994 en los
talleres de Grupo Editorial Zeta S.A
de C.V. El tiraje consta de 1000
ejemplares*



Una lectura posible de los sorprendentes cambios políticos de fin de siglo es referirlos a la creciente asunción por los individuos de su derecho a participar en las decisiones políticas y a constituirse en actores en el manejo de los asuntos de interés público.

Este es uno de los aspectos que hacen a la constitución de ciudadanos. Asistimos, a juicio del autor, a una verdadera revolución de los ciudadanos, tanto en el este de Europa como en América Latina, favoreciendo el derrumbe de gobiernos autoritarios de los más diversos signos.

Somos partícipes de un giro histórico en donde será cada vez más difícil hacer política a espaldas de la ciudadanía, lo que obliga a pensar en nuevas relaciones del Estado y de los partidos políticos con la sociedad. El socialismo, por su parte, no podrá ser sino democrático en la nueva etapa.

Jaime Osorio, sociólogo chileno, es profesor del departamento de Relaciones Sociales de la UAM Xochimilco y responsable del área Relaciones de Poder y Cultura Política en el doctorado en Ciencias Sociales de la misma universidad.

Es autor de los libros *Raíces de la democracia en Chile*, editado por Era-UAM, 1990; *Acerca del Estado y la Democracia*, Breviarios de la Investigación, UAM, 1990; y *El análisis de coyuntura*, CIDAMO, México, 1987.